estudios clásicos

73

ESTUDIOS CLÁSICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO XVIII NOVIEMBRE DE 1974 NÚM. 73

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITÉ DE REDACCIÓN: JOSÉ ALSINA, MIGUEL DOLÇ, ANTONIO FONTÁN, JUAN GIL, SEBASTIÁN MARINER, ISIDORO MUÑOZ VALLE, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS y JOSÉ S. LASSO DE LA VEGA.

SUMARIO

Págs.

A. LÓPEZ EIRE, *Estesícoro, autor de «palinodias»* 313
J. LÓPEZ FÉREZ, *La etiología democritea y su influjo en el «corpus hippocraticum»* 347
S. MARINER, *Cicerón orador: una autocrítica y una revisión. II, La autocrítica ciceroniana* 357
B. SEGURA RAMOS, *Análisis y estructura del primer subsistema temporal latino (serie conjuncional, «cum», «postquam», etc.) en época clásica* 377
P. PIERNAVIEJA, *En torno al «Carmen» I de Catulo* 411
R. BALTAR VELOSO, *Notas críticas a Celso y Rufo de Éfeso* 419
C. CASTILLO, *La epístola como género literario de la antigüedad a la edad media latina* 427

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA:

Esbozo de una Historia. El cincuentenario de la «Fundació Bernat Metge», por M. DOLÇ 443
El latín en Portugal, por BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS 452

ESTESÍCORO, AUTOR DE *PALINODIAS*

Cada vez va resultando más claro, a Dios gracias, el hecho de que lo literario no es ni tiene por qué ser la envoltura hermosamente aderezada de una idea o determinadas ideas; que un poeta no es necesariamente ni filósofo ni profeta; que Shakespeare al escribir *El mercader de Venecia* no pretendía demostrar a su público, en la fracasada demanda de Shylock, la verdad de aquel aforismo latino, *summum ius summa iniuria*[1].

Pero, por otro lado, también es innegable que en una obra literaria hay algo más que secuencias de fonemas y oraciones subordinadas, coordinadas y de relativo. Y, desde luego, como otros muchos, nos atrevemos a pensar que cultura y literatura se interpenetran; la literatura se convierte, así, en un precioso documento para el estudio de la ideología de un determinado momento histórico y, a su vez, el estudio de estas ideas aclara y aun ilumina el contenido de la obra literaria; con ello no se han agotado todas las posibilidades del estudio literario, pero sí habremos de reconocer el logro de un importante avance, sobre todo si intentamos retrotraer ejemplares literarios que cronológicamente están muy lejos del momento en que los estudiamos.

En el caso de la literatura griega arcaica hay ejemplos clarísimos del beneficio que reporta el estudio conjunto

---

[1] H. ULRICI, *Ueber Shakespeare dramatische Kunst*, 1839; *ap.* R. WELLEK - A. WARREN, *Teoría literaria*[2], trad. esp., Madrid, 1959, 132 ss.

de ideología (o filosofía) y literatura; pensemos en los presocráticos poetas-filósofos; ideas y poesía se nos ofrecen en ellos íntimamente unidas, como en la obra de un Giordano Bruno, un Goethe o tantos otros.

Ahora bien, lo que normalmente entendemos por filosofía tiene, como es sabido, un comienzo preciso, y justamente en Grecia. Y también se sabe que en la propia Grecia el poeta es anterior al filósofo. Por tanto, como nos vamos a ocupar de un poeta griego y no de un pensador, conviene precisar el valor del término ideología, a que antes nos referíamos.

Ante todo, queremos dejar bien claro nuestro propósito de evitar palabras como *Weltanschauung* o *Geist* en el compuesto alemán *Geitsgechichte*, por considerarlas inadecuadas y porque pensamos que se ha abusado tanto de ellas que resultarían tremendamente equívocas. Simplemente vamos a tratar de ideología religiosa, precisamente de ese conjunto de ideas y vivencias que en la historia de la cultura griega señala la confluencia de religión y filosofía.

La verdad es que es muy difícil, al estudiar los primeros pasos del pensar racional, separar con neta claridad los elementos míticos de los que ya no lo son tanto, lo que es puramente mítico de lo que es filosófico. La cuestión es harto complicada, porque ni siquiera el entreveramiento de mito y filosofía se localiza únicamente en el amanecer del pensamiento filosófico: pensemos que mientras el autor de la *Teogonía* se esfuerza en estructurar su temática dentro de un plan racional y un orden constructivo, el importante papel que desempeñan los mitos en un filósofo ya del siglo IV a. J. C. como Platón es realmente paradójico y chocante. Y que antes de que Tales, el filósofo milesio, afirmase que el agua es el principio de todas las cosas, ya en los poemas homéricos Hera y Sueño habían dejado establecido que de Océano proceden hasta los mismísimos dioses [2].

---

[2] Hom., *Il.* XIV 201, 246.

De ahí que en Grecia, hasta la Sofística, el verdadero educador no sea el filósofo, sino el poeta. Quien realmente poseía el monopolio de la enseñanza en Grecia arcaica —ha señalado Rohde[3]— era el poeta, en un momento en que la poesía era la expresión más depurada de las facultades más elevadas del espíritu. No se equivocaba Platón al afirmar que Homero fue el educador de toda Grecia[4].

Es, pues, en la poesía, común actividad del educador, legislador y filósofo, donde hay que localizar los auténticos precedentes del brote de la especulación racional griega.

Ahora bien, en una etapa prefilosófica y precientífica el hombre va adquiriendo una concepción del mundo a base del sentimiento religioso. No es nuestro propósito discutir el origen de este fenómeno: si la religión arranca del fetichismo, como su forma más primitiva; o del culto a los antepasados como pretendía Spencer, repitiendo la vieja doctrina de Evémero; o si el principio de la religión hay que verlo más bien en el animismo, o en el totemismo, o en el pre-animismo. Lo que sí nos interesa dejar sentado, sin embargo, es que el *ónfalos* de Delfos, el tridente de Posidón, las estatuillas de Hermes que una noche aciaga mutilaron Alcibíades y sus amigos, el culto a los héroes, la creencia en ninfas y dríadas, los abundantes epítetos zoomórficos de dioses, son, entre otros muchos ejemplos, testimonios claros de un estadio primitivo en que todavía el hombre griego no se ha lanzado a la investigación científica y filosófica. Pero he aquí lo que es aún más decisivo: una vez que el hombre griego deviene filósofo, tardará mucho en desprenderse de concepciones religiosas y míticas. Esto es algo que percibieron ya claramente Platón y Aristóteles[5]: los filósofos naturalistas nos muestran su doctrina con mitos que poco difieren de los que aparecen en las cosmogonías; en ellos aparecen bodas, guerras y

---

[3] E. Rohde, *Psyche: the cult of souls and belief in immortality among the Greeks*, Londres, 1925, 29.

[4] Pl., *R.* 606 e.

[5] Pl., *Sph.* 242 c; Arist., *Metaph.* 982, 984.

generaciones; de un Hesíodo a un Parménides no es tanto el trecho que media; y ese principio primordial de los primitivos milesios, que ellos mismos llamaron *lo divino*, que es a la vez materia y causa, sustancia y forma, no está realmente muy lejos de concepciones religiosas. Si Tales hizo del agua el principio de las cosas, Homero y otros, autores de teogonías, en su mayoría órficas, hacían de Océano el punto de partida de toda una larga serie de divinas generaciones [6]. Y el concepto religioso de la infalibilidad del «ojo vengador de los dioses» [7] o del «ojo de Zeus» [8] o de la «Dike castigadora» [9], que aparecía ya en Homero, Hesíodo y en el antiguo Relato órfico que mienta Platón [10], penetra en la especulación filosófica de Anaximandro en forma de una especie de justicia cósmica que es ley universal y necesaria.

Consiguientemente, la filosofía griega, al nacer, no erradicó viejas concepciones religiosas. Éstas perduraron como continuaron existiendo en las encrucijadas y ante las casas de Atenas aquellas figurillas en forma de Hermes sobre las que Alcibíades y otros descargaron su irreligioso desprecio. No hay, pues, una frontera clara entre concepción religiosa y especulación racional pura en los primeros balbuceos de la filosofía griega. Al menos el Estagirita así piensa, cuando afirma en el comienzo de su *Metafísica* [11], al tratar de la causa que indujo a los hombres a filosofar, que, en cierto modo, el amante del mito es también un filósofo. Y no deja de resultar curioso que cuando Platón en un conocido pasaje revela el principio de la filosofía, lo haga con envoltura mítica, llamando Iris a la filosofía, y a su padre, Taumante [12].

---

6 Pl., *Cra.* 402 b.
7 Hom., *Il.* XVI 386 ss.
8 Hes., *Op.* 265 ss.
9 Pl., *Lg.* 715 e.
10 Pl., *Lg.* 715 e.
11 Arist., *Metaph.* I 2, 982 b.
12 Pl., *Tht.* 155 d.

Se nos ocurre en este punto sacar a relucir un famoso cuento de Heródoto [13], porque nos da la impresión de que contiene una moraleja pertinente con relación a lo que acabamos de exponer. El cuento se titula o —mejor dicho— podría titularse «Cómo Pisístrato y los partidarios de su regreso a Atenas se las arreglaron para conseguir su propósito». Dice así:

«En el demo Payanieo había una mujer cuyo nombre era Fíe; de estatura le faltaban tres dedos para los cuatro codos; por lo demás, era de buen ver. A esta mujer la aderezaron con equipo de armas al completo, la montaron en carro y ensayando en ella una pose con la que habría de parecer de lo más notable, la condujeron a la ciudad, enviando por delante heraldos que abrieran el séquito; los cuales, llegando a la ciudad proclamaban lo que se les había encargado, más o menos con estas palabras: "Atenienses, recibid con buen ánimo a Pisístrato, a quien la propia Atena, que lo estima por encima de todos los hombres, reintegra a la acrópolis de la que es dueña". Éstos así decían yendo de un lado para otro y al punto llegó a los pueblos la noticia de que Atena restituía a Pisístrato, y los de la ciudad, creyendo que la mujer era la propia diosa, adoraban a la que era no más que un ser humano y acogían a Pisístrato».

A todo esto, conviene recordar que unas líneas antes del comienzo del cuento, su autor nos previene, diciendo que va a contar un asunto de lo más tonto, «sobre todo si se piensa que la raza helénica ya desde antes se separó de los bárbaros por más inteligente y más emancipada de necia insensatez». Y es que le parecía increíble que los atenienses, los primeros de entre los griegos por la reputación de su sabiduría, hubieran caído, llenos de inocencia, en las redes de tan simple ardid.

La moraleja del cuento es francamente instructiva: a primera vista la Humanidad ha sido protagonista de tremendas rupturas con el pasado; pero, si se examinan los

[13] Hdt., I 60, 4 ss.

hechos más de cerca, no es difícil percibir que tales quiebras no son tan profundas como en principio se podría pensar. Por eso, nos parece del todo inexacto concebir un instantáneo «milagro griego», un rapidísimo vuelo del espíritu griego desde el tenebroso Mito al diáfano Logos, un modélico salto desde las fronteras de la *Urdummheit* a una nueva vida en que toda niebla se ha disipado y todas las «malditas invenciones de los paganos» —como diría Murray— aparecen impregnadas de sublime belleza y trastocadas por una notable elevación intelectual [14].

Convencidos de que toda innovación, todo progreso es gradual, pasamos a examinar, a la luz de los restos de la obra poética de Estesícoro, cómo el hombre griego va rompiendo viejas ataduras y ganando, poco a poco, con su esfuerzo, la merecido recompensa del pensamiento libre y la confianza en la razón. Pero quede bien claro que con ello no intentamos hacer de Estesícoro un filósofo; nos contentamos con admitir que en su obra han debido quedar vestigios de la ideología de la época en que le tocó vivir.

La personalidad de nuestro poeta corresponde al momento crucial del encuentro de dos siglos. Respetando la cronología tradicional, podemos sostener que la vida de Estesícoro transcurre entre finales del siglo VII y mediado el siglo VI a. J. C. Ambos siglos son de importancia decisiva para la historia de la literatura y el pensamiento, y en una palabra, la cultura griega. En ellos asistimos a la degeneración de la épica, la romantización de la saga y el triunfo del relato popular. El viejo aedo se va transformando en virtuoso, bien como citarodo, bien como rapsodo. Surgen la lírica monódica, la lírica coral y se configuran las partes nucleares del drama. Por vez primera aparece en las manifestaciones artísticas la expresión contundente del *yo* personal: se firman las obras de arte plástico; el poeta nos cuenta sus penas y sus alegrías; no siente reparo en hacer ostensible su falta de valor o su

[14] G. MURRAY, *La religión griega*, trad. esp., Buenos Aires, 1956, 16.

pobreza ni en llorar su vejez o echar de menos la juventud perdida; quiere a toda costa reflejarse en su propia obra, para lo que en determinados casos se sirve del inconfundible sello de la *esfraguís*. «Un varón ciego que habita Quíos la rocosa» es verso que se lee ya en el himno de Apolo Delio. La obra literaria refleja el *hic et nunc* de una especial manera.

Por último, dos rasgos que son los que en este trabajo más importan. En primer lugar —y hablando en términos de Dodds—, la literatura recibe un fuerte influjo religioso como consecuencia de la transformación de la *shame-culture* o «cultura del qué dirán» en *guilt-culture* o «cultura de la culpa». Surge un intenso sentimiento de culpabilidad ante la mancha, la impureza; en especial, aunque no exclusivamente, ante la mancha de sangre. En segundo lugar, el hombre griego se atreve a manifestar sus propias indagaciones y reflexiones. Es precisamente la época en que vemos brotar teogonías y cosmogonías, ciencias como la Historia y la Filosofía, y —¿cómo no?— también *palinodias*.

Precisamente un papiro hallado en Oxirrinco[15], que contiene doctrina de Cameleón de Heraclea, nos informa de que Estesícoro fue autor de dos palinodias: una en que reprochaba a Homero haber contado en sus versos que Helena estuvo realmente en Troya y no una imagen espectral suya —un *éidōlon*—; en la otra dirigía los reproches a Hesíodo. Incluso, para que no queden dudas al respecto, se nos transmite en el papiro en cuestión el comienzo de la una y la otra, invocando al mismo tiempo como testimonio un tratado que sobre el asunto escribiera el ya mencionado Cameleón. Por si esto fuera poco, a continuación, las líneas legibles del papiro nos muestran que nuestro poeta fue realmente muy innovador no sólo por el sorprendente tratamiento que hizo del clásico rapto de Helena, sino en otros muchos detalles de su narrativa: por ejemplo, hizo que Demofonte, el hijo de Teseo, arri-

[15] *P. Oxy.* XXIX, fr. 26, col. I; *PMG* 193.

base a las costas de Egipto; y a Jopa, que aparece en el *Teseo* de Plutarco[16], la convirtió en madre del propio Demofonte. Y es lástima que el deterioro del papiro nos impida seguir obteniendo información sobre las innovaciones de Estesícoro, que debieron ser numerosísimas a juzgar por datos de otras fuentes. Desgraciadamente son, en general, muy pocos los elementos con que contamos para hacernos idea de la obra de un poeta que fue, sin duda alguna, figura importantísima en la literatura griega arcaica; y ya resignados ante tal perspectiva, el hecho de que papiros recientemente publicados no nos proporcionen cuanta información deseamos, por muy lamentable que ello sea, no nos hace renunciar a nuestro propósito.

Hay, pues, que contar de momento con un hecho: que Estesícoro escribió *palinodias*; y, puntualizando aún más: que en una de ellas modificaba la tradicional versión que explicaba la presencia de Helena en Troya, introduciendo un ingenioso recurso: no fue Helena en carne y hueso quien llegó a la ciudadela troyana, sino una imagen o un espectro suyo —*éidōlon*— que engañó a quienes por ella combatían de un lado y del otro.

A Platón, en su diálogo *Fedro*, debemos la conservación de tres versitos en que nuestro poeta se rebela contra el viejo modo en que Helena participaba de la gesta troyana:

No es cierto ese relato,
Ni en naves de buen remo te embarcaste,
Ni llegaste a troyana ciudadela.

Si esto es así, habrá que decidirse ante el siguiente dilema: o pensamos que Platón nos proporciona —más o menos deliberadamente— un testimonio falso, o admitimos como auténticos los precedentes versos, en cuyo caso es de suponer que el contexto en que el filósofo los cita puede ser una buena clave para entender mejor su contenido. Por supuesto, nos inclinamos hacia esto últi-

16 Plut., *Thes.* 29.

mo; por lo cual, transcribimos a continuación la traducción de las líneas que preceden a los tres versos mencionados:

«Hay para quienes yerran en la narración de mitos una vieja purificación, que a Homero pasó desapercibida, pero a Estesícoro no; pues privado de sus ojos por haber hablado mal de Helena, no dejó de darse cuenta, contrariamente a Homero, sino que, como poeta inspirado por la Musa, reconoció la causa y al punto escribió lo que sigue» [17]. Aparecen a continuación los anteriores versos.

También Isócrates en su epideíctica defensa de Helena nos ha legado una explicación de por qué Estesícoro compuso la *Palinodia*; he aquí su versión:

«Hizo palpable también a Estesícoro el poeta su propio poder (Helena): pues, cuando (aquél) empezaba su canción, se refirió a ella con injuriosas palabras; se levantó privado de los ojos; mas una vez que, llegando a conocer la causa de su infortunio, compuso la llamada Palinodia, lo restableció a su condición normal» [18].

No puede dejar de sorprendernos la coincidencia de las dos versiones. Según una y otra, nuestro poeta incurre en el pecado de impía maledicencia, al atacar con su palabra no a una común mortal, sino a una personalidad importante en la esfera religiosa. De otro modo, ni se entendería el castigo del poeta, ni su compensación de la falta mediante un rito de purificación —καθαρμός, como dice el texto platónico—, ni tampoco por qué, en opinión de Platón, nuestro Estesícoro comprende la causa de su desgracia por el hecho de gozar de un especial contacto con la divina Musa que inspira al poeta —ἅτε μουσικὸς ὤν—. Para disipar toda duda, Isócrates deja muy en claro que el castigo del infortunado vate fue, por parte de Helena, una deliberada demostración de la intensidad de su poder; y el divino Platón no elude referirnos, al comienzo de su narración, que va a contar cómo desde antiguo

---

17 Pl., *Phdr.* 243 a-b.
18 Isoc., X 64.

quien cometía un error en materia de mitología podía desdecirse y pagar su culpa mediante un proceso purificatorio. En suma, no cabe la menor duda de que la *palinodia* es una manera de lavar el pecado de blasfemia mediante la retractación.

Pero, además, el texto platónico sigue siendo interesante al brindarnos otro curioso detalle: es evidente que el filósofo autor del pasaje cuenta una vieja historia como él la sabe. Recuerda todavía tres versos de una obra en que su autor atacaba en forma tajante un bien conocido mito que desempeñaba una función medular en el argumento de la *Ilíada*. Para él era, pues, evidente que Estesícoro se opuso a Homero al dar una diferente versión del rapto de Helena. Ahora bien, eso fue algo que el poeta occidental debió hacer después de haber compuesto un poema en que precisamente Helena no sería tratada con excesivo respeto; y, sobre todo, en esta obra anterior en que la innovación purificadora del *éidōlon* aún no aparecía, Estesícoro seguiría, más o menos, la tradicional versión al respecto. Sólo así se entienden dos datos que proporciona Platón en su relato y que son, a nuestro modo de ver, sumamente importantes.

El primero de ellos es la meridiana claridad con que el texto del *Fedro* opone a los dos poetas, Homero y Estesícoro. A este respecto, creemos que no estará de más mencionar el testimonio de un papiro de Oxirrinco [19] ya citado, en que prácticamente parece recuperable la lectura de que Estesícoro, después de Homero y Hesíodo, fue una auténtica autoridad y la fuente más importante de inspiración para autores posteriores. A título de ejemplo, tal opinión aparece demostrada por el hecho de que Esquilo, al componer las *Coéforas*, se inspiró en nuestro poeta para la escena de la *anagnórisis* «mediante el rizo»; y, a continuación, y siempre con la intención de probar aún más el anterior aserto, se nos informa de que si Orestes, en la obra euripidea que lleva tal título, recibe de Apolo como

[19] *P. Oxy.* XXIX, fr. 26, col. II; *PMG* 217.

regalo un arco para que el héroe se defienda del acoso de las implacables Erinias, ello no debe considerarse invención personal del poeta dramático, sino apropiación de un idéntico o muy similar motivo que aparecía ya en la *Orestía* de Estesícoro. De nuevo hemos de lamentar el mal estado en que nos ha llegado el papiro en cuestión, que, después de la información anteriormente tratada, sin duda transmitía más pruebas de la influencia de Estesícoro en la literatura griega posterior. Por desgracia, debemos contentarnos con unas cuantas líneas legibles, en que, a juzgar por lo poco que se puede atisbar, se nos comunica cierta deuda de Eurípides a nuestro poeta por lo que se refiere al tratamiento de Ifigenia en la obra titulada *Ifigenia en Aulide.*

Pero, además, debemos recordar la existencia de gran cantidad de citas en que nuestro poeta aparece nombrado precisamente porque se aparta de versiones homéricas; y ello tiene un especial valor, si se piensa que en relación con determinados aspectos, fundamentalmente cuestiones de estilo, los antiguos vieron en Estesícoro al más homérico de los poetas, casi emulador del propio Homero, como si fuera el fervoroso discípulo imitador de las técnicas de su maestro.

Por eso es muy significativo que Platón insista en una gran diferencia que, pese a todo, mediaba entre dos poetas de singular influencia en la literatura griega, dos poetas a quienes Simónides [20] invocó a la par como autoridades en materia de canto épico. Y la diferencia es ésta: Homero no supo curarse la ceguera, Estesícoro sí. Lo que ya no sabe explicarnos Platón es el porqué de tal discrepancia. No es, al menos, admisible que la causa hubiera sido el hecho de que Estesícoro gozaba de contacto con la Musa —ἅτε μουσικὸς ὤν—. Esta razón no satisface en modo alguno. En todo caso, más verosímil sería pensar que la Musa de Estesícoro era ya de otros tiempos, y, por ello, aconsejaba al poeta una especial cautela en el momento

[20] Fr. 32 D.

de tratar asuntos referentes a dioses o de alguna manera en relación con lo religioso; era una Musa que debía saber mucho de depuración de mitos y de cómo espiritualizar una religión, precisamente porque, cuando escribe Estesícoro, se está produciendo un generalizado deseo de purificación que posibilita retractarse de viejos errores y lavar antiguas manchas, incluida la mancha de sangre. Es la época en que Epiménides lavó en Atenas la mancha cilónica inmolando ovejas blancas y ovejas negras [21].

El tal Epiménides, natural de Creta (un santo lugar todavía en la época arcaica [22], patria también de Carmanor y Crisótemis, que fueron los purificadores del propio Apolo tras haber dado muerte a la serpiente Pitón [23], que guardaba el templo de la Madre Tierra en Delfos), vivió muy probablemente en la primera mitad del siglo VI a. J. C. Al menos, su actividad aparece íntimamente unida al dato de la purificación de la mancha cilónica que por esas fechas tuvo lugar en Atenas. Sin asomo alguno de duda, Aristóteles en el primer pasaje de lo que conservamos de su obra *Constitución de Atenas*, trata del juicio contra los Alcmeónidas, ocasionado por el conocido sacrilegio del arconte Megacles, detallado en el fragmento 8 del mismo tratado aristotélico [24] y también en otras fuentes, como Heródoto [25] y Tucídides [26]; y después de informarnos de la condena a destierro perpetuo de la estirpe de los Alcmeónidas, añade: «Y Epiménides de Creta en esa ocasión purificó la ciudad» [27]. Hacia el año 632 a. J. C. el joven Cilón, noble y campeón olímpico, con el apoyo de un ejército de mercenarios que su suegro, el tirano Teágenes de Mégara, había puesto a su disposición, intentó convertirse en tirano de Atenas. La intentona resultó fallida; él y sus partida-

21 D. L. I 110.

22 M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*³ I, Munich, 1967 618.

23 Paus., II 30, 3; X 7, 2; Schol. Pind. Pyth. hypoth. c.

24 Arist., *Ath.* fr. 8 K.

25 Hdt., V 71.

26 Th., I 126.

27 Arist., *Ath.* 1.

rios se refugian en el santuario de Atena en la Acrópolis; el fracasado cabecilla de la revuelta logra escapar, pero sus secuaces, asediados por la sed y el hambre, se ven obligados a rendirse. Abandonan el altar de la Acrópolis junto al que se habían acogido como suplicantes, confiados en que recibirían tratamiento de tales; los atenienses que los vigilaban les habían prometido no hacerles daño alguno, respetando el sagrado carácter del suplicante que se pone bajo la tutela de una divinidad. Pero la promesa se olvidó de inmediato y con la muerte pagaron los revolucionarios su fallido intento. Así se manchó Atenas con la sangre de suplicantes. Esta mancha, que más tarde, en vísperas de la guerra del Peloponeso, utilizarían como argumento los lacedemonios en su sinuoso propósito de desacreditar a Pericles[28], fue la que Epiménides borró tal vez el año 596 a. J. C., cuando todavía vive y escribe nuestro poeta Estesícoro.

Frente a la reducida y casi lacónica información que nos brinda Aristóteles a propósito de Epiménides, otras fuentes, no tan parcas, nos proporcionan interesantes datos, fundamentales a la hora de intentar hacernos una idea sobre la peculiaridad del personaje en cuestión. En primer lugar, debemos citar el capítulo doceavo de la *Vida de Solón* escrita por Plutarco[29], en que el autor, después de referirnos los pormenores de la mancha cilónica y sus consecuencias, nos presenta a Epiménides con estas palabras: «Así fue como llegó a ellos, aceptando su llamada, Epiménides de Festo, a quien algunos cuentan entre los Siete Sabios, adjudicándole el séptimo lugar, al no admitir en tal puesto a Periandro. Tenía reputación de hombre amado por los dioses y experto en los asuntos divinos respecto al conocimiento de la inspiración e iniciación en los misterios; por ello sus contemporáneos le llamaban hijo de la ninfa Blaste y nuevo Cureta. Una vez llegó a Atenas, se hizo amigo de Solón, a quien ayudó y sirvió de

---

28 Th., I 127.
29 Plu., *Sol.* 12.

guía en muchos de los preparativos de su legislación. Pues, además, hizo a los atenienses sobrios en la celebración de sus ritos y más comedidos en las ceremonias de duelo, introduciendo inmediatamente algunos sacrificios en los funerales y haciendo desaparecer de ellos las prácticas adustas y bárbaras, a las que antes se aferraban las mujeres en su mayoría. Y lo más importante, consagrando y santificando la ciudad a base de ciertas expiaciones, purificaciones y fundaciones sacras, logró que el pueblo ateniense prestase atención a la justicia y fuese más dócil en su avance hacia la concordia. Y se cuenta que viendo Muniquia y contemplándola con avidez durante largo tiempo, dijo a quienes se encontraban a su lado que el hombre es ciego con respecto al futuro; pues que los atenienses devorarían la fortificación con sus propios dientes, si previeran cuántos pesares causaría a la ciudad. Algo semejante cuentan que previó Tales, pues mandó que cuando muriera le enterraran en un lugar insignificante y poco conspicuo del territorio milesio, a la vez que predecía que aquel lugar habría de ser con el tiempo el ágora de Mileto. Así que Epiménides gozó de extraordinaria admiración por parte de los atenienses; quienes le ofrecieron considerables riquezas y altos honores; mas él no pidió más que un retoño de olivo, y en cuanto lo obtuvo, se marchó».

Hay en el texto que precede cantidad de detalles que encajan perfectamente en la ideología de la época y que, por tanto, se localizan también en la obra de Estesícoro. Simplemente a título de ejemplo, podríamos relacionar ese precioso dato que el texto precedente suministra respecto a Epiménides, a saber, que redujo la exuberancia de las ceremonias de duelo, con un par de versos de nuestro poeta[30] que se salvó del catastrófico naufragio de su obra, versos que rezan así:

Que es en máximo grado inefectivo
e inútil a los muertos llorar.

---

[30] *PMG* 244; Stob., *ecl.* IV 56, 15; V 1126 Hense.

El contenido de estos versos reaparece en el *corpus* teognideo[31] bajo esta forma:

Insensatos y tontos son los hombres
que a los muertos lloran
y no lloran, en cambio,
la flor de juventud que se marchita.

Pero lo más interesante ,a nuestro juicio, por lo que se refiere a la influencia de Epiménides en Solón en la legislación tocante a los funerales, es que precisamente este dato delata con suficiente garantía que detrás de las prescripciones del cretense está el santuario de Apolo en Delfos, sede de una importantísima irradiación de preceptos religiosos justamente en esta época.

No es éste el momento de tratar de la enorme influencia de Delfos en la legislación, influencia que Nilsson[32] concibe como indirecta, por cuanto el santuario era «das Sprachrohr des Zeitgeistes». De todas maneras, es claro que desde la constitución de Esparta hasta la legislación soloniana, sin olvidar las leyes que promulgó Zaleuco de Locros o las que fueron vigentes en Cirene a mediados del siglo VI a. J. C., nos encontramos ante una serie amplia de muestras de la efectiva repercusión que las directrices del oráculo de Delfos ejercieron en el modo de pensar de la época. En realidad, la legislación que tiende a recortar la suntuosidad y el boato de los funerales es un directo ataque a ciertos usos que debieron ser frecuentes fundamentalmente —claro está— en las familias nobles. Son muchos los ejemplares de tales leyes que podríamos aducir, todos ellos de estructura muy similar, para corroborar esta afirmación. Es muy conocida, por ejemplo, la reglamentación que afecta a los Labiadas de Delfos[33], o aquella famosa ley del siglo V a. J. C. promulgada en Yúlide[34].

---

31 Thgn., I 1070.
32 M. P. NILSSON, *op. cit.*, 644.
33 *Del.*³ 323.
34 *Del.*³ 766.

El propio Plutarco en las vidas de Licurgo y Solón[35] nos ha transmitido ciertos datos que concuerdan perfectamente con el espíritu y la intención de tal tipo de legislación. En efecto, Solón prohibió —nos dice el de Queronea— que las mujeres maltrataran su propia piel a fuerza de golpes motivados en ocasiones luctuosas por causa de un dolor más o menos sentido; también que se entregaran a manifestaciones de luto externo y que exhalaran gemidos en funerales ajenos. A estas prohibiciones se suma una realmente reveladora: la de inmolar un buey en honor a los muertos. Recordemos que en algunos casos este animal aparece en el culto a los héroes[36] y no será difícil deducir que el propósito de Solón y de los legisladores de prescripciones semejantes era salvaguardar un culto a los héroes más o menos canónico de otro que sin refrendo alguno intentaba imponerse merced a las extravagantes prácticas de enterramientos que poderosos clanes mantenían. Como un Vaticano de aquel entonces, Delfos se arrogaba el poder de confirmar y establecer el culto a los héroes al mismo tiempo que lo protegía de todo asomo de contaminación. Casos como el del atleta Cleómedes de Astipalea[37], que cuenta Pausanias, el del tirano Onésilo de la Salamina chipriota, relatado por Heródoto[38], autor asimismo de la historia[39] en que se narra cómo los espartanos por consejo de Apolo trasladaron los restos de Orestes desde Tegea a Esparta como único medio de asegurarse la conquista de Arcadia, muestran claramente hasta qué punto el santuario délfico era autoridad en estos asuntos.

La preocupación de Delfos por la pureza no se reduce exclusivamente a la mancha de sangre, sino que responde a un más general intento de evitar la contaminación en todos los órdenes de la actividad humana, empezando por

35 Plu., *Lyc.* 27; *Sol.* 21.
36 *IG* II 469; *Ath.* XIII 574 F; Plu., *Arist.* 21.
37 Paus., VI 9, 6 ss.
38 Hdt., V 114.
39 Hdt., I 67.

la misma esfera de las ideas religiosas. Si Epiménides y Solón son exponentes de este anhelo de reforma, como acabamos de ver, también cabe suponer que en Estesícoro encontremos huellas de idénticas aspiraciones.

Ya hemos comprobado que en la *Palinodia* va implícita una purificación de la que Platón sabía quizás algo más de lo que a primera vista parece. Pero hay otros detalles en la obra de Estesícoro que no dejan opción a duda.

Nuestro poeta compuso un poema titulado *Cicno,* de tema similar al de *Escudo,* obrita erradamente atribuida a Hesíodo por Megacles el Ateniense, Apolonio Rodio y el propio Estesícoro. En los últimos versos del poema pseudohesiódico[40] se nos hace ver cómo el dios Apolo castiga con dureza la impiedad de Cicno, monstruo que se dedicaba a saquear a los piadosos peregrinos que acudían a Delfos; así que, una vez muerto el abominable personaje a manos de Heracles, un río se encarga de borrar su más mínimo rastro:

Su tumba y su sepulcro
Anauro hizo invisibles
de lluvia tormentosa rebosante;
que así lo mandó Apolo,
el hijo de Letó;
pues, acechando a cuantos
a Pitó ilustres hecatombes conducían,
por la violencia él los despojaba.

Si el Apolo de la obrita titulada *Escudo* persigue a Cicno, hijo de Ares, localizado en Tesalia, porque despojaba a los peregrinos que llevaban ofrendas a Delfos, el Apolo de la obra de Estesícoro posee contra el monstruo un motivo de odio mucho más claro, un motivo que justifica su indignación más violenta e incisiva. En efecto, Apolo quiere acabar con Cicno, porque éste pretende obsequiar al dios con un templo construido a base de los

[40] [Hes.], *Sc.* 479 ss.

cráneos de peregrinos que se encaminan a Delfos [41]. Pero semejante ofrenda no podría agradar a un dios enemigo de la sangre y la violencia, precisamente un dios experto en prescripciones rituales de purificación, defensor de la medida y el orden, aquel que, enojado, expulsó de su oráculo a los sibaritas [42], que habían manchado el templo de Hera en su ciudad con el derramamiento de la sangre inocente de un citarodo suplicante; cuando llegó el momento en que los sibaritas consultaron al dios, así les respondió por mediación de la Pitia:

De mis trípodes vete,
que aún la sangre,
que abundante gotea
por ambas partes de tus manos,
te excluye de mi pétreo umbral.

Todos estos datos, a saber, la moderación en los ritos funerales, el horror ante la mancha de sangre, la crueldad y la violencia, y el desamor a las leyendas impuras, que vamos captando ya en la obra de Estesícoro, encajan perfectamente en el ambiente que se desprende de la narración platónica sobre las aportaciones de los Siete Sabios a Delfos. Estos personajes consagraron al santuario de Apolo memorables inscripciones de lacónica brevedad que aconsejaban la moderación y la prudencia. Sentencias como «Conócete a ti mismo», es decir, «no olvides que eres un simple mortal», o «Nada en demasía», que repetía todo el mundo un siglo más tarde, según cuenta Platón, ya antes eran vigentes [43]; también lo eran esos sabios consejos del tipo de σωφρόνει «sé prudente» o ἐγγύη· πάρα δ' ἄτη «Seguridad, que la Ceguera está aquí al lado» [44].

Toda esta precaución, todo este escrúpulo pesó sobre Estesícoro. Así cantó, arrepentido, a Helena con una ver-

---

41 Schol. Pi., *Ol.* X 19; I 315 Dr.; *PMG* 207.
42 Ael., *VH* II 43.
43 Pl., *Prot.* 343 a.
44 Pl., *Chrm.* 165 a.

sión nueva. Así, también, se opuso a seguir estrictamente en su obra titulada *Cicno* la relación de los hechos tal como se presentaba en el *Escudo*.

En efecto, según la versión del poemita pseudohesiódico, Heracles, acompañado de Iolao, se encuentra con Cicno y su padre el dios Ares en el santuario de Apolo en Pagasas. El héroe, a quien Apolo protege y guía, solicita del monstruoso Cicno le deje continuar su camino; y lo hace con corteses y humildes palabras, sin asomo alguno de insolencia o soberbia. Al fin y al cabo, el bravo hijo de Zeus, como cualquier mortal, conoce el sufrimiento y el capricho del destino; así, pues, al referirse a sí mismo y a su camarada, dirigiéndose a Cicno, le dice de este modo:

varones somos conocedores de trabajos y miseria[45].

Pero el hijo de Ares, que sentía poco deseo de escucharle, inicia el combate. Heracles lo mata; cae Cicno «como una encina o roca abrupta se desmorona golpeada por el humeante rayo de Zeus»[46]. Entra en acción Ares, encolerizado por la muerte de su hijo. Con certera lanza el héroe de los muchos trabajos alcanzó en el muslo al dios de la guerra, que cae herido en medio del campo de batalla.

Justamente ante este detalle reacciona Estesícoro: ¿cómo es posible que un mortal hiera a un dios? Nuestro poeta se ve obligado a apartarse de la versión del *Escudo*. Era necesario que, en el enfrentamiento decisivo de Cicno y Heracles, Ares estuviera ausente. Y más aún: no bastaba esta innovación. Debía quedar bien claro que un simple mortal no puede medir sus fuerzas haciendo frente a un dios. El tema de la muerte de Cicno a manos de Heracles llegó al poeta occidental muy necesitado de *palinodia*. Los nuevos tiempos requerían un nuevo tipo de héroe, más mesurado, prudente y religioso, enemigo mortal de los monstruos sanguinarios, respetuoso con los dioses, más

---

45 Hes., *Sc.* 351.
46 Hes., *Sc.* 421-422.

consciente de su ἀμηχανίη, de sus debilidades y humanas flaquezas; en suma, más imbuido de σωφροσύνη. El Heracles de Estesícoro no podía seguir siendo aquel guerrero poderoso y terrible de la *Ilíada*, que no retrocedía ante los propios dioses, poco escrupuloso a la hora de cometer acciones impías, el fanfarrón que hacía pasar malos tragos a los mismísimos moradores del Olimpo [47].

Así, nuestro poeta, una vez más, se convierte en censor de locas y osadas leyendas. Contaba en el *Cicno* que, cuando Heracles se enzarzó por vez primera en lucha con el inhumano monstruo, tuvo que emprender la retirada al darse cuenta de que un dios —Ares— colaboraba con su hijo haciendo la batalla desigual. Esperó oportunidad más propicia. Al fin lo encontró solo; y entonces sí pudo con él [48].

Un poeta posterior, partidario también de *palinodias* y que incluso en otros aspectos tiene mucho que ver con Estesícoro, Píndaro, celebró la nueva versión del poeta occidental y la aceptó gustosamente, como muestran estos versos [49]:

Hizo huir el combate con Cicno
Incluso a Heracles de fuerza inusitada.

De modo que el comportamiento de Heracles en la nueva versión de su lucha con Cicno, debida a Estesícoro, responde perfectamente al espíritu que se desprende de los preceptos de la llamada religión apolínea. Poseemos una serie de máximas délficas en una inscripción [50] del siglo III d. J. C. hallada en Miletópolis (Misia). Aunque la inscripción es reciente, las máximas en ella contenidas reflejan perfectamente sagrados preceptos más antiguos del Apolo de Delfos. He aquí algunas de ellas particularmente interesantes para nuestro propósito:

---

47 *Il.* V 403-404.
48 Schol. Pi., *O.* X 19; I 315 Dr.
49 Pi., *O.* X 15.
50 *Syll.*³ 1268.

«Sé dueño de los impulsos de tu alma»; «Mantén tus límites»; «Odia la insolencia»; «Sé precavido en tus palabras»; «Sé temeroso de la autoridad»; «Reverencia a la divinidad»; «No te jactes de tu fuerza», etc.

No se nos escapa la relación de estos preceptos con la conducta de Heracles en el *Cicno* de Estesícoro. Algo de esto intuyó Bowra, por lo que, a propósito de la mencionada obra de nuestro poeta, escribió: «Stesichorus must have been aware of the connexion between Cycnus and Apollo and decided make more of it» [51].

Nosotros vamos un poco más lejos. Nos da la impresión de que estamos ante una nueva *palinodia*; y la *palinodia* nace porque deliberadamente, como hará luego Píndaro, viejas leyendas se introducen en el tamiz de la censura de una religión más espiritualizada y salen muy depuradas, desprovistas de toda impureza que de alguna manera pudiera empañar la nueva idea que sobre la «divinidad» se está gestando en la época.

Conocemos a este respecto una historia muy curiosa, transmitida por fuentes un tanto tardías [52], pero de antigüedad reconocida por el propio Nilsson [53], que la sitúa hacia finales del siglo VI a. J. C.; para la datación se apoya este autor, frente a la opinión de Wilamowitz [54], en datos realmente poco discutibles. La historia en cuestión explica, más o menos, que los atenienses, víctimas de una epidemia, consultaron en Delfos acerca de su motivación, es decir, qué dios, ultrajado por ellos, se la había enviado como castigo. Apolo, por boca de la Pitia, les respondió que habían maltratado, lapidado y arrojado al *báratro* a un siervo de la *Gran Madre* de Frigia, que les había visitado en calidad de apóstol difusor del nuevo culto.

---

51 C. M. BOWRA, *Greek Lyric Poetry. From Alcman to Simonides*², Oxford, 1961, 81.

52 Jul., *or.* V pág. 159 Spanhem; Sud., *s. v.* μητραγύρτης, βάραθρον; Schol. Ar., *Pl.* 431; Schol. Aeschin., III 187; Phot., *s. v.* Μητρῷον.

53 M. P. NILSSON, *op. cit.*, I 725-726.

54 U. v. WILAMOWITZ, *Hermes* XIV 1879, 195.

Lo que a nosotros nos importa de esta leyenda es que ya en época arcaica el dios de Delfos favorece un culto oriental, totalmente nuevo, en honor de una divina persona que rápidamente entra en sincretismo, bien con la diosa-madre de Eleusis, bien con Rea, la madre de los olímpicos; y ya Píndaro siente por la nueva diosa la más acendrada devoción, hasta el punto de construir delante de su propia casa un santuario en su honor [55].

La historia es también interesante, porque muestra palpablemente que Apolo, el dios del buen consejo y de las purificaciones, no es en absoluto exclusivista ni envidioso; no pone trabas a la penetración de cultos nuevos; lo que sí hace, en cambio, es controlar determinadas exigencias antes de refrendar con su autoridad nuevas prácticas religiosas. Quizás un buen ejemplo de ello sea la conducta de Jenofonte [56], que compró un terreno para edificar en él un templo a Ártemis Efesia, precisamente en el lugar que el dios de Delfos le había indicado.

Pues bien, si esto es así, no es de extrañar que Epiménides de Creta, a quien, según hemos visto, los atenienses llamaban el nuevo Curete, no fuese únicamente adepto de Zeus, concretamente del «Zeus señor de los Curetes en Creta», sino también fiel ministro y elegido del dios Apolo. Ciertos detalles de sus especialidades —la *kátharsis* y el éxtasis profético— lo prueban, así como el gran respeto que por él sintieron los pitagóricos. Todo conduce a pensar en una ligazón ya antigua del dios de Delfos con el Zeus de Creta. No deja de ser significativo, por ejemplo, que Carmanor [57], un cretense, purificase en Creta al dios Apolo de la mancha de sangre que contrajo al matar a la serpiente Pitón. Tal vez así se explique mejor el preeminente lugar que en la obra de Píndaro ocupan precisamente Zeus y Apolo. Pero no es nuestro propósito inmediato tratar de Píndaro, sino más bien de Estesícoro.

---

55 Paus., IX 25, 3.
56 X., *An.* V 3, 7.
57 Paus., II 7; X 6, 3; X 7, 2.

Dejando aparte pequeñas discrepancias cronológicas observables en las fuentes, parece claro que la vida de nuestro poeta coincide con la de una serie de hombres prodigiosos, purificadores, adivinos o, si queremos, en una palabra, taumaturgos, a los que Epiménides de Creta sin duda alguna pertenece. Esta generación de θεῖοι ἄνδρες se siente llamada a componer obritas tituladas *Teogonías, Purificaciones, Iniciaciones,* con las que trata de lograr bien una sistematización de doctrina religiosa, que en cuanto tal sistematización guarda cierta analogía con el afán filosófico, bien una exigencia general de pureza en las manifestaciones, actividades y creencias de la esfera de la religión. Todos los componentes de esta élite de elegidos están en estrecho contacto con Apolo.

De Epiménides de Creta, en concreto, se nos ha transmitido un versito [58] de claro corte hesiódico, que reza así:

Cretenses, embusteros siempre, malas bestias, inactivos
[vientres.

De inmediato uno piensa en un similar verso de salutación, no muy cortés por cierto, que Hesíodo [59] pone en boca de las Musas Olímpicas al comienzo de su *Teogonía.* Claro que en esta ocasión quienes reciben tan poco fina alocución no son los cretenses, sino los «pastores que viven en pleno campo».

Ahora bien, parece ser que Calímaco en el *Himno a Zeus* se inspiró directamente en la obra del cretense, de la cual calcó las tres primeras palabras tal como aparecen dispuestas en el verso atribuido a Epiménides. Es, pues, muy probable que en los versos siguientes del himno calimaqueo se oculte la clave que nos permita interpretar este verso aislado en que tan mal parados resultan los cretenses. La versión del Batíada dice así, más o menos [60]:

---

58 Cf. H. DIELS, *Vorsokr.*[4] II 185 ss.
59 Hes., *Th.* 26.
60 Call., *Jov.* 8-9.

Los cretenses son siempre mentirosos,
pues que, Señor, tu tumba construyeron;
pero tú no moriste; ya que siempre existes.

Si recordamos los versos que de la *Palinodia* de Estesícoro transmite Platón en el *Fedro*, habrá que admitir que desde el punto de vista del contenido guardan una semejanza particular con la temática que reconstruimos de una obra de Epiménides. Y tal semejanza es enormemente significativa. Sobre todo si, como ya hemos visto, otros detalles de la obra de nuestro poeta responden al afán de purificar viejas leyendas, inaceptables desde el punto de vista de una nueva religiosidad que justamente en la época en que a Estesícoro le tocó vivir se hallaba en plena pujanza. Es lógico que en esta época desagrade la versión de un Zeus que muere, de un dios Ares herido por Heracles, de una venerable Helena, hermana de los Dioscuros, incontinente y frívola. Nada menos admisible que tales leyendas cuando se ha alcanzado un tan claro nivel de purificación de concepciones religiosas, que un mal pensamiento, una mala intención es ya tan culpable moralmente como la ejecución de lo pensado o planeado. Y, evidentemente, este alto nivel se alcanzó como resultado de la incansable labor de Delfos en pro de una purificación a fondo de todos los aspectos de la religión.

Que semejante progreso en el campo de la religiosidad fue una situación realmente alcanzada, lo prueba una famosa historia que Heródoto[61] cuenta: el espartiata Glauco recibió de un milesio, en calidad de depósito, una fuerte suma de dinero. Cuando los hijos del fiador de los bienes los reclamaron al depositario, éste negó haberlos recibido y preguntó al oráculo de Delfos si podía jurar no estar en posesión de ellos. La Pitia respondió que más tarde o más temprano tal felonía acarrearía justo e inexorable castigo. Comprendiendo Glauco su error, pide al dios perdón por haberle planteado tan infame proposición.

[61] Hdt., VI 86.

Y el dios contesta «que tentar al dios y cometer la acción que se pretende son faltas equivalentes».

Ante tan fuertes exigencias de pureza como telón de fondo, se comprende muy bien por qué Estesícoro en el *Cicno* y en la *Palinodia* nos sorprende con nuevas versiones. También se entiende, creemos, que la relación de nuestro poeta con Píndaro es bastante más estrecha de lo que hasta ahora se concebía. En efecto, no podemos olvidar la actitud reprobadora del poeta tebano hacia las leyendas impías. Y no habrá más remedio que admitir que el más excelso de los poetas tenía ante sí un preclaro ejemplo de cómo salir airoso del conflicto planteado por el encuentro de impíos mitos de antaño con el nuevo escrúpulo religioso que se niega a admitirlos. En unas ocasiones pensará que el silencio es lo más recomendable; otras, en cambio, acudirá directamente a la *palinodia,* si por *palinodia* entendemos la reelaboración de una leyenda inaceptable para quien se ha forjado de la divinidad una limpia idea y siente algún respeto por los dioses; así, exclama [62] a propósito de narraciones según las cuales Heracles irreligiosamente batallaba con Posidón, Apolo y Hades:

Tal discurso rechaza, boca mía,
que injuriar a los dioses
es hostil sabiduría
y el jactarse a destiempo
de locura es acompañamiento.
Propósitos tales no graznes ahora;
toda guerra y batalla
separada deja de los inmortales.

También nuestro poeta Estesícoro quiere evitar narraciones de guerras entre dioses; prefiere cantar sus bodas (θεῶν τε γάμους), y los banquetes festivos de los bienaventurados (θαλίας μακάρων) [63].

---

[62] Pi., *O.* IX 35-41.
[63] Ar., *Pax* 775 ss.; schol. *RV* IV, III 96 Di.; II 135 Herw; *PMG* 210.

A todo esto no podemos dejar de añadir el hecho de que Estesícoro con su *Orestía* no sólo señaló el camino a Esquilo para la composición de la *Orestíada,* sino que, además, introdujo claramente la narración de esta historia en el ambiente propio de una época volcada a la exaltación del dios Apolo. Sólo por este afán se explican plenamente los siguientes versos del poeta [64]:

Las danzas ama Apolo sobre todo
y juegos y canciones;
pesares y lamentos a Ares pertenecen.

El propio dios délfico de la *Orestía* de nuestro poeta era quien, según un escolio a determinados versos del *Orestes* de Eurípides [65], entregaba al héroe matricida el arco para que se defendiera de las Erinias; así, en la mencionada obra euripidea [66] se leen estos versos:

dame el arco
en las puntas de cuernos recorvados,
regalo que es de Loxias,
con que Apolo me dijo de las diosas
yo me defendiera,
si terror me inspiraran con rabias y locuras.

La *Pítica* XI de Píndaro, dedicada al tebano Trasideo, que venció en el estadio infantil, data del año 477 a. J. C.; es, por tanto, dieciséis años anterior a la *Orestíada* de Esquilo. Este detalle y también otros, en los que no es pertinente entrar, confirman que la versión del mito de Orestes, que el gran poeta tebano utiliza en esta composición, sigue muy de cerca la tradición de la *Orestía* de Estesícoro. Pequeñas discrepancias, como el nombre de la nodriza de Orestes —Laodamia [67] en la obra del poeta occi-

---

64 *PMG* 232.
65 Schol. E., *Or.* 268; I 126 Schw; cf. *P. Oxy.*, XXIX, fr. 26, col. II.
66 E., *Or.* 268-270.
67 Schol. A., *Cho.* 733; I 388 Weckl.

dental, según Ferécides[68], Arsínoa[69] en la *Pítica* XI—, no tienen suficiente peso para desautorizar tal dependencia.

Pues bien, es curioso que a la narración del mito en estrecha vinculación con el tratamiento del tema según Estesícoro en la *Orestía*, siguen sentencias y consejos semejantes a preceptos délficos, por ejemplo[70]:

si la cumbre alcanzando
se ocupa con sosiego
insolencias terribles evitando...

Es claro, por tanto, que la *Orestía* de Estesícoro respondía a un determinado ideal de su época, el preconizado por Delfos.

Así las cosas, hemos de declararnos en total acuerdo con un artículo del profesor Alsina, publicado ya hace algunos años, en que se mostraba cómo el ideal dórico-délfico, continuado por Píndaro, debía ser tenido en cuenta a la hora de enfrentarnos con una obra de nuestro poeta como la *Palinodia*[71].

En cuanto a la relación íntima entre Esparta y Delfos en el siglo VI a. J. C., estamos bien informados[72] y la actitud de simpatía hacia la política dórico-espartana de Estesícoro es suficientemente conspicua en más de un detalle de su obra[73]. De modo que los datos que hasta ahora hemos venido examinando justifican aún más nuestra interpretación, al coincidir con otros que, aunque de índole diferente, se prestan a similares sugerencias.

Pero volvamos a la *Palinodia*. Hemos quedado en que detrás de la apariencia de transformación de una leyenda,

---

68 *FGH* I 94; 134 Jac.

69 Pi., *P.* XI 17.

70 Pi., *P.* XI 55-56.

71 J. ALSINA CLOTA, «La *Helena* y la *Palinodia* de Estesícoro», *EC* XXII 1957, 157-175.

72 J. DEFRADAS, *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1945, 180 ss.

73 Cf. C. M. BOWRA, *op. cit.*, 144: «In saying this Stesichorus condoned and assisted the Spartan propaganda of his time». J. ALSINA, *Literatura griega. Contenido, problemas y métodos*, Barcelona, 1967, 343.

la *palinodia* oculta realmente el afán de purificar conceptos religiosos. Y a propósito de esta reacción contra viejas impurezas tradicionalmente transmitidas tanto en las fábulas y creencias como en los usos y costumbres litúrgicas, hemos presentado el propósito reformador de Epiménides. Movido por él, llamaba «mentirosos» a los cretenses; y de esta forma hacía con Zeus algo semejante a lo que Estesícoro hizo con Helena. Y aún más: un trasnochado mito[74] contaba que cisnes y algunas águilas, volando desde los extremos de la tierra, se encontraban en el exactísimo centro geométrico de ella, a saber, el santuario de Pitó en Delfos. Tal leyenda no podía encajar dentro del planteamiento general de una religión hondamente espiritualizada y de profunda raigambre personal. Nada tenía que ver la creencia en virtud de la cual el «ombligo del mundo» estaba localizado en el santuario de Delfos con la indiscutible santidad del dios que en él moraba. Así que más valía demoler inútiles supercherías. Hablando del centro geométrico u ombligo del mundo, Epiménides[75] declaró:

Y si alguno hay
manifiesto está para los dioses,
oculto a los mortales.

Ahora bien, Epiménides no es más que uno de entre los entusiásticos difusores del movimiento religioso apolíneo. Contaba el dios, además, con otros fieles servidores, todos ellos fervorosos misioneros de la nueva religión y taumaturgos, personajes dotados de milagrosos y extraordinarios poderes.

Melampo («Pie negro»), ya favorito de Apolo en las *Eeas*[76]. Su nombre sugiere relación con el de Edipo («Pie hinchado»), héroe del que sabemos que tuvo cierta conexión con el dios délfico y fue capaz de romper el asedio

---

[74] Plu., *def. orac.* I 409 E.
[75] Plu., *def. orac.* I 409 E.
[76] Fr., 149 Rzach.

con que la Esfinge asolaba la tierra que le vio nacer. Abaris [77], portador de la flecha del dios Apolo alrededor del mundo, purificador, conocedor de remedios para acabar con el azote de la peste, experto en oráculos, autor de una *Teogonía* y poemas sobre purificaciones.

Y, a continuación, una tríada que merece nuestra mayor atención: aparte del ya mencionado Epiménides de Creta, Aristeas de Proconeso y Hermótimo de Clazómenas.

Del primero, además de lo ya referido, se contaba que había pasado por una portentosa experiencia: permaneció dormido en una cueva durante cuarenta años, según Pausanias [78], o cincuenta y siete, según Diógenes Laercio [79]. Lo importante es que estuvo durante todo este tiempo alejado de su habitual vivienda sin probar alimento, y cuando despertó y volvió a su pueblo, sólo reconoció a su hermano más joven, que se había convertido ya en un viejo.

Aún es más chocante lo que narra Heródoto [80] a propósito de Aristeas de Proconeso. Este personaje aparentemente murió en Proconeso en el taller de un batanero, en el que por azar había entrado; se difundió la noticia rápidamente; pero un ciudadano de Cícico que venía de Artace discute, ante el general asombro, la desagradable nueva. Afirma haber visto al supuesto finado con sus propios ojos caminando en dirección a Cícico y, para mayor seguridad, haber hablado con él. Mientras tanto, los familiares de Aristeas se acercan al taller del batanero, quien desde el momento en que ocurrió el fallecimiento —al menos él lo tuvo por tal— había puesto especial cuidado en dejar todo bien cerrado. Pero el presunto cadáver no se encuentra. Siete años más tarde el discutido muerto reaparece y ya en su ciudad natal compone un poema épico titulado *Versos Arimaspios*.

---

77 Hdt., IV 36; Plat., *Chrm.* 158 B.
78 Paus., I 14, 4.
79 D. L., I 109.
80 Hdt., IV 14.

En cuanto al tercero, Hermótimo de Clazómenas, se decía[81] que su alma era capaz de abandonar el cuerpo y andar rondando en la lejanía a la captura de hechos y noticias; pero un día sus enemigos sorprendieron su cuerpo inerme, deshabitado, y lo quemaron.

¿Tienen estas tres historias algo que ver con la *Palinodia* de Estesícoro? Creemos que sí. Y para ello nos fundamos en que las tres encierran una conclusión idéntica que justifica de arriba a abajo el planteamiento nuevo, la innovación en el tratamiento del tema de Helena que nos legó nuestro poeta en la *Palinodia*. Los favoritos de los dioses, los personajes de significación y efectivo poder en la esfera religiosa, y las propias divinidades son seres especiales que están capacitados para protagonizar las más prodigiosas experiencias.

Los simples mortales pueden dar por muerto a un Epiménides, Aristeas o Hermótimo. Y, sin embargo, en estos casos nada más alejado de la verdad que la confianza en los sentidos. Precisamente cuando Estesícoro por el castigo de Helena se vio privado de sus ojos fue cuando realmente, a través de un sueño (ἐξ ὀνείρου), como dice la Suda[82], se apropió de la verdad. Lo mismo ocurrió en Troya: griegos y troyanos —apuntaba Platón[83] siguiendo la versión de la *Palinodia*— lucharon allí por un espectro, por una simple imagen fantasmal, por un εἴδωλον, y no por la propia Helena. También se hubiera jurado en Proconeso que Aristeas cayó muerto en el taller del batanero; pero no fue así, pues el cadáver, a pesar de todas las precauciones tomadas, no pudo ser localizado; no se encontró a Aristeas —subraya Heródoto— ni vivo ni muerto[84]. No, no murió Aristeas en el taller del batanero; no es cierto ese relato; jamás entró Aristeas en el taller del batanero; alguien aseguraba haber hablado con él a varios kilóme-

---

81 Plin., *N. H.* VII 174; Plu., *de gen. Socr.* 592 C.
82 *Suda*, s. v. Στησίχορος; IV 433 Adler.
83 Pl., *R.* 586 C.
84 Hdt. IV 14, 3.

tros del lugar en que se le vio morir. No fue, pues, Aristeas quien murió en el taller del batanero; pero sí se debió ver cómo allí mismo se desplomaba una imagen tan exacta al propio Aristeas de verdad, al Aristeas de carne y hueso, que la noticia de su muerte cundió de inmediato; de otra manera, no tiene sentido la historia.

Para que no queden dudas al respecto, Heródoto [85] nos suministra algunos detalles más a propósito de la historia del de Proconeso. El historiador se encuentra ahora en Metaponto; allí recoge datos que nos transmite luego en su obra. Han pasado doscientos cuarenta años desde que Aristeas realizó su segunda escapada, esfumándose de su pueblo natal y apareciendo nada menos que en Italia, en Magna Grecia, la patria de Estesícoro. Allí, en Metaponto —como contaron al historiador los de la localidad—, se presentó en persona a los habitantes de la ciudad y les hizo una revelación y un encargo relacionados con Apolo. Cumplida su misión, desapareció. Los metapontinos se alteraron ante tan prodigioso modo de desvanecerse lo que parecía un ser humano. Piden consejo en Delfos a propósito de quien a partir del momento de su desaparición es considerado una aparición fantasmal (φάσμα) y el dios de Delfos les aconseja hacer caso a Aristeas.

Creemos que la ceguera de Estesícoro resulta ya más explicable: vivió nuestro poeta en una época en que convivían viejas leyendas poco respetuosas con respecto a los dioses y un nuevo afán de cerrar los ojos ante ellas y buscar nuevas versiones que las sustituyeran a la luz de una religiosidad más exigente. En esa encrucijada era fácil el error: Estesícoro probó los dos caminos, perdió la luz de los ojos y la recuperó.

Bowra [86] insistió en que el poeta occidental con la *Palinodia* trataba de lavar la ofensa al sentimiento espartano producida por su obra anterior, la *Helena*. La glorificación de Helena estaría motivada, según este autor, por el deseo

---

[85] Hdt., IV 15.
[86] C. M. Bowra, *op. cit.*, 111.

de agradar a Esparta, donde la hermana de los Dioscuros gozaba de especial veneración y respeto; en efecto, era allí donde la hija de Leda, «casta» y «de buen ver», dirigía evoluciones de coros, capitaneando a jovencitas espartanas que, como potrillas, retozaban a lo largo de las riberas del río Eurotas [87]. Pero, sin intentar corregir a Bowra, y admitiendo que el primer poeta de la Magna Grecia de cuya obra conservamos restos viajó al continente griego y permaneció algún tiempo en Esparta [88], aun así nos vemos forzados a localizar en el nuevo horizonte de la religiosidad délfica la razón última de sus *palinodias*.

De este modo, Estesícoro, autor de palinodias, cobra una nueva significación en la historia de la cultura y el pensamiento griegos. Si se escriben palinodias es porque tradición y razón, religión y filosofía, entran en conflicto. «Un dios no puede ser herido por un mortal; una diosa no puede ser una perra desvengonzada como la Helena de la *Ilíada*». Si se rompen las ataduras de antaño para dar libertad a nuevos conceptos más refinados y racionales, éticamente más exigentes, no cabe duda de que se está produciendo un progreso. Ya por el mero hecho de que una *palinodia* pulveriza la amenaza de dogmatismo con que se presenta una vieja leyenda secularmente inalterada debe ser considerada como importante vehículo defensor de ideas de vanguardia. Las costumbres hondamente arraigadas, las representaciones más familiares de los dioses, transmitidas literariamente por Homero y Hesíodo, van a empezar a desmoronarse. *Palinodias*, una contra Homero y otra contra Hesíodo, escribió nuestro poeta en un momento en que el hombre griego empieza a pensar por su cuenta, haciendo caso omiso del imponente peso de vetustas tradiciones.

De ahora en adelante se acabaron ya los conflictos sangrientos de los dioses —castraciones y otras violencias— en la lucha por la sucesión o el poder. La Pitia de las

---

[87] Ar., *Lys.* 1315.

[88] C. M. Bowra, «Stesichorus in the Peloponnese», *CIQ* 1934, 115 ss.

Euménides de Esquilo relata en su plegaria [89] la historia de una amistosa y pacífica transmisión de presidencias en el santuario délfico.

No cantarán ya los mortales en el ambiente caldeado de los banquetes cómo los dioses lucharon contra los gigantes o contra los centauros [90]. Tampoco concebirán a los dioses a la luz de los más viles vicios y defectos humanos [91].

En el fondo, la historia del *éidōlon* de Helena y de la ceguera del poeta, que de su obra surgió, sirvieron para distanciar a hombres de dioses y para confirmar que no es verdad todo lo que simplemente parece serlo.

En este sentido, Estesícoro fue precursor de un pensador que rompió, como ningún otro, con la sacra tradición de su pueblo; un filósofo que, al igual que nuestro poeta, será «refutador de la mentira de Homero» [92]; un poeta-filósofo que, como Estesícoro, conoció las nuevas ciudades de Occidente. También él se forjó de la divinidad una excelsa idea. Así se explican aquellos versos [93] con los que ataca duramente la aceptación acrítica de desfasadas y poco exigentes concepciones de los dioses:

mas los mortales creen
que los dioses se engendran
y que vestidos tienen
y figura y habla como ellos.

ANTONIO LÓPEZ EIRE

---

89 A., *Eu.* 1-8.
90 Xenoph. fr. 1 D, 21 ss.
91 Xenoph. fr. 11 D.
92 Tim. fr. 60 D; S. E., *P.* I 224; D. L. IX 18.
93 Xenoph. fr. 14 D.

LA ETIOLOGÍA DEMOCRITEA Y SU INFLUJO EN EL «CORPUS HIPPOCRATICUM»

Una de las características generales que aporta el Atomismo como sistema filosófico consiste en buscar y dar una explicación causal y satisfactoria de los fenómenos visibles, procurando orquestar en cada momento las teorías necesarias para solucionar los problemas que sucesivamente se le van planteando.

Es cierto que venían formulándose desde antiguo muchas preguntas sobre el mundo, y, asimismo, que en cada cosmogonía reside siempre una justificación causal, pero es a partir de Empédocles cuando esas cuestiones comienzan a especializarse: cómo está organizado el mundo; cómo el hombre y sus partes; por qué nacen varones y hembras; cómo tiene lugar la respiración, la visión, la audición, etc. [1].

En el *Corpus Hippocraticum* (*C. H.*) tenemos también unos cuantos tratados que siguen esa línea de preguntarse continuamente por las causas de los fenómenos, ante todo, por la disposición del mundo-hombre y sus partes. A este grupo pertenecen: *Sobre la generación, Sobre la naturaleza del niño, Sobre las enfermedades I* y *IV*, pero, en especial, *Sobre la enfermedad sagrada* y *Sobre los aires, aguas y lugares*. Por las especiales características que ofrece este último tratado, se ha supuesto que su autor está en deuda con la literatura etiológica que habría existido antes de

[1] Cf. EMPÉDOCLES A 70 y B 62.

él, y que, por la especial formulación de sus teorías siguiendo un criterio médico, sería médico de profesión, aunque no sea Hipócrates el autor del escrito [2].

Pero volvamos a los Atomistas, que nos darán una clara anticipación de ese afán inquisitivo que ofrecen ciertos tratados médicos. Así, Leucipo afirmaba ya, con seguridad y firmeza, que «ningún asunto acontece al azar, sino que todo ocurre por motivo y necesidad»: ἐκ λόγου τε καὶ ὑπ' ἀνάγκης, B 2.

Si de Leucipo pasamos a Demócrito, vemos con qué denuedo procuraba escrutar los secretos de la naturaleza, buscando sus explicaciones, y ello hasta el punto que «prefería descubrir una etiología a poseer el reino de los persas»: ἔλεγε βούλεσθαι μᾶλλον μίαν εὑρεῖν αἰτιολογίαν ἢ τὴν Περσῶν οἱ βασιλείαν γενέσθαι, B 118.

Se rebela continuamente contra la costumbre de su época de echar la culpa de todos los males al azar, o a los dioses, y, consciente de su actitud, no cesa de procurar causas racionales a los hechos en que se veía una arbitraria actuación de la divinidad (B 149, 175 y 234). Es el primero que utiliza el término «etiología» (αἰτιολογία, B 118), y que escribe toda una serie de tratados etiológicos especializados. Aparece en él, desde luego, una rigurosa especialización entre las distintas causas (αἰτίαι): del cielo; del aire; de la superficie; del fuego y de las sustancias que arden; de los sonidos; de las semillas, plantas y frutos; de los animales I, II y III; varias; sobre la piedra imán; sobre los días propicios y adversos. Así nos

---

[2] H. DILLER, *Wanderarzt und Aitiologe*. Studien zur hippokratischen Schrift περὶ ἀέρων, ὑδάτων, τόπων, *Philologus*, Suplemento 26, 3, 1934. El tratado, según Diller, se compondría de dos partes distintas: capítulos 1-11, propios de un médico ambulante, y capítulos 12-24, obra de un etiólogo. El autor de la primera parte sería el mismo que el de *Sobre la enfermedad sagrada*. El de la segunda se ha servido de este escrito, por razones de contenido y estilo, sobre todo de los capítulos 14 y 22. — A. PALM, *Gnomon* 1937, 297-307, impugna la teoría de Diller, insistiendo en que el verdadero interés del escrito hipocrático consistiría en aportar a la Medicina el conocimiento del mundo circundante que le ofrecían los jonios.

ofrece Diógenes Laercio (IX 47) el catálogo de Trasilo (A 33).

Además, encontramos entre las noticias doxográficas unas descripciones muy detalladas: origen de los cuernos en determinados terneros; fecundidad de perros y cerdos; el canto del gallo; formación de los frutos, etc. Todo ello ha llevado a suponer una literatura etiológica anterior a Demócrito, o, por lo menos, la existencia de tratados etiológicos en Jonia, conocidos por Demócrito [3]. Pero pasemos ya al estudio de los vocablos αἰτία/πρόφασις, en Demócrito y en el *C. H.*, para que ellos mismos nos vayan preparando las conclusiones.

Ἀιτία no era desconocida para los Presocráticos, en quienes aparece con el sentido general de «causa». Precisamente, con ese significado de «causa» en general, tenemos dos pasajes democriteos: ἁμαρτίης αἰτίη ἡ ἀμαθίη τοῦ κρέσσονος, B 83 (la ignorancia es causa del error más grande) y μηδεμίαν ἀρχὴν ἔχειν τὰς αἰτίας τῶν νῦν γιγνομένων, A 39 (ningún principio contiene las causas de lo que ahora sucede).

Veamos dentro del *C. H.* unos cuantos ejemplos de ἡ αἰτία, αἴτιος, τὸ αἴτιον, todos ellos indicando las alteraciones de la *phýsis*. Empezaremos por el tratado *Sobre los aires, aguas y lugares,* cuyo carácter etiológico hemos señalado ya. Notamos que se utiliza para explicar el modo de ser de los asiáticos (II 52 Littré); para decir que son menos combativos que los europeos (II 62); o bien para examinar la diversidad dentro de los propios asiáticos: τούτων δὲ αἱ μεταβολαὶ αἴτιαι τῶν ὡρέων, II 66 (de eso son causantes los cambios de las estaciones).

Asimismo, en otro tratado fuertemente influido por la concepción causal de la enfermedad —*Sobre la enfermedad sagrada*— se emplea αἰτία cuando se trata de echar la «culpa», es decir, poner la causa, en un dios (VI, 360 y 362). Pero también la encontramos con un sentido más

[3] DILLER, *ibid.* 42-52.

amplio de «atribución», «capacidad»: ἀλλὰ μάτην τοῦτο τὸ ὄνομα ἔχουσι καὶ τὴν αἰτίην, VI 392 (mas, en vano, tienen ese nombre de «causa»).

Abundan en este tratado giros como: αἴτιος εἶναι, τὸ θεῖον αἴτιον εἶναι, μητέρα θεῶν αἰτίην εἶναι..., con un claro sentido de la responsabilidad general que origina los hechos. Desde luego, todas las enfermedades tienen el mismo «modo de ser» y, aunque no se parezcan..., sólo tienen una misma «forma» e idéntica «causa» —*Sobre las ventosidades* VI 93—. Si una de las cuestiones fundamentales consiste en conocer la causa —τί ποτε τὸ αἴτιόν ἐστι τῶν νούσων, καὶ τίς ἀρχὴ καὶ πηγὴ γίνεται τῶν ἐν τῷ σώματι κακῶν (cuál es la causa de las enfermedades y cuál resulta ser el principio y fuente de los males del cuerpo)—, al conocerla se sabrá administrar lo útil —εἰ γάρ τις εἰδείη τὴν αἰτίην τοῦ νοσήματος, οἷος τ' ἂν εἴη προσφέρειν τὰ ξυνφέροντα τῷ σώματι (pues, si uno supiera la causa de la enfermedad, sería capaz de procurar lo que conviene al cuerpo)—. En el mismo tratado se afirma que todas las enfermedades tienen una y la misma causa, la acción del aire, difiriendo sólo por el lugar del cuerpo donde actúa esa causa única (VI 92, 104 y 106).

En otro escrito de muy distinta filiación, también a propósito de la «causa», de la determinación causal de la enfermedad, se nos dice que aparece cuando la *phýsis* del hombre no triunfa sobre la fuerza del «todo» (*Sobre las Hebdómadas* VIII, 663). En verdad, las causas de una enfermedad pueden ser principales —el aire—, o subordinadas. Las subordinadas, a su vez, pueden serlo de un «modo concomitante» —συναιτία—, o «accesorio» —μεταιτία— (*Sobre las ventosidades* VI 114). Esa misma idea aparece varias veces en el *C. H.* (*Sobre la naturaleza del hombre* VI 52-54; *Sobre la dieta en las enfermedades agudas* II 296).

Πρόφασις, el otro término para designar la «causa», aparece en Demócrito, y sólo en él de entre los Presocráticos. En dos pasajes únicamente, pero lleno del significado

de «pretexto», «justificación», «motivo visible»: ἡ τέκνοις ἄγαν χρημάτων συναγωγὴ πρόφασίς ἐστι φιλαργυρίης τρόπον ἴδιον ἐλέγχουσα, B 222 (el acaparamiento excesivo de riquezas para los hijos es un pretexto de amor al dinero, poniendo al descubierto el peculiar modo de ser) y ἄνθρωποι τύχης εἴδωλον ἐπλάσαντο πρόφασιν ἰδίης ἀβουλίης. Βαιὰ γὰρ φρονήσει τύχη μάχεται, τὰ δὲ πλεῖστα ἐν βίῳ εὐξύνετος ὀξυδερκείη κατιθύνει, B 119 (los hombres modelaron la figura del azar como pretexto de su propia insensatez. Pues si un corto azar combate contra el entendimiento, en las más de las ocasiones la mirada perspicaz y comprensiva gobierna en la vida).

En el *C. H.* πρόφασις tiene una diversidad de significados bastante más amplia que αἰτία. Puede tener el sentido de «causa externa», «causa visible» o «causa» sencillamente, relacionándola con πρόφημι[4]. Puede aparecer, también, como «ocasión a alguien para hacer algo»[5], y se ha explicado también como «prefenómeno», emparentándola con προφαίνω[6].

Veamos unos ejemplos ilustrativos empezando también por *Sobre los aires, aguas y lugares,* haciendo notar que, tanto en singular como en plural, se refiere a «causa externa y visible».

Así, tras exponer una serie de razones aparentes sobre la falta de vigor en los asiáticos, se nos dice: διὰ ταύτας ἐμοὶ δοκεῖ τὰς προφάσιας ἄναλκες εἶναι τὸ γένος τὸ Ἀσιηνὸν καὶ προσέτι διὰ τοὺς νόμους, II 64 (por esos motivos me parece que la raza asiática carece de vigor, y, además, por sus costumbres), aunque deja constancia de que tam-

---

4 K. DEICHGRÄBER, «Prophasis. Eine terminologische Studie», *Quellen und Studien zur Geschichte der Naturwissenschaft und der Medizin* III 4, 1933, 1 ss.

5 G. H. KNUTZEN, *Technologie in den hippokratischen Schriften* περὶ διαίτης ὀξέων, περὶ ἀγμῶν, περὶ ἄρθρων ἐμβολῆς, Wiesbaden, 1964, 46-53.

6 K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften,* Heidelberg, 1954, 12-15. Sobre la cuestión, da toda la bibliografía y hace un buen resumen: H. W. NOERENBERG, *Das Göttliche und die Natur in der Schrift über die heilige Krankheit,* Bonn, 1958, 61-68.

bién las instituciones, sobre todo el ser gobernados por reyes, han influido en su estado. Cuando se refiere a la inactividad sexual de los escitas, nos da las razones palmarias: τοῖσι μὲν ἀνδράσιν αὗται αἱ προφάσιες γίνονται, II 76 (para los varones esos motivos hay), y más adelante: καὶ ἡ τοιαύτη νοῦσος ἀπὸ τοιαύτης προφάσιος τοῖς Σκύθῃσι γίνεται οἵην εἴρηκα, II 80 (tal mal les acontece a los Escitas por tal motivo como acabo de decir), para volver a insistir: καὶ εὐνουχοειδέστατοί εἰσιν ἀνθρώπων διὰ ταύτας τε τὰς προφάσιας, καὶ ὅτι ἀναξυρίδας ἔχουσιν αἰεί. Καὶ εἰσιν ἐπὶ τῶν ἵππων τὸ πλεῖστον τοῦ χρόνου, II 80 (y son de entre los hombres los más parecidos a los eunucos por esos motivos, y, además, porque llevan siempre pantalones y están a caballo la mayor parte del tiempo). Como vemos, se nos presenta una serie de causas bien palpables del modo de comportarse sexualmente los escitas, después de lo cual se añaden otras dos, no menos evidentes: ir con pantalones y permanecer a caballo mucho tiempo.

Un gusto no menor por la explicación causal y racional tiene el autor de *Sobre la enfermedad sagrada*. Se propone explicar «de qué manera y a partir de qué motivo acontece»: ὅτῳ δὲ τρόπῳ καὶ ἐξ οἵης προφάσιος γίνεται, ἐγὼ φράσω σαφέως, VI 366. A unos les ocurre ese motivo, pero a otros, repentinamente: τοῖσι μὲν αὕτη ἡ πρόφασις γίνεται, τοῖσι δὲ ἐπειδὰν ἐξαπίνης, VI 378. Nos insiste en esa idea: τοῦτο δὲ ὁρῶ μαινομένους ἀνθρώπους καὶ παραφρονέοντας ἀπ' οὐδεμίης προφάσιος ἐμφανέος, VI 354 (veo lo siguiente: hombres enloquecidos y extraviados sin ninguna causa aparente), pero está convencido de que: φύσιν μὲν ἔχει καὶ τὰ λοιπὰ νοσήματα, ὅθεν γίνεται, φύσιν δὲ αὕτη καὶ πρόφασιν, VI 352 (las demás enfermedades tienen su explicación, por lo que ocurren, y también ésa —s. c. la epilepsia— tiene su explicación y su causa aparente). Más adelante vuelve a ofrecernos el mismo criterio: αὕτη ἡ νοῦσος ἡ ἱρὴ καλοομένη ἀπὸ τῶν αὐτῶν προφάσιων γίνεται καὶ λοιπαί, VI 394 (esa enfermedad, la llamada sagrada, ocurre a partir de los mismos motivos que las demás). Tras examinar

una serie de locos diversos, afirma que en todos los casos hay «causa aparente», VI 388. «También los niños tienen, al principio, esos motivos que causan la epilepsia»: τοῖσι μὲν παιδίοισι αὗται αἱ προφάσιες τῆς ἐπιλήψιός εἰσι τὴν ἀρχήν, VI 380.

Pero ocurre que, cuando los hombres no saben qué es, «atribuyen eso en razón de la divinidad, en la idea de que saben algo más y dan otras explicaciones»: ταῦτα δὲ τοῦ θείου εἵνεκεν προστιθέασιν ὡς πλέον τι εἰδότες καὶ ἄλλας προφάσιας λέγοντες, VI 356[7].

Un buen ejemplo para notar la distinción entre «causa general» y «causa particular» —αἰτία/πρόφασις— lo tenemos cuando se nos dice que, si las enfermedades son de todo tipo y se dan al mismo tiempo, «es evidente que los regímenes de vida son los causantes particulares en cada individuo, y el tratamiento es preciso que se haga en oposición a la causa particular de la enfermedad»: δῆλον ὅτι τὰ διαιτήματά ἐστιν αἴτια ἕκαστα ἑκάστοισιν, καὶ τὴν θεραπείην χρὴ ποιέεσθαι ἐναντιούμενον τῇ προφάσει τῆς νόσου (*Sobre la naturaleza del hombre* VI 55). En efecto, existe una clara diferencia entre la «causa» de toda enfermedad en todo enfermo, y «la motivación particular de cada caso». Por eso se insiste aquí en que el tratamiento ha de dirigirse contra esa «causa particular».

El autor de *Sobre la dieta* VI 607 se expresa en el mismo sentido al decirnos que, si todas y cada una de las enfermedades tienen su «causa general», puede que en algún caso no sea palpable su «causa particular», e incluso que se dé una enfermedad cuya «causa general» es conocida —ruptura del equilibrio entre alimentos y ejercicios—, pero que se nos muestra sin «causa particular». Quizá se atribuya al azar, cuando la verdad es que los alimentos han sobrepasado a los ejercicios.

Del examen de estos testimonios podemos deducir que la estrecha correlación entre αἰτία y πρόφασις viene a ser

---

[7] Otros ejemplos: *Pronóstico* II 161 y 181; *Epidemias VI*, V 352; *II*, V 126.

un reflejo del examen detenido y la actitud mental que el médico hipocrático practica sobre el enfermo y el mundo que le rodea. En efecto, de la convicción de que el mundo está sujeto a las eternas leyes cósmicas, y de que, por tanto, la enfermedad en modo alguno puede ser un asunto fortuito o pendiente del capricho de los dioses, se desprende la exigencia de una causa para todas y cada una de las enfermedades. Toda enfermedad ha de tener una causa inmediata, aunque no siempre se nos muestre con evidencia[8].

Para nosotros resulta claro que la aparición y especialización del problema etiológico en Demócrito están en íntima relación con la teoría de la *phýsis* universal y particular. Es más, de esta feliz conexión les resultará a los médicos la posibilidad de afrontar y plantearse problemas inconcebibles hasta aquel momento.

Desde luego, gracias a la preocupación etiológica que ofrece el abderita, la Medicina podrá tener los vuelos que necesitaba para convertirse en «arte», y, por lo tanto, dar razones universales que sirven para todos los casos. Los médicos, pertrechados así por vía filosófica, llegan con bríos suficientes a la formulación y explicación de enfermedades que hasta entonces se perdían en la bruma de la casuística y de la atribución a causas «extrafísicas».

Basta con leer detenidamente *Sobre los aires, aguas y lugares,* o *Sobre la enfermedad sagrada* para percatarse del desarrollo paralelo e interdependencia de φύσις y αἰτία / πρόφασις. Encontramos en esos tratados ciertas teorías sobre el origen natural de la enfermedad; la procedencia pansomática del esperma y la importancia del medio ambiente en patología. Asimismo, la formulación variada de la idea de causa —αἰτία, πρόφασις, διὰ τί, ἀρχή, φύσις, etcétera—. La precisión en los conceptos etiológicos nos lleva de la mano al Atomismo, para el que todas las cosas ocurren por una causa determinada. Es más, nos conducen directamente a Demócrito, que supo distinguir varios

[8] Véase *Aforismos* IV 516; *Sobre la dieta* VI 606.

tipos de «causa». El método etiológico inaugurado por Demócrito tiene una importancia capital dentro del *C. H.*, manifestándose su influencia, sobre todo a la hora de tratar los síntomas que aparecen en las enfermedades, con lo que se modifican los tratamientos tradicionales [9].

Supone este método un paso decisivo para el progreso posterior del tratamiento científico médico [10], pues, aunque el médico hipocrático afirma que no pueden existir teorías definitivas [11], sabe que es necesario conocer la condición íntima de cada hombre y diagnosticar sobre ella [12].

La postura etiológica que inicia Demócrito con su correspondiente método inductivo, apartándose con ello del complicado tipo de investigación sobre la naturaleza que ofrecían otros presocráticos, influyó poderosamente en todas las ciencias físicas de las que se ocuparon los peripatéticos, especialmente en Biología. Se ha señalado que, cuando Aristóteles se encuentra ante cuestiones problemáticas, recurre con mucha frecuencia a Demócrito y, también, a Empédocles [13]. Piénsese, por ejemplo, en que todo el libro E de *De generatione animalium* está dedicado a estudiar las causas de las diferencias en virtud de las cuales se dividen las partes del ser vivo. De todas formas, se queja Aristóteles de los filósofos jonios, en especial de Demócrito y Anaxágoras, porque, según él, aunque dan un sistema de causas, no explican la causa última (*Metafísica* A 4, 985 a 18).

Pues bien, con la postura que adoptan los médicos queda abierto el camino a toda la especulación etiológica posterior. Así, Galeno podrá hablar de tres causas: externa - procatártica; interna - proegúmena; conjunta - sinéctica [14].

---

9 L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la colection Hippocratique*, París, 1968, 191 ss.

10 P. LAÍN ENTRALGO, *La relación médico-enfermo*, Madrid, 1964, 72; y *La medicina hipocrática*, Madrid, 1970, 200-201.

11 *Sobre los lugares en el hombre* VI 330.

12 *Sobre la dieta* I, VI 468.

13 O. REGENBOGEN, «Die Naturwissenschaft der Peripatetiker», *Scientia* 50, 1931, 345-354.

14 LAÍN, *La medicina...* 199-201.

En resumen, el descubrimiento y desarrollo del problema etiológico por parte de Demócrito es un hecho tan crucial, que ha podido decirse que informa el pensamiento de todos los autores de la Colección hipocrática [15].

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

---

[15] LAÍN, *ibid.* 83.

CICERÓN ORADOR: UNA AUTOCRÍTICA Y UNA REVISIÓN *

II. LA AUTOCRÍTICA CICERONIANA

Por lo general, una encarnación implica una ósmosis. Pensar que sólo el ser encarnado recibe el elemento vital y que no existe una corriente en sentido opuesto, pocas veces resultará acertado. Desde luego, no en la Encarnación por antonomasia, donde lo sobrenatural del hecho permite una interpretación tan correlativa, que clásicamente se viene designando como *unión.* En la hipóstasis del Verbo, igual él es ya personalmente hombre de alma, carne y hueso, como la persona de este hombre es Dios todopoderoso.

Pero tampoco lo resultaría, a buen seguro, en muchas de las demás encarnaciones, simbólicas o reales. No hay duda de que rasgos muy importantes que no separaríamos de la esencia de muchos reinos se deben a elementos muy personales en su origen de algún rey o reyes que vivieron convencidos de encarnar esta esencia de su patria. Y la idea que nos hagamos de otras patrias determinadas puede tener bastante que ver con el hecho de haber engendrado pilotos que se lanzan en picado o conductores de torpedos vivientes; así como la de ciertas ideologías, difícilmente podrá no impregnarse del rasgo que les presta el haber

---

* Véase la primera parte de este trabajo en esta misma Revista n.º 71, 1974, págs. 103-124.

llegado a dar lugar a sacrificios voluntarios de partidarios suyos.

También en el caso de encarnación de la palabra —todo con minúsculas— que en el quehacer nuestro de ahora nos interesa, lo acertado será atender a una doble corriente osmótica si tratamos de penetrar en aquel nudo central de la personalidad de Cicerón. No que necesariamente tenga que producirse, pero atención a si se produce, en la realidad histórica, que no sólo aquel hombre que en su mundo había hecho de la abogacía en ejercicio la profesión de su vida —como con toda la razón destaca Franz Wieacker [1]— había tratado de impregnarla de la savia vital que sacaba de la estética literaria, sino que, al proyectarse sobre la literatura, la asimilaba también en la forma crítica, natural, por hábito, en un profesional de aquel ejercicio de abogado.

Forma crítica en el sentido corriente del término cuando se aplica a la crítica literaria. Es decir, lejos del riesgo de aporía en que se podría incurrir si se pretendiese negar que toda penetración estética supone un juicio de valor, porque atribuye de entrada al objeto penetrado esta categoría estética, por definición. Más bien lo que toca evitar cuidadosamente es el riesgo de tautología en que se encierran a veces muchas inducciones «por definición». Y en este sentido está bastante claro que entre este juicio de valor estético inicial y poco menos que perogrullesco y el que procede del comúnmente reconocido como crítico literario media una tal diferencia de grado, que alcanza a su propia esencia. Es perfectamente posible que el simple perceptor llegue al final de su contemplación incluso en los niveles límite del arrobamiento y suspensión o del aburrimiento y detestación sin que se pregunte siquiera por los motivos de su admiración o de su aversión al objeto que le ha sido dado leer, oír, contemplar. En cambio, no sólo esta pregunta por los motivos, sino, además,

[1] WIEACKER, *Cicero als Advokat*, Berlín, 1965, con abundante referencia a la bibliografía anterior en este aspecto, especialmente en su nota 1.

la actividad inteligentemente interesada por hallarle la debida respuesta caracterizan esencialmente la labor del crítico. Diferencia análoga, ya que de abogado se trata, entre el espectador de una causa, que puede sentir en su interior grandes impulsos de conmiseración, de simpatía o de aversión hacia el reo, sin necesidad de inquirir las razones de estos sentimientos suyos, y el letrado que —sea juez, sea acusador, sea defensor— está obligado a cuestionarse continuamente sobre los porqués de su sentencia, de su ataque, de su apología, basándolos objetivamente incluso por encima —si llega el caso— de sus sentimientos personales respecto al inculpado.

Bien, pues: no se necesita ser un zahorí de la Psicología para detectar en el alma de Cicerón el fluir de ambas corrientes osmóticas, precisamente allí donde se nos señalaba el nudo central de su personalidad. Fluir manso o embestida torrencial, que en esas corrientes caben muchos grados; pero perceptibles aun los más suaves, si bien sean más difíciles de escuchar y, sobre todo, de de-mostrar.

Lo más fácil, sin duda, es captar la corriente que trae la literatura: tal es su ímpetu, tanta su evidencia. Todo —o en la mayor porción, para ser exacto— el *Pro Archia* es una confesión de parte entusiasmada y jubilosa del papel culminante que en la formación y en el ejercicio de la oratoria forense cumple a la Literatura. Se objetará tal vez que pudo haber hipérbole; las circunstancias la habrían aconsejado y la harían disculpable: se llevaba entre manos —y entre labios— justamente la defensa de un poeta. Cabe; pero, para saber si la objeción vale realmente, procede acudir a donde no haya intereses literarios en litigio, pasando de los discursos a los tratados. En ellos, y con la práctica unanimidad de los comentaristas —algo muy significativo tratándose de persona tan discutida como Cicerón—, hasta al punto de ser doctrina *recepta* en los Manuales [2], es conspicuo el papel que ha otorgado

[2] Cf., p. ej., BAYET, *Literatura latina,* trad. ESPINOSA, Barcelona, 1966, 142.

a la función estética de la oratoria (*ut delectet*), equiparada a las tradicionalmente enumeradas (*ut doceat, ut probet, ut suadeat, ut moueat*) en estricto plano de igualdad, así como la importancia que en el discurso revisten los procedimientos para lograr esa función estética: los ornatos [3], en el vocabulario y la sintaxis; las cadencias, en la elocución [4]: casi una cuarta parte del *Orator* (desde el cap. 54, párrafo 128) les está dedicada. No sólo, pues, el contenido, sino aun la expresión oratoria la ha transido Cicerón de literatura, pertrechándola con los elementos propios del arte del lenguaje, sin desdeñar el descender a los más nimios detalles. De aquí la insistencia especial en contar entre los ejercicios propios del orador y del todo necesarios la lectura de los poetas: *legendi etiam poetae* (*De orat.* XXXIV 158).

La corriente que fluye en sentido inverso no es tan directamente perceptible por declaraciones personales del autor; pero rezuma fácilmente y aflora a la superficie de varias de sus obras, hasta el punto de que tampoco se suele negar que Cicerón se acercara a la Literatura en actitud no de mero usuario, sino de crítico, la actitud que aquí representa, de parte del abogado enamorado, la proyección de una de sus más íntimas vivencias en el tratamiento del objeto amado que se sentía encarnar.

Tres son los géneros principales en que cabe con toda razón hablar de Cicerón como crítico literario. Entre los tres, cubren casi por completo el panorama de las letras latinas de su época, especialmente por la gran amplitud del que aquí enumeraré en segundo lugar, la poesía, que —como la *Dichtung* de la crítica germánica— comprende lo que para nosotros admite una ulterior clasificación en un variado abanico de géneros, desde el dramático en general, hasta la poesía lírica, pasando por la épica y sin descuidar el epigrama. No puede, pues, menospreciarse la idea que Cicerón se hizo de la amplitud en que podía

---

[3] Cf., p. ej., Cic. *De orat.* II 28, 124.
[4] Cic. *Orator* LIV 180 ss.

ejercerse el quehacer literario, aunque sólo lo distribuyera en historia, poesía y oratoria.

Pero lo que en nuestro mundo representa Cicerón como crítico de las letras latinas es muy desigual, según sean aquellos géneros. Su actitud exigente, casi negativa, a propósito de uno de ellos, la historia («deest litteris nostris»), resulta por ello mismo tanto más compacta, y esto explica que haya podido ser examinada completamente y a fondo precisamente en la tesis de quien iba a revelarse casi inmediatamente como un gran historiador y crítico historiográfico de Roma, en especial del período ciceroniano, Michel Rambaud [5].

No sé que algo parecido pueda mencionarse con respecto a Cicerón crítico de la poesía. Ni creo que sea excesivamente arriesgada la sospecha de atribuir esta carencia a lo mucho más abigarrado que resulta el mosaico de las opiniones ciceronianas sobre los poetas latinos (y griegos), lo que hace mucho más difícil la elaboración de una obra con visión de conjunto: editor de Lucrecio, admirador de Plauto y de Ennio, enterrador en el olvido de la producción cómica a que dedicó el despectivo «no resisten una segunda lectura», irrisor de los *poetae noui* o *cantores Euphorionis*, Cicerón resulta tan variado, que casi se puede decir que en su obra, donde menos se espera, salta la liebre: el aprecio o desprecio de unos autores que había leído y releído hasta citarlos abundantemente —¡y muchas veces con toda exactitud!— de memoria, puede ocurrir en cualquier momento y en cualquier lugar, sin que importe definitivamente el carácter de la obra o la índole del asunto de que se está ocupando: nueva comprobación de que la había asimilado hasta convertirla en elemento vital. Pero dificultad, aquí, de abarcar algo que rebosa por los poros de su misma vitalidad.

Dificultad que nuestros tiempos han acrecentado más bien que resuelto. En efecto, si algún denominador común creíase haber encontrado en la variopinta adjetivación

[5] RAMBAUD, *Cicerón et l'histoire romaine*, París, 1953.

calificativa de Cicerón sobre los poetas, era su gusto esencialmente nacionalista frente al extranjerismo de los imitadores de Euforión: por esto habría preferido a ellos el *uetus poeta noster*, Ennio. Hoy parece claramente alcanzado que el énfasis en la preferencia hay que cargarlo más sobre *uetus* que sobre *noster* o, mejor, solamente sobre *uetus*. Es un resultado que creo poder derivar sin mérito ni esfuerzo, como breva madura, de lo que sí ha costado esfuerzo y tiene mérito haber aclarado con respecto a los despectivamente motejados por Cicerón de *neoteroi* (y aquí nuevamente el nombre tiene importancia, porque, si es cierto que no hace la cosa, lo es también que, sin embargo, la designa). «Modernistas», que no «helenizantes»: éste es el rasgo donde Cicerón vertió con una punta de humor el mal humor de que le embargaban. Y no porque haya que verle poco celoso de la literatura nacional a él, tan férvido admirador de la *urbanitas* de Plauto, pese a proceder de la Umbría, como puntual recriminador del deje ampuloso y extranjerizante de los poetas oriundos de Córdoba, por muy avecindados que estuvieran en Roma [6]. Sino por una razón de mucho mayor alcance: no existe la pretendida desvinculación entre los neotéricos (que no todos eran galos de origen) y la literatura nacional romana. Mérito del amigo Miguel Dolç es habérnoslo aclarado y probado a satisfacción [7]. Y consecuencia poco menos que evidente es que la cordial aversión que Cicerón puede haberles profesado no cabe atribuirla a una pretendida oposición de aquéllos al espíritu nacional romano por la simplicísima razón de que esta oposición no ha existido. (Entre paréntesis: y mal se explicaría que por este motivo se hubieran malquistado con Cicerón, traductor de Arato, admirador devoto de Homero, y que nada recriminaba al Ennio de los tres corazones como eran tres las lenguas que hablaba

[6] Cic. *Pro Arch.* X 26: «Cordubae natis poetis pingue quiddam sonantibus atque peregrinum».

[7] DOLÇ, *Los «noui poetae»: su vinculación con la literatura nacional*, en *Actas del II Congreso español de estudios clásicos*, Madrid, 1964, 341-376; y ahora en *Retorno a la Roma clásica*, Madrid, 1972, 57-97.

por haber volcado abundantemente sobre la escena romana los argumentos que habían nacido en la griega.)

¿Qué puede haber surgido, pues, de índole realmente literaria —esto es, aparte de las posibles antipatías personales o políticas que pudieron mediar entre Cicerón y sus aborrecidos «modernistas»— que indispusiera al crítico con la nueva escuela? Una cosa muy sencilla —me parece— si no nos empeñamos en complicarla: un caso más —uno de tantos— de la célebre ceguera de la crítica para las obras contemporáneas. Hoy, cuando comparamos la producción de un Catulo con lo que podemos alcanzar de la de Ennio, no creo que debamos mordernos la lengua y recatarnos de reconocer esta falta de visión ciceroniana. Formado en unos cánones estéticos tradicionales ya en su tiempo, acostumbrado a mirar como modelos a unas determinadas composiciones del pasado, ennoblecidas por la ventura ocasional de haber sido las primeras que merecieran tomarse en cuenta y en parte también por lo patriótico de su contenido, Cicerón no supo, más que no quiso, imponerse el esfuerzo de mirar los nuevos cánones poéticos con mirada imparcial, si es que hubiera sido demasiado pedir el que lo hiciera con buenos ojos.

Afortunadamente, la situación es diametralmente distinta en el tercer género en que Cicerón ejerció su papel de letrado de las letras, justamente el que más preparado le encontraba para desempeñarlo: la oratoria. Aquí, si algún cambio de gusto hay en los años en que se desenvuelve la actividad crítica ciceroniana, ni es tan radical, ni le pilló a él tan desprevenido. Al contrario: estaba no sólo al tanto como mero espectador o aficionado, sino aleccionado como hombre del oficio. Y ahí sí que, por muy signo de contradicción que haya acabado siendo, no la hay respecto a la excepcional importancia que su producción retórica —especialmente la no estrictamente escolástica, como fueron el *De inuentione*, las *Partitiones* y los *Topica*— reviste para el conocimiento de la oratoria romana.

Se hace necesaria, sin embargo, una puntualización. Entre la indicada producción retórica más original —esto es, la obra capital, el *De oratore*, y las otras indudablemente menos importantes, *Brutus* y *Orator*—, el diálogo *Brutus* destaca por no revestir la forma de un tratado —diríamos hoy— «sincrónico», sino «diacrónico». Es el primer monumento de historia de la Literatura del mundo latino que nos haya llegado, siquiera lo sea fundamentalmente del solo género oratorio (algo representa también para la historia de la historiografía y aun de la filosofía en Roma y su mundo, pero con carácter indiscutiblemente marginal, en comparación con el fundamental aludido), y ello ha servido seguramente para consagrarlo como tal obra de historia literaria. Sin embargo, no sólo la intención declarada en el proemio (sobre todo, en cap. IV), sino la línea argumental sostenida a lo largo de todo el diálogo es marcadamente crítica. «Historia crítica de la oratoria romana» sería para él una consideración mucho más exacta. Y no, nuevamente, porque sea bastante habitual que una exposición histórica comporte apreciaciones del narrador sobre los hechos referidos, sino porque en el caso del *Brutus* estas apreciaciones constituyen la intención primigenia, la meta propuesta, para la cual la exposición histórica constituye sólo el camino de acceso.

El diálogo representa en la intención del autor la demostración fehaciente de lo que se está mascando en el ambiente de los personajes en cuya conversación ha situado Cicerón el diálogo *De oratore*: pertenecientes a una generación anterior, reconocen que el orador cabal no ha aparecido todavía en el firmamento de las letras latinas, pero que todas las señales hacen predecir que su advenimiento está próximo. Esta creencia se advera en el *Brutus*: el repaso de tantos nombres gloriosos en la política y en el foro sirve para comprobar, mediante el correspondiente juicio crítico de cada uno, cómo efectivamente no había habido hasta aquella anterior generación un artista de la palabra que hubiese reunido en sí, en grado rasante con la

inasequible perfección, todas las cualidades del orador completo y las hubiese potenciado debidamente. Cuán encarnado se encuentra el abogado juzgador en esta obra aparentemente nada más que histórica lo descubre incluso su especial estructura entre el conjunto de los diálogos ciceronianos. Es de dominio común que, en su mayoría, Cicerón innova en ellos con respecto a sus modelos griegos de Platón y Aristóteles: a diferencia del platónico, el ciceroniano carece de la vivacidad de distribución de las partes entre los personajes; a diferencia del aristotélico, el maestro no aparece como tal, y se conforma a lo sumo con identificarse en mayor grado con determinado personaje de la acción. Así, al igual que en *Cato maior* y en *Laelius*, en el *De oratore* (el *Orator* no es un diálogo, sino una monografía). En cambio, Cicerón no sólo aparece en el *Brutus* con su propio nombre, sino que carga con la responsabilidad de las opiniones críticas que expone, tomando sobre sus espaldas la parte más extensa y enjundiosa de la tarea, hasta el punto de que, desde el ángulo estructural, los restantes personajes del diálogo quedan reducidos a meros comparsas suyos, a gran distancia de los del *De oratore*, para quienes se había efectivamente preparado una auténtica distribución de papeles según las opiniones que fueran a emitir dentro de la discusión.

Esta singularidad del *Brutus* representa una especial ventaja a la hora de estudiar a Cicerón como crítico de la oratoria. En el género dialogado, efectivamente, suele chocarse con el escollo de la atribución real o fingida de las opiniones. Ahí están, por ejemplo, los investigadores de Platón discutiendo hasta qué punto y desde qué límite el autor pone en boca del personaje magistral, Sócrates, opiniones socráticas u opiniones platónicas. Una cosa parecida cabe que llegara a plantearse acerca del contenido del *De oratore*; pero no puede ni siquiera imaginarse por lo que hace al *Brutus*: Cicerón juzga en persona.

Su temperamento de abogado ha fundido en estos tratados un tesoro de valor inestimable para la posteridad.

Con frecuencia se hace hincapié en que lo debemos a dos épocas de ostracismo político (56-55, levantado ya el destierro, pero viviendo como un exiliado en su propia patria, son las fechas del *De oratore*; 46, al filo de las victorias cesarianas y antes de que el tiempo pudiera limar las asperezas de la oposición —tan vivas, por tan reciente— la del *Brutus* y el *Orator*). Pero de aquí y de las declaraciones del propio autor de que emprende estos tratados para ocupar su ocio forzado despejando su tristeza no debe inferirse que se trate de típica literatura de evasión. Quien se forjara un Cicerón intentando distraerse o matar el tiempo mediante un nuevo quehacer de tratadista de retórica erraría de mucho más bulto que el que en una postura extrema por el otro lado se lo imaginara como encontrando por fin el tiempo para escribir lo que desde mucho atrás llevaba dentro y no lograba ponerlo en solfa por el atosigamiento de su ajetreada vida de profesional y hombre público. Algo pudo haber de uno y otro ingredientes, pero mucho más del segundo. Es fácilmente demostrable: la prueba está en la gran rapidez con que estos tratados fueron escritos. Muy elaboradas tenía que poseer en su mente las ideas que en ellos volcó para que pudiera organizarlas en tan poco tiempo.

Vivencias muy sentidas, pues, que no nociones espigadas en campo ajeno y trasegadas al propio a fuerza de paciencia y acomodación. Esto hace nuevamente excepcional el valor de la crítica oratoria ciceroniana. (Nótese que no digo excepcionalmente valiosa, es decir, no prejuzgo su bondad —tampoco su maldad, es cierto—. Podría el autor estar completamente equivocado en sus juicios; podría haber acertado en todos ellos; nada quitaría a que sean de primera mano: éste es el valor excepcional que propongo reconocerles.) Es un caso particular de una cuestión de alcance general: la idoneidad del artista para juzgar en su propio arte. Diversas y enfrentadas son las posturas respecto a esa idoneidad, desde la que le supone único idóneo (sólo los poetas podrían juzgar a los poetas, y así sucesi-

vamente), hasta la que no le reconoce ninguna predisposición positiva que no pudiera encontrarse también en un crítico no artista; al contrario, admite que la polarización de su gusto puede embotarle la capacidad de catar equilibradamente lo producido por los demás. (Representa una especie de voz pasiva de lo que en activa afirmó en un rapto de engreimiento un poeta en mi lengua —que no les nombro, pues no puedo alabárselo—, que en castellano vendría a ser más o menos lo siguiente:

poesía
no me gusta más que la mía,
que si otra me gustara,
ésa escribiría.)

Cualquiera que sea la actitud que se tenga tomada o se adopte ante estas cualidades positivas o negativas del artista-crítico, lo que de ningún modo podrá rebajársele es su valor de testigo actuante con respecto a las tendencias heredadas y a las influencias ambientales. En este sentido, los tratados ciceronianos —y ahora más especialmente el *Brutus* y el *Orator*, que no sufren la limitación cronológica que la ficción del propio encuadre en época pretérita representa para el *De oratore*— son también piezas de interés singular doblemente útiles: valen para la crítica de la oratoria ciceroniana, en la que constituyen las declaraciones del encartado; valen, también, para la crítica de la oratoria romana en general, inclusive de buena parte de la posterior a los tiempos republicanos. No es ningún prodigio, ni siquiera una rareza natural como los Ojos del Guadiana: consiste, sencillamente, en que la enseñanza retórica posterior —aun antes del ciceronianismo consagrado por Quintiliano— giró intensamente en torno a la figura, a la obra y a la enseñanza de Cicerón. Es evidente en la producción de Séneca padre; y tal vez no sufra otro eclipse en los tiempos clásicos que el que pueda representar el original estilo de su hijo.

La herencia de Cicerón orador y crítico de la oratoria, aquilatada por Séneca el retórico y canonizada por Quintiliano, no procedía toda ella de Cicerón: también él había heredado. En su mundo artístico pesan todavía intensamente los aforismos de Catón el censor, a quien tanto admiraba, aun considerándolo completamente superado desde el punto de vista artístico: su *uir bonus dicendi peritus* condiciona la teoría ciceroniana como fundamento moral teoréticamente inexpugnable; de ahí el que el conocimiento de la ética sea la única parte de la filosofía que presenta como absolutamente indispensable al orador (*De oratore* XV 68-69): «nisi tenebimus, nihil oratori in quo magnus esse possit relinquemus. Qua re hic locus de uita et moribus totus est oratori perdiscendus».

Por su parte, el otro precepto catoniano *rem tene, uerba sequentur* gravita como incitante pesa de reloj sobre la mecánica mental ciceroniana. Se trasluce en el célebre pasaje (*Pro Archia* VII 15) en que el orador, puesto entre espada y pared, ha de reconocer que ha habido hombres grandes carentes de formación y que más a menudo se da el caso de que un natural bien dispuesto triunfe sin instrucción que el contrario. Se le palpa por debajo de los razonamientos puestos en boca de Craso (*De oratore* XXV 113) acerca de la necesidad de cualidades naturales en el aspirante a orador, so pena de que todos los esfuerzos empleados en su instrucción resulten baldíos.

Y, sin embargo, no hace falta ni media palabra para probar que Cicerón no creía, no podía creer en aquel optimista «domina la materia; las palabras, ya acudirán»: toda la obra y la vida ciceroniana, dedicada a su autoformación y a la transmisión a los demás de las habilidades adquiridas, claman contra la admisión de aquella sentencia radical. Cierto que Cicerón no ha llegado a la canonización de la retórica hueca, sin contenido, por el solo gusto del artificio; pero lo es también que dedicó horas y años a la adquisición de conocimientos que le permitieran potenciar sus aptitudes naturales, y que empleó capí-

tulos y libros en la enseñanza de los preceptos, requisitos y procedimientos de aquella *Ars* descendiendo hasta pormenores que asombran sobre todo en el libro III del *De oratore* y en todo el *Orator.*

En este punto hay que guardarse de la socorrida y facilona explicación por eclecticismo [8]. Sin prejuzgar que se llegue a ella desde una concepción adversa —tomando pie del «Cicerón irresoluto» en general— o de otra favorable —que a su vez se basaría en el «Cicerón fautor de la concordia», también con alcance común—, es oportuno alertar sobre la debida distinción entre el eclecticismo y la síntesis. Es radicalmente diferente la postura del que se mantiene en un término medio de la de quien integra los extremos discordantes. Lo primero será, en el mejor de los casos, prudencia; lo segundo, cuando sabe hacerse y realmente se logra, es auténtica originalidad. Quien se queda con parte de lo que ya está dicho a uno y otro lado de donde él se sitúa no crea nada, simplemente toma y encaja: éste es el ecléctico, y no sólo por derecho de etimología. A diferencia de él, el que consigue fundir en unidad lo que estaba separado, crea, pues no logrará sintetizar lo opuesto sin inventar al menos el procedimiento. Éste ha sido el proceder de Cicerón en los grandes tratados: en lugar de recetar en abstracto reglas y preceptos ofreciéndolos como llave maestra para quienquiera que estuviese dispuesto a emplearlos, o en lugar de prescindir de recetas por la vía fácil de que «el artista nace, no se hace», ha estipulado un cuerpo de doctrina vitalizable en su aplicación al hombre de su tiempo y lugar, íntimamente persuadido de que incluso aquello que nace con este hombre es capaz de hacerse mejor.

Lo íntimo de esta convicción era, en Cicerón, su propia experiencia: por muy convencido y ufano que se nos le quiera pintar de la excelencia de sus cualidades naturales —y no es corriente que ni siquiera sus detractores le nie-

---

[8] ROSTAGNI, *Storia della letteratura latina* I, Turín³, 1964, 561.

guen algunas en grado excepcional—, no cabe negar que se sometió a duras raciones de estudio y preparación.

Una característica de sus tratados, que contrasta no sólo con la preceptiva catoniana, sino incluso con la propia práctica de Cicerón, estriba en haberlos especializado con miras solamente a la oratoria forense. No hace falta decir que el hombre de bien catoniano no era un especialista: su destreza en hablar se postulaba de modo general. Distinta, claro está, sería la materia que tenía que dominar —como condición para que le brotaran las palabras— según se tratara de un discurso ante el senado o de una arenga militar; pero la elocuencia latina estaba todavía lo suficientemente en mantillas como para que no se arredrara el que la practicaba ante matiz de más o de menos. Con Cicerón no estamos en las mismas: la tecnificación de la oratoria es ya un hecho consagrado cuando él se estrena y, si bien es cierto que su dedicación a la vez a la política y a la forense no es nada raro, sino más bien lo habitual en la mayoría de los personajes célebres de su generación, lo cierto es que la especialización es algo ya también perfectamente conocido y practicado, que distingue claramente la actividad de un Hortensio de la de un César, para no aludir sino a primerísimas figuras. Y en el tratado ciceroniano más amplio de los que venimos considerando, el *De oratore*, uno de los actores del diálogo, Escévola, la plantea desde el comienzo y la verdad es que, después de diferentes escaramuzas a cargo de Craso, la limitación al género forense y deliberativo predomina hasta hacerse excluyente en boca de Antonio, a lo largo del libro II.

¿Por qué ha dispuesto el autor así las cosas en boca de sus personajes? Varios motivos cabe tomar en consideración. Materiales, unos: la prisa con que el tratado fue escrito; su mayor facilidad, si se le circunscribía a menos géneros. Al lado de ellos o sin ellos pudo operar también un sensato cálculo de utilidades: indudablemente, como tratado usual para futuros oradores, era natural que se

dirigiera sobre todo a aquellos que hacían más intensamente de la oratoria una profesión de activo ejercicio, y éstos eran sin duda los forenses. Todo ello sin olvidar que en las épocas en que son escritos los tratados podían ser de amargo recuerdo para Cicerón sus actividades políticas.

No hay que llegar a la admisión de este último motivo para percibir cómo en la intensa y extensa ampliación que del programa catoniano suponen los tratados de Cicerón, los demás aspectos, aparte éste de la especialización, se explican perfectamente como frutos de su experiencia vital. Aquí se ofrece una nueva faceta muy comprensible para la consideración de nuestro mundo: una especie de encarnacionismo *ad extra*, distinto —aunque ambos pueden fácilmente darse juntos— del *ad intra* que veíamos al empezar. Allí se pensaba en hacer carne propia una idea; ahora se trata de que las ideas que se exteriorizan sean carne propia. Es la rigurosa exigencia de originalidad que hoy se plantea a toda creación, y no sólo a la artística: también, a la científica. Tampoco cabe presumir de que sea una invención de nuestra época: la máxima «no hay mejor predicador que Fray Ejemplo» es vieja, como que de alcurnia franciscana, basada en uno de los relatos de las Florecillas. Pero no hay duda de que, igualmente a como en el caso anterior, lo ha potenciado. El Tartufo llevaba escrito siglos, es cierto; pero lo es asimismo que hoy ha vuelto a llenar los teatros a rebosar. Otras épocas han sido más tolerantes con la hipocresía, más indulgentes con el plagio, más dadas a la imitación y más satisfechas con ella.

La nuestra, en cambio, tiene que encontrarse a placer y sentirse en su propio ambiente ante un hombre como Cicerón, que —a creerle, por lo menos— vive según teoriza y teoriza según vive.

¿O debí decir teoriza según vive y vive según teoriza? Pues en este punto el orden de los factores es capaz de alterar profundamente el resultado. Está bien claro que,

en cada formulación, el segundo tiende a cero en virtud de la fuerza igualadora de la comparativa: si vive según teoriza, ya está implicado que teoriza según vive y viceversa. Lo importante, pues, es el factor por el cual se empiece: él es el que no se anula en ser mera consecuencia del otro.

No es juego de palabras, ni ha pretendido (torpe sería) serlo de ingenio. Todo lo contrario: aquí se implica una intrincada cuestión en torno a la crítica ciceroniana, tan intrincada que sería quizás irresoluble en grado convincente si el propio autor no hubiera suministrado elementos para alcanzar la solución. De faltar éstos, es posible que los filólogos, al menos desde el siglo pasado inclusive, anduvieran también a la greña sobre si, primeramente, Cicerón habría sistematizado una teoría, incluso con originalidad, si se quiere, y luego, empapado de ella, se habría esmerado en ponerla en práctica; o si, viceversa, primeramente habría adquirido conciencia de cuál era su proceder —incluso como fruto del aprendizaje de teorías ajenas— y luego lo habría plasmado sistematizándolo en una teoría propia.

Ahora, en cambio, no. Hay declaración explícita por parte del autor mismo: el lector del *De oratore*, al inmergirse en la atmósfera ambiental del diálogo y captar la expectación en que la generación anterior a la ciceroniana vive con respecto a la seguridad de que la aparición de un gran orador entre los latinos es inminente, puede tener la sensación de que en este orador Cicerón se hace insinuar a sí mismo. Pero tal vez este lector rechazará tal sensación y se acusará de excesivamente suspicaz. Sin embargo, con el *Brutus* y el *Orator* se absolverá al punto de todo abuso de suspicacia: el primero de estos tratados es una presentación panorámica de lo que había sido la oratoria latina hasta culminar —«discretamente», hace observar Jean Bayet[9]— en él mismo; el segundo es una apología de su

[9] BAYET, *o. c.*, 149.

postura entre las diversas tendencias de la oratoria, especialmente frente a la aticista. Con ello, una claridad unitaria ilumina el total de la producción: la crítica de Cicerón es, en el fondo, autocrítica; más de una vez lo es incluso en la superficie. La sospecha de insinuación en el *De oratore* se legitima. Con una sola condición, probablemente: que no se confunda lo que puede haber sido lícita aspiración del orador con lo que realmente llegó a ser. Cicerón ha trazado las líneas maestras de lo que él entendía que había de producir un orador perfecto, según él se había aplicado concienzudamente a serlo; pero no llega a decir que esta aplicación se haya, efectivamente, verificado.

La autocrítica ciceroniana reviste los dos aspectos que semejante actividad sugiere en el concepto del hombre de hoy: la que cabría llamar tradicional y la moderna. Tradicionalmente, la autocrítica venía equivaliendo a una autoapología generalmente, también, discreta; el autor adelantaba las intenciones que le habían guiado a componer su obra, las dificultades con que se había encontrado, la ilusión con que había tratado de superarlas, el temor de no haberlo conseguido cumplidamente. En nuestros tiempos, en cambio, el término ha sufrido una muy curiosa amplificación de sentido. Cada vez nos vamos acostumbrando más a ver llamada autocrítica a la crítica de los demás del propio grupo. Tiene de común con la anterior el resultado: por contraste con las conductas ajenas que se censuran, la propia queda automáticamente apologizada, máxime al atender a que el censor, por formar parte de la misma comunidad que los demás miembros contra quienes esgrime su férula, podría haber fácilmente incurrido en los mismos defectos.

Al llegar aquí, no obstante, hay que guardarse de que una consideración humanística nos lleve a usar desconsideradamente el módulo con que fácilmente se tiende a equiparar nuestro mundo con el clásico, sobre todo los hombres de hoy con los de aquel antaño en muchas cosas tan cercano. Al contrario, en el caso de la autocrítica cice-

roniana, la justicia exige no nivelar en demasía, saltando por encima de diferencias auténticamente esenciales.

Es lógico que, a la vista de determinados autocríticos de hoy, o que se presentan como tales y que quedarían encuadrados en el segundo grupo, se experimente una repulsiva sensación de semifariseísmo, o de un cuarto de fariseísmo si con la moral cupiera andar con cálculos matemáticos. Ciertamente, hay que descontar la segunda mitad de la parábola paradigmática; y, de la primera, hacerles gracia también del inicio: el «gracias te doy, Señor, porque yo no soy como los demás hombres» no llega a formularse explícitamente; a lo sumo —ya lo sugerí— se percibe como contraste con el resto de lo que sí se explicita: «los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros»...

Nada de ello, ni siquiera en fracción mucho menor que la cuarta parte, sería justo proyectar sobre la autocrítica de Cicerón. Su proceder ha sido muy distinto, incluso en el tratado en que más fácilmente se le englobaría en este segundo grupo cuestionado, el *Brutus*. La lectura de este diálogo deja una sensación muy distinta. Es explicable: frente a la sincronía en que proyecta su pretendida autocrítica el parafariseo, la estructura diacrónica del diálogo ciceroniano ha permitido al autor destacarse sin necesidad de cortar otras cabezas que hubiesen podido hacerle sombra. Al contrario, se parte del elogio de Hortensio, el otro gran orador contemporáneo suyo; y se llega a la figura propia en una especie de composición en anillo que invita al lector a la equiparación. Figura propia que, si culmina, no es sobre la contemplación horizontal de la perspectiva oratoria de su tiempo, sino de la vertical, en ascenso, desde los rudimentarios oradores primitivos hasta la edad de oro coetánea, progresando a través de muchas etapas, con esfuerzos y fatigas, que se mencionan honoríficamente, con detallado optimismo —fácil, por otro lado, pues se le proyecta *post euentum*—. Nada de «ante mí, el caos».

Nada, tampoco, de «después de mí, el diluvio». Cicerón no se presenta en el culmen como un picacho solitario e inaccesible. Todo lo contrario: conseguida la gloria de ser el primero, no parece tentarle la de ser el único; más bien la de convertirse en hito modélico para los demás. De hecho, el destinatario, Bruto, es estimulado ardientemente a recorrer la misma vía con ansias de emulación; y un desvío de ella será el motivo de la redacción del *Orator*.

Todo ello cuadra con otras actitudes ciceronianas, encomiables unas; otras, a buen seguro, censurables. La visión optimista del progreso de la oratoria romana, a fuerza de estudio de los modelos griegos, hasta poder serles equiparada, encaja perfectamente en el típico patriotismo ciceroniano, que ni le impide la admiración por la superioridad extranjera, ni le deprime hasta descastarle; al contrario, le estimula a conseguir la equiparación. La pretensión de que su vida misma sirviera de modelo constituye la consagración de su innegable vocación docente, de la que son indicios seguros la atención prestada a sus hijos y a los jóvenes con quienes su atareada vida le dejó algunos momentos por tratar, así como la actividad de escritor al fin y al cabo didáctico, tanto en retórica como en filosofía. Pero también sentimiento de primacía y de ejemplaridad para los demás entran perfectamente en la esfera de la vanidad, defecto tantas veces achacado, y que, al ocuparnos de él como orador, veíamos que recientemente se le reprochaba incluso como móvil fundamental de su poco afortunada actividad política.

Sin llegar a tanto, con plena objetividad cabe reconocer que el propio inculpado ha reconocido su defecto. No parece, efectivamente, que pueda ser del todo inocua la interpretación de su «trahimur omnes studio laudis et optimus quisque maxime gloria ducitur» [10]. Pretender pensar en un afán de gloria que nos arrastra sólo como una tentación, en tanto que los hombres la resistimos, sería leer a Cicerón con excesivo angelicalismo. Pugnaría con el con-

[10] Cic. *Pro Arch.* XI 26.

texto inmediato, donde, en un alarde de finísimo humor subterráneo —tan fino y subterráneo que no aflora a la superficie de la expresión y radica totalmente en el contenido: digno antecedente a más de milenio y medio de distancia del celebradísimo «propiedad del autor» en la contraportada del título «La propiedad es un robo»—, Cicerón prueba su aserto con la observación de que incluso los autores de tratados sobre el menosprecio de la gloria y las alabanzas no dejan de exhibir su nombre en la cabecera.

Sólo el soberbio necesita la unicidad. Al vanidoso le basta con la primacía. Mientras para aquél los demás no cuentan, para éste incluso va bien que signifiquen mucho; dado que les aventaja, cuanto más altos se remonten, más encumbrado quedará él. Por ello, a diferencia del soberbio, que no puede ser agradecido porque, a su entender, nadie puede haberle proporcionado nada, puesto que él no necesita de nadie, la vanidad no impide la gratitud: le basta con que la gloria que reconocidamente tributa a los demás no pueda, ni por asomo, remontarse tanto que llegue a empañar la suya propia.

Incluso enfocado, pues, esquinadamente, desde un ángulo adverso de su psicología, Cicerón no deja en el lector actual de su autocrítica el mal sabor de un fariseísmo. Sus predecesores son peldaños que han ido elevando el pedestal donde se asentaría el trono de su gloria. Pase. Pero peldaños contemplados con mirada optimista y agradecida, luminosa e ilusionada, aspectos positivos todavía para quien pueda a su vez acercárseles con ojos limpios de envidia y una suficiente dosis de humildad en el corazón.

SEBASTIÁN MARINER

T. 8u

ANÁLISIS Y ESTRUCTURA DEL PRIMER SUBSISTEMA TEMPORAL LATINO (SERIE CONJUNCIONAL «CUM», «POSTQUAM», ETC.) EN ÉPOCA CLÁSICA *

I

1. Bien que de manera atomística estas conjunciones han sido profusamente estudiadas dentro de la sintaxis histórica. Es fácil encontrar para todas y cada una de ellas una monografía (o más) que las ha analizado, independientemente, en forma exhaustiva. Los manuales al uso recogen sus resultados. Faltaba, a nuestro juicio, un estudio en horizontal que desvelara las relaciones establecidas entre ellas, y mostrara que el papel de una conjunción determinada se halla en función del papel de otra conjunción determinada, y así sucesivamente.

2. La sintaxis de las conjunciones temporales cae dentro, inmediatamente, del estudio sintáctico de las construcciones hipotácticas todas de la lengua (latina), es decir, de las partículas; y, más remotamente, y en general, del entero sistema lingüístico.

---

* El presente artículo recoge, con simplificación y reelaboración parcial, un capítulo al que el título corresponde, de nuestra tesis doctoral, que con el nombre de *Oposiciones en los sintagmas temporales latinos* y bajo la dirección del Dr. Mariner Bigorra, presentamos en la Universidad de Madrid un año ha. Aunque fundamentalmente nos centrábamos allí en la época clásica, teníamos en cuenta, no obstante, la época arcaica y, en alguna medida, la posclásica. Ahora, en cambio, nos ceñimos por completo a la época clásica.

3. Cabe, empero, hacer un corte en el entramado del sistema de las partículas por el lado de las temporales, y considerar el conjunto de éstas, por el momento, como un sistema autónomo.

4. Un sintagma temporal se compone de dos partes: una primera parte que comporta la partícula («oración subordinada») y una segunda parte que no la comporta («oración principal»). Los elementos que lo constituyen son: 1.°, la partícula; 2.°, el tiempo que acompaña a la partícula; 3.°, el modo que acompaña a la partícula; 4.°, el tiempo y modo de la otra oración. Al conjunto de estos elementos lo denominamos «fórmula», bien que habitualmente utilizamos el término aplicándolo a la primera parte sin más.

5. Además de los elementos que hemos enumerado en el apartado anterior, intervienen accidentalmente en las fórmulas unas marcas (léxicas) que sirven de indicadores de función, y también la colocación (anterior/posterior) de la primera parte respecto de la segunda parte de la fórmula.

6. Al margen de todo lo detallado, no son de desdeñar todavía los factores que presuponen el contexto y el estilo: la convergencia de todos los elementos reseñados sirve a unas funciones variadas de las fórmulas (especificándose, de manera pormenorizada, en rasgos semánticos).

7. Lo que hemos hecho, por ende, es: 1.°, aislar las diferentes fórmulas en torno a una misma conjunción, con todos sus ingredientes; 2.°, analizar, dentro del conjunto de fórmulas así establecido, que hemos denominado paradigma (o sistema autónomo) de dicha conjunción, las relaciones a que hay lugar entre las distintas fórmulas con base en la misma conjunción; 3.°, por cuanto el principio estructural fundamental dentro de ese paradigma está

constituido, en primer lugar, por la correlación modal (Ind./Subj.) y, en segundo lugar, por la correlación de los tiempos, hemos tratado de hallar la estructura a que ambas correlaciones deban lugar en el seno del paradigma en cuestión; 4.°, una vez realizada esta labor con todas las conjunciones temporales, hemos procedido a comparar los diferentes paradigmas. El resultado ha sido el surgimiento de tres subsistemas (conjunto de paradigmas con función o funciones afines, el primero de los cuales estudiamos aquí) constitutivos del sistema temporal latino.

8. Hemos dicho arriba que las funciones básicas de las diferentes fórmulas se especifican en una serie de rasgos (o nociones básicas). Ambos, fórmulas y rasgos, constituyen las dos caras de un mismo signo. Podemos proceder desde las fórmulas a los rasgos, o desde los rasgos a las fórmulas. Ambos procedimientos los hemos seguido en el presente trabajo.

9. La partícula temporal es un relacionante, sumamente definido, que conecta de manera obvia acciones en el decurso de la cadena hablada. En la medida que conecta dos acciones verbales (dos oraciones), es preciso reconocer que, en realidad, la partícula «es» tanto de una oración como de la otra. Se conviene, con todo, en reconocer la pertenencia de la conjunción a una de las oraciones (se denomina «subordinada»), por cuanto, efectivamente, *afecta* a su verbo, permaneciendo la otra oración «liberada» (se denomina «principal»), sin afectación de tipo alguno.

10. Se puede comprobar así que la *colocación* de la partícula al principio de todo el ensamblaje, o en el centro del mismo (primer caso: la «subordinada» va delante; segundo caso: la «subordinada» va detrás de la «principal»), puede ser pertinente en algunas ocasiones.

11. Así, el tipo *cum inversum* o el tipo *dies, cum,* presentan siempre una colocación «posterior» de *cum* (la

«subordinada» sigue), frente a otros tipos de *cum* en los que la colocación resulta indiferente. Por otra parte, *postquam*, *ubi* y *ut* presentan una neutralización de la colocación «anterior»/«posterior», apareciendo, en la práctica, sólo en la primera (como «archicolocación»).

12. A la línea del espacio corresponden unos adverbios que «recortan» puntos en la misma, y a la línea del tiempo corresponden otros adverbios que «recortan» momentos. Así establecemos, por ejemplo, la pareja aquí-ahora, allí-entonces, etc. De la misma manera podemos considerar el punto (el momento) anterior o posterior a un punto (o momento) dado. Las conjunciones temporales aquí consideradas indican asimismo esos momentos, sólo que conectándolos (relacionándolos) con dos acciones. La consideración de los distintos momentos depende de cada lengua.

13. En la lengua latina encontramos determinadas conjunciones aptas para expresar la triple posibilidad de indicación de un momento en la línea del tiempo. Ahora bien, esa localización en la línea del tiempo no es sino una *deixis*: hablaremos, por consiguiente, de una función deíctica de las conjunciones que expresan dicha triple posibilidad.

14. El *momento en que algo sucede* («tempore quo») es la deixis propiamente dicha; diremos que la expresión de ello constituye la *función deíctica* en sentido estricto; en cambio, es deixis en grado menor el momento anterior («ante quod tempus», que no considero en este artículo) y el posterior («post quod tempus»); diremos que la expresión de ello constituye la *función deíctica* en sentido lato.

15. Al seguir detenidamente en un momento dado del desarrollo de la lengua el «comportamiento» de un signo de la misma, podemos comprobar que un rasgo es más recurrente que otro en el conjunto manifestado en aquél. Al mismo tiempo, en el oyente o lector se evoca con prefe-

rencia un rasgo (o rasgos) frente a otro (u otros). Suponiendo que el primer método se haya aplicado en unas condiciones óptimas de estimación (esto es, que no se deba a la casualidad la mayor recurrencia descubierta del rasgo en cuestión), podemos aceptar que ambos métodos coinciden, como prueba uno del otro, en la indicación del rasgo destacado. A su vez, los rasgos restantes pueden jerarquizarse categóricamente, pero siempre por debajo del primero (o, ¿por qué no?, primeros). Llamo rasgos generales (o función) al primero o primeros revelados, y rasgos secundarios, a los segundos que acabo de mencionar.

II

Análisis del primer subsistema temporal: fórmulas de *cum, postquam, ubi, ut, quando, quotiens, simulac, cum primum, ubi primum, ut primum.*

1. Paradigma de *cum.* Modo Indicativo.

Fórmulas:

a)	*Cum.*	PR.	IND.	::	PR. IMPF. PF. FUT. IND.
b)	»	IMPF.	»	::	IMPF. PR. PF. IND.
c)	»	PF.	»	::	PF. PR. IMPF. IND.
d)	»	PLPF.	»	::	PLPF. IMPF. PF. PR. IND.
e)	»	FUT. I	»	::	FUT. I/FUT. II
f)	»	FUT. II	»	::	FUT. I.

Los tiempos que aparecen en la segunda parte de la fórmula siguen un orden decreciente de frecuencia. He suprimido algunos de rara aparición.

2. Rasgo general «tempore quo». Puede expresarlo todo el paradigma. Respecto al rasgo, que cumple la función deíctica, cf. Serv. ad Aen. 2, 455: (...) *si autem «cum ueniebam» dicamus, aut modus pro modo est, hoc est indicatiuus*

pro coniunctiuo aut cum non erit coniunctio, sed aduerbium temporis, et significat «tempore quo ueniebam». Caris. G. L. K. 1, 226, 14: «*cum declamo, uenit*», *id est* «*ipso tempore quo declamo*». Hale (*Die Cum-Konstruktionen*, pág. 32): «*Cum* es, en primer lugar, tratado históricamente, una partícula temporal, y significa tanto como *eo tempore quo*, o similar».

3. Subtipos dentro de este rasgo: rasgos secundarios:

a) «Identicum».
b) «Definitio».
c) «Explicativum».
d) «Completivum».
e) «Iterativum».

Todos estos rasgos son productos meramente semántico-contextuales. Igual que ocurre con la sintaxis de los casos, proliferan por doquier las etiquetas, y cada autor las usa en mayor o menor medida, según su gusto particular. Así, por ejemplo, «Identicum»: Cic. Deiot. 13, 36 *omnia tu Deiotaro tribuisti, cum et ipsi et filio nomen regium concessisti*; «Definitio»: Cic. Inv. 1, 11, 15 *concessio est, cum reus non id, quod factum est, defendit...*; «Explicativum»: Cic. Fam. 15, 7, 1 *maxime sum laetitia affectus, cum audiui consulem te factum esse*; «Completivum»: Ovid. Met. 14, 181-182 *uidi... cum... permisit*. Con el nombre de «Iterativum» englobo las distintas denominaciones siguientes: general (Bennett), atemporal, generalizante o iterativo. Así: Cic. Off. 1, 13 *cum sumus necessariis negotiis curisque uacui, tum auemus aliquid uidere.*

4. Subtipos dentro de este rasgo: portan marcas léxicas, que son de la clase:

a) *Tempus, tempestas, dies, annus, tum, olim, nunc, eo tempore, hodie, quondam.*
b) *Interim, interea, quidem, nihilo magis, etiam, nondum, hauddum.*

c) Primera parte de la fórmula: *subito, repente.* Segunda parte de la fórmula: *iam, uix, nondum.*

Por ejemplo: Cic. Att. 2, 19, 3 *ueniet tempus, cum grauiter gemes.* Sal. Iug. 12, 5 *tumultu omnia miscere, cum interim Hiempsal reperitur occultans se tugurio.* Cés. B. G. 6, 7, 2 *iamque ab eo non longius bidui uia aberant, cum duas venisse legiones cognoscunt.*

5. Rasgos secundarios: «qua ex causa», «adversativum». Sólo en épocas arcaica y tardía. En la época clásica, en cambio, estos rasgos son completamente excepcionales con las fórmulas de Ind. (Kühner-Stegmann, *Ausführliche Grammatik,* págs. 348-349).

6. Aparte de las marcas léxicas que conllevan, a veces interviene otro factor determinante que hace singulares estos tipos: la colocación. Cambiando dicha colocación se logran tipos diferentes: 1.º El ejemplo Liv. 29, 7, 8 *Hannibal iam subibat muros, cum repente in eum patefacta porta irrumpunt Romani* se convierte (suprimiendo, además, las marcas) en: *Cum patefacta porta irrumpunt Romani, Hannibal subibat muros.* 2.º El ejemplo Liv. 21, 39, 4 *cum Placentiam consul uenit, iam ex statiuis mouerat Hannibal* se convierte, inversamente, en: *Iam ex statiuis mouerat Hannibal, cum Placentiam consul uenit,* donde simplemente la inversión del orden nos proporciona el tipo apetecido, revelándonos, simultáneamente, el secreto sintáctico-estilístico existente.

7. La norma establece, además, para este último tipo (que es el que los gramáticos llaman *cum inuersum*) una limitación de fórmulas:

Cum. PR. Ind. : : IMPF./PLPF. Ind.
» PF. Ind. : : » » »

Otro tipo de fórmulas se da sólo por azar.

8. Rasgo general «post quod tempus». Algunas de las fórmulas que venimos tratando funcionan con este rasgo. Especialmente son éstas:

Cum. PR. Ind. : : PF. PR. Ind.
» PLPF. Ind. : : PR. PF. IMPF. PLPF. Ind.

Característica constante de este tipo es la colocación anterior de *cum.* Hoffman-Szantyr (*Syntax und Stilistik*, página 621) anotan que, después del latín arcaico, queda, en época clásica, relegado a la esfera familiar y epistolar.

9. Semejante rasgo anida en las fórmulas reseñadas como un arcaísmo, resto de un sistema anterior. Veamos, con todo, algunas oposiciones del tipo «tempore quo» / «post quod tempus». Por ejemplo: Colum. 13, 26, 9 *quartum illud genus insitionis iam docuimus, cum* («tempore quo») *de uitibus disputauimus.* Frente a Cic. (Galb.) Fam. 10, 30, 4 *quo cum uenit, complures ibi amisit.*

10. Marca *tum* con colocación posterior. Cualquier fórmula de las que venimos hablando. Cic. Lael. 92 *omnium rerum simulatio est uitiosa, tum amicitiae repugnat maxime.* Este tipo era una construcción puramente temporal, que luego se transformó en construcción modal. El «desgaste» de esta correlación muestra el enorme empleo de *cum.* Tenemos el mismo fenómeno que en los rasgos «Identicum», «Definitio», o sea, una interpretación de la simultaneidad temporal que lleva a emplear a aquéllos (*cum... tum*) como simples relacionantes puramente sintácticos (función coordinativa).

Fórmulas:

a) *Cum.* PR. Subj. : : (...).
c) » PF. » : : (...).

Fórmula *a*) *Cum.* PR. Subj. Rasgo general: «tempore quo». Subtipos dentro de este rasgo: a) «Identicum».

b) «Iterativum». c) Marcas léxicas: *tempus, dies,* etc. d) Marca *tum,* con colocación posterior. e) «Qua ex causa». f) «Adversativum».

Así, por ejemplo: Virg. Égl. VIII 7 s. *en erit umquam / ille dies, mihi cum liceat tua dicere facta?* Varr. L. L. 5, 99 *tuba ac cornua, signa cum dent, canere dicuntur.* Cic. Lael. 23 *cum plurimas et maximas commoditates amicitia contineat, tum illa nimirum praestat omnibus...* Tipo «qua ex causa»: Cic. Fin. 1, 66 *cum solitudo et uita sine amicis insidiarum et metus plena sit, ratio ipsa monet amicitias comparare.* Tipo «adversativum»: Cic. Off. 1, 4 *cum multa sint in philosophia grauia et utilia, latissime patere ea, quae de officiis tradita sunt.*

12. La fórmula *Cum.* PR. Subj. con los subtipos indicados conmuta cabalmente con fórmulas de modo Ind., cuales: *Cum.* PR. Ind. / *Cum.* FUT. I. Así:

1.° Subtipo «Identicum»: Cic. Nat. Deor. 1, 12, 29 *cum neget esse quicquam sempiternum, nonne deum tollit?* Frente a Cic. Sull. 13, 39 *cum se negat scire Cassium, utrum subleuat Sullam, an satis probat se nescire?*

2.° Subtipo Marcas léxicas: a. (PR. Ind.) Cic. Mur. 6 *nunc, cum omnes me causae ad misericordiam* (...) *vocent, quanto tandem studio debeo seruire?* Frente a Liv. 36, 7, 2 (*eandem sententiam dixissem*) *quam hodie, cum de Thessalia agitur.* b. (Fut. I): Cic. Mil. 69 *erit illud profecto tempus* (...), *cum tu amicissimi beneuolentiam desideres* Frente a Cic. Att. 2, 19, 3 *ueniet tempus, cum grauiter gemes.*

13. Fórmula *c*) *Cum.* PF. Subj. Sus rasgos más característicos son «qua ex causa» y «adversativum». Así: Cic. Off. 3, 6 *cum Athenas tamquam ad mercaturam bonarum artium sis profectus, inanem redire turpissimum est.*

14. Paradigma de *cum*. Modo Subjuntivo:

Fórmulas:

b) *Cum*. IMPF. Subj. : : (...).
d) » PLPF » : : (...).

Rasgo general, «tempore quo». Así: Cic. Att. 2, 15, 3 *cum haec maxime scriberem, ecce tibi Sebosus!* Subtipos dentro de este rasgo: Rasgos secundarios. Son: *a*) «Identicum». Fórmula *Cum*. IMPF. Subj. : : IMPF. PF. Ind. *b*) «Completivum». Fórmula *Cum*. IMPF. Subj. : : IMPF. PF. Ind. *c*) «Iterativum». Fórmula *Cum*. IMPF. / PLPF. Subj. : : IMPF. Ind.

15. Conmutaciones de fórmulas con Subj. e Ind.:

1.° Cic. Lael. 7, 24 *facile indicabat ipsa natura uim suam, cum homines, quod facere ipsi non possent, id recte fieri in altero iudicarent*. Frente a Cic. Fl. 33, 83 *quid emebat, cum te emebat?*, ambos bajo la etiqueta «Identicum».

2.° Cic. R. A. 39 *de luxuria purgauit Erucius cum dixit*. Frente a Cic. Mil. 12 *de luxuria purgauit Erucius cum diceret*. Aquí la norma en época clásica es fórmula con modo Ind. (*Syntax und Stilistik*, pág. 623).

3.° Cic. de Or. 2, 365 *audiui Metrodorum, cum de his ipsis disputaret*. Frente a Cic. Fam. 7, 28, 1 *memini cum mihi desipere uidebare*. Aquí la norma clásica es fórmula con modo Subj. (*Ausführliche Grammatik*, pág. 346).

4.° Cic. Div. 1, 102 *cum imperator exercitum lustraret, bonis nominibus, qui hostias ducerent, eligebantur*. Frente a Colum. 1, praef. 18 *ueteres Romani, cum consilium publicum desiderabatur, e uillis arcessebantur in senatum*.

5.° Liv. 2, 27, 8 *cum in ius duci debitorem uidissent, undique conuolabant*. Frente a Liv. 38, 21, 12 *cum conminus uenerant, gladiis a uelitibus trucidabantur*.

Hasta la época clásica aquí es norma la fórmula con Ind. Luego, tras una pugna con la fórmula de Subj., acaba ésta por ganar y erigirse en norma en lo sucesivo.

16. Rasgo general, «tempore quo»: portan marcas léxicas, que son de la clase:

a) *Tempus, tempestas, dies, annus, tum, olim, nunc.*
b) *Interim, interea, quidem, tamen, nihilo magis, etiam tum, nondum, haudum.*
c) Primera parte de la fórmula: *subito, repente.* Segunda parte de la fórmula: *iam, uix, nondum.* Por ejemplo, Cés. B. G. 6, 24, 1 *ac fuit antea tempus, cum Germanos Galli uirtute superarent.*

17. Conmutaciones de fórmulas con Subj. e Ind.:

1.° Conmutación *Cum.* PLPF. Subj./*Cum.* PF. Ind.: Cic. Verr. 4, 77 *illum diem memoria tenebat..., cum nuntiasset.* Frente a Cic. Man. 44 *illius diei fama, cum uniuersus populus Romanus... Cn. Pompeium imperatorem depoposcit.*

2.° Conmutación *Cum.* IMPF. Subj./*Cum.* IMPF. Ind.: Cic. R. A. 33 *accepit agrum temporibus iis, cum iacerent pretia praediorum.* Frente a Cic. íd. 50 *si illis temporibus natus esses, cum ab aratro arcessebantur qui consules fierent.*

3.° Conmutación *Cum.* PLPF. Subj./*Cum.* PF. PLPF. Ind.: Cic. Fam. 15, 4, 3 *in castra ueni, cum interea... comparauissem.* Cic. íd. 3, 6, 5 *ad te tardius scripsi, quod cotidie te exspectabam, cum interea ne litteras quidem ullas accepi.* Y Liv. 27, 20, 11 *et iam de imperio abrogando eius agebat, cum tamen necessarii Claudii obtinuerant, ut...* Previamente en las fórmulas con modo Ind. aquí presentes, tiene lugar una posibilidad de conmutación, en virtud del carácter no marcado del PF. (uso indiferente del mismo).

18. Marca *tum* con colocación posterior. Conmutaciones:

1.° *Cum.* IMPF. Subj. / *Cum.* IMPF. Ind.: Cic. epist. Br. 1, 12, 1 *quo tempore cum multa grauiter ferrem, tum*

nihil tuli grauius quam... Frente a Cic. Fam. 12, 19, 2 *quid copiarum haberes, cum ipse coniectura consequi poteram, tum ex tuis litteris cognoui.*

2.° *Cum.* PLPF. Subj. / *Cum.* PF. Ind.: Cic. R. A. 16 *hic cum omni tempore... fuisset, tum hoc tumultu proximo... defendit.* Frente a Cic. Att. 14, 138, 1 *nam cum te semper amaui, tum his temporibus... conmendaui.*

19. Rasgo general «post quod tempus». Fórmulas exclusivas:

Cum. IMPF. Subj. : : PF. PR. IMPF. PLPF. Ind.
Cum. PLPF. Subj. : : PF. PR. IMPF. PLPF. Ind.

Característica: colocación anterior de *cum.* Estas fórmulas se emplean en contextos retrospectivos de narración histórica, y no es inhabitual que al rasgo general «post quod tempus» se le sumen motivaciones causales, etc. Por ello el rasgo podía caracterizarse de una manera más completa de la siguiente forma: «post quod tempus-simul aut identidem causa ingruente». He aquí algunos ejemplos: Cés. B. G. 5, 37, 5 L. *Petronius aquilifer, cum magna multitudine hostium premeretur, aquilam intra uallum proiecit.* Cic. T. D. 4, 79 *Alexander cum interemisset Clitum, familiarem suum, uix a se manus continuit.*

Por cuanto el IMPF. Subj. es término no marcado frente al PLPF. del mismo modo, caben conmutaciones del tipo: Cic. de Sen. 16 *is, cum sententia senatus inclinaret ad pacem cum Pyrrho foedusque faciendum, non dubitauit dicere illa...* Frente a Cic. de Or. 1, 160 *haec cum Crassus dixisset, silentium est consecutum.*

20. Oposiciones: 1.° Rasgo general «post quod tempus-simul aut identidem causa ingruente». Las fórmulas *Cum.* IMPF. PLPF. Subj. se oponen a las fórmulas *Cum.* IMPF. PLPF. Ind. en términos de oposición binaria y privativa, por cuanto las primeras poseen dicho rasgo, pero no las segundas. Unas y otras poseen, en cambio, el rasgo «tem-

pore quo» y sus secuelas, según acabamos de ver en todo lo precedente.

2.° Rasgos secundarios «que ex causa-'adversativum'». Las fórmulas *Cum.* PR. PF. Subj. se oponen a las fórmulas *Cum.* PR. PF. Ind. en los términos de oposición binaria y privativa, por cuanto las primeras poseen dichos rasgos, pero no las segundas.

Unas y otras poseen, en cambio, el rasgo «tempore quo» y sus secuelas, según se ha visto en lo que antecede.

21. Fórmulas de *postquam, ubi, ut, quando* y *quotiens.* Modo Ind.

21 bis. Fórmulas de *postquam.* Modo Ind. Paradigma:

a)	*Postquam.*	PF. Ind. : :	PF. PR. IMPF. Ind.
b)	»	PR. » : :	PR. PF. IMPF. »
c)	»	PLPF. Ind. : :	PLPF. PF. PR. Ind.
d)	»	IMPF. » : :	PF. PR. Ind.

Colocación anterior de *postquam.*

En el presente paradigma encontramos dos limitaciones: la primera, modal = Ind.; la segunda, temporal: no se combina con ningún futuro (*Ausführliche Grammatik,* pág. 358, nota 3). Ejemplos: Cés. B. G. 2, 5, 4 *postquam omnes Belgarum copias ad se uenire neque iam longe abesse cognouit, flumen Axonam exercitum traducere maturauit.* Con expresiones temporales (en acusativo o ablativo) lo normal es el uso del PLPF., si bien no se excluye completamente el PF. Como quiera que éste es término no marcado frente al primero, pueden hallarse fácilmente conmutaciones como:

Sal. Cat. 11, 7 *milites postquam uictoriam adepti sunt, nihil reliqui uictis fecere.* Y Sal. Iug. 11, 2 *postquam illi more regio iusta magnifice fecerant, reguli in unum conuenerunt.*

Sobre el rasgo «post quod tempus» pueden conmutar estas fórmulas de *postquam* con *Cum.* PLPF. Subj. Así, cf.

el ejemplo anterior de la guerra de las Galias (2, 5, 4) con el siguiente de la misma obra (1, 7, 1): *Caesari cum id nuntiatum esset, maturat ab urbe proficisci.* Por el contrario, si la fórmula de *cum* presenta, además, el rasgo «qua ex causa» («causa simul ingruente»), entonces la conmutación no es posible, ya que ese rasgo no corresponde a *postquam,* porque su presencia en éste es excepcional, por completo.

La fórmula *Postquam.* PR. Ind., tanto si se combina con PF. / IMPF. en la segunda parte, como si lo hace con PR., la proyección es al pasado: Cic. Verr. 2, 92 *quem postquam uidet non adesse, ... iracundia furere coepit.* Liv. 23, 17, 4 *postquam obstinatos uidet, oppugnare parat.* En su empleo existen limitaciones estilísticas (es propia de historiadores, como Salustio, Livio, Tácito, etc.) y léxicas: la fórmula sufre una polarización en el sentido de combinarse con verbos que semánticamente corresponden a la espera de percepción: *uidendi, sentiendi, declarandi.*

Postquam. IMPF. Ind.: Sal. Cat. 6, 3 *postquam res eorum prospera uidebatur, inuidia orta est.* Es obvio que esta fórmula puede conmutar (como las demás de esta conjunción) con *Cum.* IMPF. Subj., por ejemplo. Así, un ejemplo como Cés. B. G. 7, 87, 5 *Labienus, postquam neque aggeres neque fossas uim hostium sustinere poterant, Caesarem facit certiorem,* podría expresarse: *Labienus, cum... sustinere posset, Caesarem facit certiorem.*

22. Fórmulas *a*) y *b*). Rasgos secundarios «ex quo», etcétera. Es propio más bien de época arcaica. En época clásica, *quod* y *ex quo* cargaron con él. Por lo demás, no existen sintagmas a base de estas fórmulas en los que quepa una interpretación con rasgo «Iterativum» (*Ausführliche Grammatik,* pág. 358, nota 3).

23. Se citan once ejemplos de *Postquam.* IMPF. PLPF. Subj. en época clásica. Aparte de ser un número escaso, algunos resultan controvertidos. Así, mientras Kühner - Stegmann los aceptan, Hofmann - Szantyr optan por las

correcciones propuestas en, por lo menos, tres ejemplos. En latín tardío se aceptan estas fórmulas.

24. Paradigma de *ubi*. Modo ind.:

Fórmulas:

a) *Ubi*. PF. Ind. : : PF. PR. IMPF. PLPF. Ind.
b) » PR. » : : PR. PF. Ind.
c) PLPF. Ind. : : PF. PR. IMPF. PLPF. Ind.
d) IMPF. » : : » » » » »
e) FUT. I : : FUT. I. II.
f) » II : : » » » . Colocación anterior de *ubi*.

Fórmula *a*) Cés. B. G. 1, 28, 1 *quod ubi Caesar resciit, his... imperauit.*

Fórmula *b*) Esta fórmula en proyección de pasado no es muy usual. Lo fue en época arcaica. En época clásica sufre una fijación (polarización) léxica: con *Verba sentiendi.*

Fórmula *c*) Liv. 3, 26, 4 *quod ubi senserant hostes, creuit ex metu alieno audacia.*

Cabe conmutar como sigue: *Postquam*. PLPF. Ind. (ejemplo último) con Cic. de Or. 2, 200 *quod ubi sensi... coepi.*

La fórmula *Ubi*. IMPF. Ind. conmuta cómodamente con *Postquam*. IMPF. Ind.: Liv. 9, 45, 14 *ubi nemo obuius ibat, pleno gradu ad castra hostium contendunt.* Frente a Cés. B. G. 7, 87, 5 *Labienus, postquam neque aggeres neque fossae hostium sustinere poterant, Caesarem facit certiorem.*

25. Rasgo secundario «Iterativum». Todas las fórmulas del paradigma. Recordemos que este rasgo secundario no se advierte en las fórmulas de *postquam*. En general, las fórmulas de *ubi* con los tiempos PR. PF. FUT. I /*FUT. II

proporcionan modelos de «iterativo-general»; las fórmulas con los tiempos IMPF. / PLPF., modelos de índole «iterativa».

Por lo que hace a las fórmulas de *ubi* con PR. debemos constatar el hecho de que, o son de proyección al pasado (con lo que se dan las pertinentes conmutaciones), o, si no, adquieren el rasgo «Iterativum». Ejemplos: Sal. Iug. 1, 4 *ubi per socordiam, uires, tempus, ingenium defluxere, naturae infirmitas accusatur.* Cic. Att. 8, 8 A, 4 *ubi nihil erit quod scribas, id ipsum scribito.* Sal. Cat. 1, 6 *ubi consulueris, mature facto opus est.*

26. Rasgo secundario «qua ex causa». Es fruto meramente del contexto. Así: Cés. B. G. 2, 9, 2 *ubi neutri initium transeundi faciunt, ... Caesar suos in castra reduxit.* Su volumen es mínimo.

27. Fórmulas de *ubi.* Modo Subj. Rasgo único: «Iterativum»:

a) *Ubi.* PF. Subj. : : (...).
b) » PR. » : : (...).
c) » PLPF. Subj. : : (...).
d) » IMPF. » : : (...).

Ya hay ejemplos en la época arcaica. Luego, sigue empleándose en la época clásica.

Ejemplos: Sal. Cat. 52, 29 *ubi socordia te tradideris, nequiquam deos implores.* Sal. Iug. 31, 28 *bonus segnior fit, ubi neglegas.* Liv. 1, 32, 13 (Fetialis) *id ubi dixisset.* Esta última fórmula y la de IMPF. surgen por primera vez en época clásica. Poco después, y sólo tímidamente, al principio, comienzan a emplearse para el rasgo «post quod tempus» simple. Así: B. Afr. 78, 4 *quod ubi coeptum est fieri et equis concitatis Iuliani impetum fecissent, Pacidius suos equites exporrigere coepit.*

28. Paradigma de *ut*. Modo Ind.

Fórmulas:

a) *Ut*. PF. Ind. : : PF. PR. IMPF. Ind.
b) » PR. » : : PR. PF. IMPF. »
c) » PLPF. Ind. : : PR. PF. PLPF. Ind.
d) » IMPF. » : : PR. PF. PLPF. IMPF. Ind.
e) » FUT. I : : FUT. I, II.
f) » » II : : » » ».
Colocación anterior de la partícula.

Ejemplos: Cic. Verr. 1, 104 *ut praetor factus est, sortem nactus est urbanae prouinciae*. La fórmula *b*) es muy poco usada. Si acaso, con *Verba sentiendi*. Nep. 10, 9, 4 *ut limen eius intrarant, foribus obseratis in lecto cubantem inuadunt*. Liv. 3, 20, 6 *tribuni, ut impediendae rei nulla spes erat, de proferendo exercitu agere*. Cf. el ejemplo de Liv. 9, 45, 14, citado en el número 24.

29. Rasgo secundario «Iterativum». Todas las fórmulas de arriba, mas con una limitación léxica: la fórmula se acompaña siempre de *quisque, quisquis*. Así: Cic. Att. 14, 1, 2 *ut quidque succurrit, libet scribere*.

30. Rasgo secundario «tempore ex quo».

Fórmulas:

a) *Ut*. PF. Ind. : : PF. PR. Ind.
b) » PR. » : : PR. PF. »

Puede ser contextual o portar las marcas léxicas *annus, dies*, etc. Ejemplos: Cic. Br. 19 *ut illos de re publica libros edidisti, nihil a te sane postea accepimus*. Tác. Ann. 14, 53 *octauus* (*annus est*) *ut imperium obtines*. Con este rasgo suelen encontrarse más en el latín arcaico y postclásico.

31. Fórmulas de *ut*. Modo Subj. Estas fórmulas no tienen vigencia ni en época arcaica ni en época clásica.

Comienzan primero con rasgo «Iterativum» (Livio), y, sólo más tarde, sin necesidad de ese rasgo.

Fórmulas:

a) *Quando.* PF. Ind. : : PF. PR. Ind.
b) » PR. » : : PR. Ind.
c) » PLPF. Ind. : : IMPF. Ind.
d) » IMPF. » : : » »
e) » FUT. I : : FUT. I
f) » » II : : » ». Colocación indiferente.

33. Rasgo general «tempore quo». Cualquier fórmula del número anterior.

Así, Carisio, G. L. K. 1, 111, 23: *quando particulam pro cum ponere Formianos et Fundanos ait Varro* (ThLL, *in situ*: caja 31). Cf. Anon. Vales. 8, 38 *eo tempore, quando Attila ad Italiam uenit* (*ibid.*). Véase también la siguiente confrontación:

Apul. de Mund. 10, 11 *apeliotes autem vocatur, cum... procreatur; eurus est, quando... emittitur.* Ejemplos: Cic. Leg. Agr. 2, 41 *tum, quando..., legatos Tyrum misimus.* Cic. Off. 2, 58 *quando erat aedilis.*

34. Rasgo secundario «Iterativum». Cualquier fórmula de arriba.

O bien rasgo secundario «qua ex causa». Las principales son:

a) *Quando.* PF. Ind. : : (...).
b) » PR. » : : (...).

Así, Cic. Rep. 6, 27 *quando finem habet motus, uiuendi finem habeat necesse est.*

Estos dos rasgos suele expresarlos también la conjunción con las marcas enclíticas *-que/-cumque* («Iterativum»), o bien *-quidem/ergo* («qua ex causa»). Ejemplos: Cic. Rep. 6, 24 *quandoque ab eadem parte sol... defecerit.* Liv. 7, 30, 7 *quandocumque se mouerint ab tergo erimus.* Cic.

Phil. 2, 6 *sit beneficium, quandoquidem maius accipi a latrone nullum potuit*. Por último, *quando* es la única conjunción del grupo que se distribuye en interrogaciones con el rasgo «tempore quo». Así: Cic. Phil. 9, 25 *quando... ueniet consul?*

35. Paradigma de *quotiens*. Modo Ind.

Fórmulas:

a) *Quotiens*. PF. Ind. : : (...).
b) » PR. » : : (...).
c) » IMPF. Ind. : : (...).
d) » PLPF. » : : (...).
e) » FUT. I : : (...).
f) » » II : : (...).

En la literatura de nueve siglos sólo hay 1.053 ejemplos de *quotiens* (en la obra de Tito Livio hay más de 3.000 ejemplos de *cum*), lo que prueba la magra capacidad de esta conjunción; prueba de que su necesidad no era grande es que el sistema podía arreglarse fácilmente sin ella.

36. Rasgo general «Iterativum». El tiempo-norma es el PR., hecho solidario del carácter iterativo-general que posee la conjunción. Además, se da una polarización estilística y léxica, porque, efectivamente, en la poesía lírica y elegíaca, en médicos y gramáticos, halla su uso más abundante. En estos últimos podía echarse de ver un afán consciente (metalingüístico) de hacer uso de una marca exterior bien señalada.

37. Fórmulas de *quotiens*. Modo Subj.:

a) *Quotiens*. PF. Subj. : : (...).
b) » PR. » : : (...)
c) » IMPF. Subj. : : (...).
d) » PLPF. » : : (...).

Este subjuntivo aparece a partir de Livio, y donde más abunda es en Tácito y Suetonio.

También aparece con marcas (redundantes) cuales: *-cumque, -que.* Así, tenemos: Cic. Att. 11, 13, 5 *quotiens habebis cui des ad me litteras, nolim praetermittas.* Y Cic. Fam. 16, 11, 3 *cura ut litteras ad me mittas quotienscumque habebis cui des.*

38. Fórmulas de *simul, cum primum, ubi primum* y *ut primum.*

Paradigma de *simul.* Modo Ind.

Fórmulas:

a)	*Simul.*	PF. Ind.	::	PR. PF. Ind.
b)	»	PR. »	::	PF. PR. »
c)	»	IMPF. Ind.	::	IMPF. Ind.
d)	»	PLPF. »	::	PLPF. »
e)	»	FUT. I	::	FUT. I Ind.
f)	»	» II	::	» I »

Colocación anterior. El rasgo general es, en estas fórmulas, el de «Inmediatez», el cual es común a este grupo de conjunciones. Por ello, constituyen una especie de subsistema precisador de «inmediatez» en la secuencia de dos acciones. Es aquella cualidad la que se acentúa, de tal suerte que en ocasiones puede llegar a ser simultaneidad.

Ejemplos: Cic. Fam. 8, 6, 1 *simul atque Dolabella accessit ad tribunal.* Sal. Cat. 7 *iuuentus, simulac belli patiens erat.* Nep. Alc. 1 *simulac se remiserat, luxoriosus.* Hor. Epist. 16, 78 *ipse deus, simulatque uolam, me soluet.* Hor. Od. 4, 7, 10 *simul pomifer autumnus fruges effuderit.*

Caben conmutaciones como: 1.º *Simul.* PF. Ind. / *Ubi.* PF. Ind. / *Ut.* PF. Ind.: Cic. Br. 1, 10, 3 *quod simulatque sensi... destiti.* Cic. de Or. 2, 200 *quod ubi sensi... coepi.* Liv. 1, 12, 3 *ut Hostius cecidit, confertim Romana inclinatur acies.*

2.° *Simul.* FUT. II / *Ubi.* FUT. II: Cic. Att. 8, 11, 7 *simul aliquid audiero, scribam ad te.* Cic. Att. 8, 8 A, 4 *ubi nihil erit, quod scribas, id ipsum scribito.*

Lo que ocurre es que del concepto estricto de «secuencia inmediata» en las conjunciones *ubi, ut* se pasa a «cuasi-simultaneidad», incidiendo, de esta manera, en las fórmulas de «Inmediatez». Estos dos tiempos (PF. / FUT. II) son los normales con *simul*; los restantes abarcan escaso volumen.

39. Rasgo secundario «Iterativum». Fórmulas de las arriba expresadas. Así: Lucr. 4, 782 *et simulac uolumus, nobis occurrit imago.* En ocasiones, se hallan marcas léxicas insistentes en la segunda parte de la fórmula, cuales: *confestim, continuo, ilico, statim, mox, tum,* etc. Por ejemplo: Cic. Fam. 6, 18, 1 *simulatque accepi a Seleuco tuo litteras, statim quaesiui.*

40. Paradigma de *cum primum.* Modo Ind.

Fórmulas:

a)	*Cum primum.*	PF. Ind.	::	PF. PR. PLPF. Ind.
b)	» »	PR. »	::	PR. Ind.
c)	» »	FUT. I	::	FUT. I.
d)	» »	» II	::	» ».

La fórmula *a*) es, con mucho, la norma; después, le siguen las fórmulas en FUT. I/II. Así: Cic. Att. 4, 1, 1 *cum primum Romam ueni... putaui.* Cic. Att. 5, 10, 5 *cum primum poteris... scribas.* Cic. Epist. 11, 10, 5 *cum primum exploratum habuero... faciam.*

41. Rasgo secundario «Iterativum». Fórmulas de las arriba expresadas.

Por otra parte, el modo subjuntivo no entra en estas fórmulas hasta el siglo I y comienzos del II, a no ser en «oratio obliqua»: Cic. Leg. Agr. 2, 3 *qui consulatum petie-*

rim, cum primum licitum sit, consul factus sim, cum primum petierim. Hay que tener presente este hecho, puesto que, en cambio, con *cum* a secas el modo subjuntivo está funcionando a todo rendimiento en plena época clásica.

42. Paradigma de *ubi primum.* Modo Ind.

Fórmulas:

a)	*Ubi primum.*	PF. Ind.	::	PF. PR. IMPF. Ind.
b)	» »	PR. »	::	PR. Ind.
c)	» »	FUT. I	::	FUT. I.
d)	» »	» II	::	(...).
e)	» »	PLPF. Ind.	::	IMPF. Ind.

La fórmula más usual es la primera, siendo las restantes muy poco habituales. Así: B. Alex. 17, 5 *ubi primum nostri in litore constiterunt.*

43. Rasgo secundario «Iterativum». Fórmulas de las arriba expresadas. Por ejemplo: Sal. Iug. 63, 4 *ergo ubi primum tribunatum militarem a populo petit, ... declaratur.*

44. Paradigma de *ut primum.* Modo Ind.

Fórmulas:

a)	*Ut primum.*	PF. Ind.	::	PF. PR Ind.
b)	» »	PR. »	::	PR. Ind.
c)	» »	FUT. I	::	FUT. I.
d)	» »	» II	::	» ».
e)	» »	IMPF. Ind.	::	PR. Ind.
f)	» »	PLPF. »	::	PF. PLPF. Ind.

Ejemplos: Virg. Aen. 4, 259 *ut primum alatis tetigit magalia plantis / conspicit.* Plin. Epist. 9, 16, 2 *ut primum uidebuntur, ... mittemus.* Plin. Epist. 1, 9, 7 *ut primum*

fuerit occasio, relinquo. Las fórmulas con IMPF. y PLPF. Ind. no se advierten en la época clásica.

Con modo subjuntivo sólo aparecen en «oratio obliqua».

III

1. Los contextos lingüísticos se incardinan en la línea del tiempo. Son tres los tiempos verbales que hallan expresión en la lengua: presente, pasado y futuro. Los contextos lingüísticos se producen con referencia a un hablante, que los profiere. Podemos agrupar, por una parte, el presente y el futuro como tiempos inmediatos y cercanos al hablante (los llamaremos tiempos de la actualidad) y, por otra, el pasado (tiempo de la retrospección, es decir, del distanciamiento).

2. Como muestra el análisis de los textos, los tiempos que normalmente se refieren al plano de la actualidad son: presente (ambos modos), futuro imperfecto, futuro perfecto, perfecto; y al plano de la retrospección, imperfecto (ambos modos), pluscuamperfecto (ambos modos), perfecto y presente.

No debe chocar que el perfecto y el presente aparezcan en ambos grupos. En un contexto determinado, *postquam uidet* pertenece al plano de la retrospección (los gramáticos lo llaman presente histórico); en un contexto determinado, *postquam ita uisum est* pertenece al plano de la actualidad (perfecto-presente lo llaman los gramáticos).

Dentro del primer plano se dan el diálogo, el drama, el ensayo, etc. Dentro del segundo se dan la narración, la historia (información narrativa e histórica).

3. Un método de información emplea los tiempos independientes, como el clisé *ueni, uidi, uici.* Otro método consiste en el empleo de partículas temporales.

Véase cómo alternan ambos métodos: Fedr. 1, 16 *ouem rogabat ceruus modium tritici / lupo sponsore: at illa praemetuens dolum (inquit)...* Y Fedr. 11, 17 *calumniator ab oue cum peteret canis, / quem conmendasse panem se contenderet, / lupus, citatus testis, non unum modo, / debere dixit, uerum affirmauit decem.* La mayoría de las conjunciones que tratamos en este artículo se distribuyen en contextos de información (lo que no quiere decir que no se distribuyan al mismo tiempo en contextos de actualidad).

4. En la época clásica *cum* con las fórmulas *Cum.* IMPF./PLPF. Subj. se constituye en norma para contextos de Información. *Postquam, ubi, ut* pueden servir: *a*) como práctica individual de norma; *b*) conmutando con *cum*; *c*) oponiéndose a *cum*, en especial, por razones de estilo.

5. Las siguientes estadísticas están hechas sobre el libro 32 de las Historias de Tito Livio, que consta de 40 capítulos: Fórmulas de *cum*: 61, de las que 30 = *Cum.* IMPF. Subj.; 31 = *Cum.* PLPF. Subj. Fórmulas de *postquam*: 10; de *ubi*: 8; de *ut*: 6. Véase cómo alternan en el capítulo 12 de dicho libro: 12, 1 *cum significarent... succedit*; 12, 2 *postquam recepere... uerterat*; 12, 5 *cum substitissent... circumuenti sunt.*

6. En el siguiente capítulo se advierte de manera aún más clara la conmutación en contextos prácticamente idénticos. Los elementos invariantes en los mismos son: 1.°, un tiempo independiente; 2.°, un adverbio:

16, 8-9 (*Ubi.* PF. Ind.) *Carystiorum primum agros uastarunt; deinde, ubi Carystus praesidio a Chalcide raptim misso firma uisa est, ad Eretriam accesserunt.*

16, 11 (*Cum.* IMPF. Subj.) *oppidani primo haud impigre tuebantur moenia; dein fessi uolneratique aliquot, cum et muri partem euersum operibus hostium cernerent...*

16, 13-14 (*Postquam.* PF. Ind.) *haec mixta metu spes... trahere eos tempus cogebat; deinde, postquam Philoclen*

repulsum trepidantemque refugisse Chalcidem acceperunt, oratorem extemplo ad Attalum... miserunt.

Y en 22, 25 (*Ut.* PF. Ind.) *primo nihil nec ducem nec ipsos mouit; post paulo ut Argiuos quoque armatos... uiderunt, omnem casum... uidebantur subituri.*

Nótese: 1.°, los tres primeros pasajes se hayan en el mismo capítulo a poco intervalo uno del otro; 2.°, en los dos primeros ejemplos y en el último hay, además, un mismo adverbio (*primum, primo*) con el tiempo independiente; 3.°, en los cuatro encontramos, con la fórmula correspondiente, un verbo de percepción, también con *cum*, con lo que la conmutación es perfecta.

7. Ahora vamos a ver cómo las fórmulas *Postquam. Ubi. Ut.* PF. / PR. / IMPF. Ind. son fórmulas-«norma» (como práctica individual), en contexto de información histórica, en el latín clásico.

Así, por ejemplo, en Salustio, Cat. tenemos: *Cum.* IMPF. Subj. = 7; *Cum.* PLPF. Subj. = 2; *Postquam.* = 27; *Ubi.* = 42.

El capítulo VI es ilustrativo, por cuanto podemos mostrar en él tres series en las que a tiempos independientes siguen fórmulas de las de arriba:

6, 1 *condidere... habuere... uagabantur*; 6, 2 *hi postquam in una moenia conuenere... incredibile memoratu est*; 6, 3 *sed postquam satis pollens uidebatur... orta est*; 6, 5 *festinare, parare... hortari... ire... tegere* (...) *post, ubi... propulerunt... portabant*; 6, 6 *habebat... erat... consultabant... appellabantur*; 6, 7 *post, ubi... se conuortit... fecere.*

En este otro capítulo entra también *cum*: 2, 1 *exercebant... agitabatur... placebant*; 2, 2 *postea uero quam in Asia Cyrus, in Graecia Lacedaemonii coepere... tum demum compertum est*; 2, 5 *uerum ubi... inuasere... inmutatur*; 3, 4 *aspernabatur, tenebatur*; 3, 5 *me cum dissentirem, nihilo minus... cupide uexabat.*

8. Ya hemos visto que además del plano de retrospección, en el que cabía como norma la información histórica, existe otro plano: el de actualidad. Las fórmulas competentes que se distribuyen en contextos de esta índole son otras que las distribuidas en aquellos contextos. Dijimos también que los tiempos de actualidad pueden distribuirse muy fácilmente en drama, diálogo, etc. La obra de Tito Livio está salpicada de discursos, buen momento para que aparezcan las fórmulas de actualidad:

Liv. 32, 20, 3-6 «*Ubi*» *inquit* «*illa certamina animorum, Achaei, sunt, quibus in conuiuiis et circulis, cum de Romanis et Philippo mentio incidit, uix manibus temperatis? Nunc... cum legatorum utrimque uerba audieritis* (PF. Subj. FUT. II), *cum referant magistratus, cum praeco ad suadendum uocet, obmutuistis. Ne studia quidem... uocem possunt exprimere? Cum praesertim nemo tam hebes sit qui ignorare possit dicendi... nunc occasionem esse, priusquam quicquam decernamus; ubi semel decretum erit, omnibus id... defendendum*».

Pero, además, acontece que en este mismo discurso hay un momento de retrospección, y, automáticamente, tenemos las fórmulas de dicho plano: cap. 21, 10 «*ipse Philippus priore anno, qui pollicendo se aduersus Nabidem bellum gesturum cum temptasset nostram iuuentutem hinc in Euboeam extrahere, postquam nos neque decernere id sibi praesidium neque uelle inligari Romano bello uidit, oblitus societatis eius, quam nunc iactat, uastandos Nabidi...reliquit*».

9. En el capítulo 51 de la Conjuración de Catilina, en el seno de un discurso, hallamos una alternancia cuasi rítmica de ambos planos:

51, 1 *haud facile animus uerum providet, ubi illa officiunt*; 51, 3 *ubi intenderis ingenium, ualet; si lubido possidet, ea dominatur, animus nihil ualet*; 51, 5 *bello Macedonico, quod cum rege Perse gessimus... sed postquam bello confecto de Rhodiis consultum est, ... dimisere*; 51, 6 *item bellis Punicis cum saepe Carthaginienses fecissent...*

fecere; 51, 19 *de timore superuacaneum est disserere, cum praesertim sint*; 51, 24 *qui conuenit legem timere, cum eam neglegeris?*; 51, 27 *omnia mala exempla ex rebus bonis orta sunt. Sed ubi imperium ad ignaros peruenit... exemplum transfertur*; 51, 39 *animaduertebant... sumebant*; 51, 40 *postquam res publica adoleuit... tum paratae sunt.*

10. Visto todo lo que antecede, ha llegado el momento de resumir y exponer globalmente la estructuración que tiene lugar en el seno de este subsistema temporal latino. Para ello contamos con tres elementos: 1.°, los modos; 2.°, los tiempos; 3.°, la oposición entre las partículas. La correlación modal es fundamental en el interior de cada paradigma. La estructura de esta categoría en oración independiente fue revelada en su día por el profesor S. Mariner (*Estructura de la categoría verbal «modo» en latín clásico*, Emérita XXV, págs. 449-486, y recogida posteriormente por el profesor L. Rubio, *Los modos verbales*, Emérita XXXVI, págs. 77-96). A tenor con ella, el modo *Indicatiuus* funciona como término no caracterizado frente a los modos *Potentialis* e *Irrealis*. En los sintagmas temporales, estos últimos modos se neutralizan, y su archivalor (que denomino genéricamente «Subjuntivo») viene a funcionar como el término no caracterizado de la oposición frente al modo Indicativo. De esta suerte, mientras un *cum dixit* es sólo deíctico (= «cuando dijo»), un *cum diceret* es deíctico («cuando dijo, decía») o no-deíctico (= «después de decir», «como dijese», «aunque dijo»).

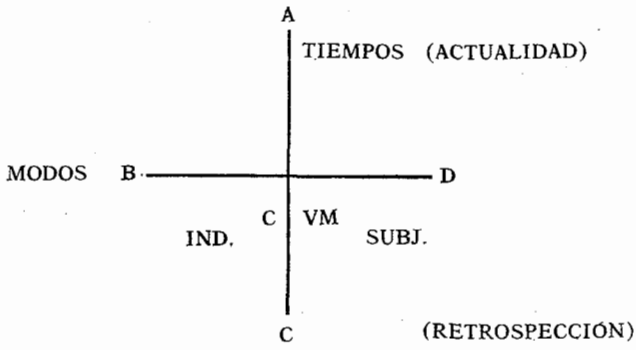
11. Por otra parte, la estructura de los tiempos, a saber: PF. Ind.: no caracterizado / PLPF. IMPF. Ind.: caracterizado; PR. Ind.: no caracterizado / PF. Ind.: caracterizado; FUT. I: no caracterizado / FUT. II: caracterizado; PR. Ind.: no caracterizado / FUT. I-II: caracterizado; PR. Subj.: no caracterizado / FUT. I-II: caracterizado; IMPF. Subj.: no caracterizado / PLPF. Subj.: caracterizado, permite cómodamente una dicotomía en dos

planos: retrospección y actualidad, como hemos consignado anteriormente. Estos dos planos, creemos, son decisivos para valorar adecuadamente la función de las diversas fórmulas integrantes de los distintos paradigmas.

12. Por último, las partículas. A base de aislar sus rasgos de una manera precisa podemos establecer las relaciones que se tejen entre todas ellas. *Cum dixisset* es «post quod tempus», e igual *postquam dixit*. Mas en la primera puede haber un rasgo causal o adversativo, que se halla ausente de la segunda. *Ubi dixit* es «post quod tempus» y también, en un contexto determinado, está capacitada para marcar un rasgo de «inmediatez». *Simulac dixit* sólo refleja un rasgo de «inmediatez».

13. De esta manera, diremos: el sistema intrínseco de *cum* (paradigma o sistema autónomo) es un sistema virtualmente autosuficiente; pero en la práctica no ha logrado serlo plenamente, y de ahí la presencia de otros pequeños sistemas que encajan en él y lo complementan.

14. Su estructura se inserta en un sistema de coordenadas, en el que la ordenada representa la línea de los tiempos y la abcisa la línea de los modos, quedando la conjunción en la intersección de ambas (cf. figura adjunta):



15. En el triángulo A B C caen los tiempos (ambos planos) del modo Ind.; en el triángulo A C D los tiempos (íd.) del modo Subj.

16. Distinguimos dos funciones diferenciadas en este sistema: la función deíctica y la función no-deíctica (respectivamente, «quo tempore» / «post quod tempus», «qua ex causa», «adversativum»).

17. La función deíctica (o rasgo «tempore quo», mas los rasgos secundarios reseñados) la desempeñan las fórmulas del triángulo A B C, o fórmulas con modo Ind., y de la misma manera las fórmulas del triángulo A C D, o fórmulas del modo Subj.

18. La función no-deíctica la desempeñan exclusivamente las fórmulas del triángulo A C D, o fórmulas del modo Subj., que se constituyen, automáticamente, en término no caracterizado frente a las fórmulas con modo Ind., cumpliendo esta función, por consiguiente, en su uso negativo, en tanto desempeñan la anterior en su uso indiferente.

19. El rasgo fundamental de esta función no-deíctica es el de «post quod tempus», que se revela de dos maneras diferentes según se trate de fórmulas del plano de actualidad, o fórmulas del plano de retrospección. En las primeras, o sea, *Cum.* PR. PF. Subj., el rasgo fundamental «post quod tempus» aparece como «qua ex causa» / «adversativum»; en las segundas, o sea, *Cum.* IMPF. PLPF. Subj., aparte de que puedan aparecer esos mismos, se revela como omnipresente el de «circunstancia», que es una forma de «causalidad» («qua ex causa»), pero de «tinte histórico» y especial, por cuanto dichas fórmulas se distribuyen en contextos cuya característica distintiva es la «información» de la retrospección (Historia).

20. Podemos decir, por tanto, que las fórmulas *Cum.* PR. PF. Subj funcionan en el plano de actualidad como fundamentadoras logicizantes del discurso presente; en tanto las fórmulas *Cum.* IMPF. PLPF. Subj. funcionan en el plano de la retrospección como fundamentadoras históricas («causal-circunstanciales») de la información no presente.

21. Dijimos arriba (núm. 19) «aparte» de los rasgos «qua ex causa» «adversativum», aplicándolo a las segundas fórmulas, y ello es porque no es forzoso que aparezcan, quedando, en ese caso, desnudo el fundamental «post quod tempus» de información histórica.

22. La estructura que se establece podemos expresarla así:

Fórmulas de CUM. Subj. : término no caracterizado : funciones deíctica / no-deíctica.
Fórmulas de CUM. Ind. : término caracterizado : función deíctica.

23. Tomemos ahora las conjunciones *postquam, ubi, ut.* Considerémoslas por el triángulo A B C, o sea, de las fórmulas con modo Ind. Fijémonos, de momento, sólo en el plano de retrospección. Tenemos *Postquam. Ubi. Ut.* PF. PLPF. IMPF. PR. Ind.

24. El rasgo fundamental en todas ellas es «post tempus», se distribuyen en contextos de retrospección e información histórica, y son variantes facultativas de *Cum.* IMPF. PLPF. Subj. que acabamos de ver.

25. Al mismo tiempo que facultativas, estas fórmulas son, desde un cierto punto de vista, variantes combinatorias de *cum,* por cuanto mientras éste se combina, en esta función, con IMPF. PLPF. Sub., no pudiendo hacerlo ni con estos tiempos ni con los demás (PR. PF.) del modo

Ind., *postquam, ubi* y *ut* vienen a rellenar la casilla vacía del primero, combinándose, para la misma función, con aquellos tiempos.

26. La relación que se establece entre las cuatro es:

Cum. IMPF. PLPF. Subj.: término no caracterizado: «post quod tempus» - «qua ex causa».
Postquam. Ubi. Ut. PF. PLPF. IMPF. (PR.) Ind.: término caracterizado: «post quod tempus».

27. Si consideramos ahora el plano de actualidad, tenemos *Postquam. Ubi. Ut.* FUT. I-II, con el rasgo general «post quod tempus», al que se une con frecuencia el secundario «Iterativum». Pero este sistema se estructura de manera que a una limitación por una parte (*postquam* no se combina con ningún futuro, ni posee rasgo «Iterativum»), responde la abundante combinación de *ubi* con esos tiempos y la frecuencia del rasgo «Iterativum» en ella (teniendo como variante libre secundaria para ambos hechos a *ut*).

28. Consideremos ahora las tres conjunciones por el triángulo A C D, o sea, de las fórmulas con modo Subj. Advertimos que ahí topamos con fuertes limitaciones en época clásica: 1.ª, en el plano de actualidad prácticamente sólo *Ubi* se combina con PR. PF. Subj.; 2.ª, en el plano de retrospección hay sólo once ejemplos de *Postquam.* IMPF. PLPF. Subj., ninguno de *ut*, y empieza a emerger en *ubi*, pero únicamente para el rasgo «Iterativum», que en esta partícula alcanza grandes proporciones. Asimismo, las fórmulas *Ubi.* PR. PF. Subj., del plano de actualidad, son, exclusivamente, con rasgo «Iterativum».

29. Las fórmulas de *simulac, cum primum, ubi primum, ut primum* funcionan sólo con modo Ind. A los rasgos de las fórmulas de *postquam, ubi* y *ut* («post quod tempus», «Iterativum») se oponen con la nota distintiva general de «Inmediatez». Constituyen, por tanto, su tér-

mino marcado. Las de *postquam, ubi* y *ut* constituyen el término no marcado, y, en su uso indiferente, pueden funcionar como las caracterizadas. Por consiguiente, la estructura se puede representar así:

Cum. PLPF. IMPF. Subj. : término no caracterizado.
Postquam. Ubi. Ut. PF. PLPF. IMPF. (PR.) Ind.
Simulac. Cum. Ubi. Ut, Primum, íd., íd. : término caracterizado,

a la vez que en la parte inferior se vuelve a establecer otra oposición binaria, así:

Postquam. Ubi. Ut. PF. PLPF. IMPF. (PR.) Ind. : término no caracterizado.
Simulac. Cum. Ubi. Ut. Primum, íd., íd. : término caracterizado.

30. El rasgo «Iterativum» es un rasgo bien representado. Puede expresarse con cualquier fórmula de *Cum.* Ind. / Subj., con cualquier fórmula de *Ubi.* Ind. / Subj. (en la medida que se combina con el último) y parcialmente con *ut.*

31. A pesar de ello, los latinos pusieron en circulación una partícula creada exclusivamente con este fin: *quotiens.* Por las razones que se plasman en el número anterior, la productividad de esta nueva partícula especial fue bastante reducida. Se especializó en un uso de literatura técnica y científica.

32. Entiendo que en el rasgo «Iterativum» hay verdadera neutralización de las nociones «tempore quo» / «post quod tempus», por lo que conmutan, en esta parte de la estructura, fórmulas de *Cum.* Ind. / Subj., *Ubi.* Ind. / Subj. y *Ut,* y, a su vez, todas ellas con las fórmulas especiales de *quotiens.* En otras palabras, las nociones «tempore quo» / «post quod tempus» dejan de oponerse en aras de un rasgo multiconjuncional.

33. La conjunción *quando* se combina con modo Ind. en época clásica. Sus rasgos fundamentales son: «tempore quo», «qua ex causa», «post quod tempus». Este último poco desarrollado todavía, y, por ello, lo hemos eliminado en el tratamiento precedente de la conjunción.

34. Esta partícula es bastante especial, siquiera sea por su regusto popular y poco literario, y porque no puede conectar en el mismo plano de *postquam, ubi, ut,* en parte, al menos.

35. Por el rasgo «tempore quo», *quando* es una variante (la única) de *cum* en la función deíctica de éste. Por el rasgo «qua ex causa», *quando* con sus fórmulas en modo Ind. llena la «casilla vacía» de *Cum.* Ind., dejada libre por éste en dicho modo y rasgo, en su paso de un sistema anterior, el arcaico, en el que lo poseyó ahí.

36. En consonancia con el hecho de desempeñar *quando* esos dos rasgos y en vista de la presencia de *cum, postquam, ubi, ut* para el rasgo «post quod tempus», no desarrolló mucho este último, al menos en la lengua literaria elevada. Pero sin duda no fue así en la lengua popular, si atendemos a algunos textos de esta especie (Plauto, *Peregrinatio Aetheriae*).

37. Al mismo tiempo, en vista, por otra parte y lanzando una mirada más allá de la época clásica en la que nos hemos centrado, del resultado romance, no resulta quimérico pensar que, al igual que ya en época clásica, *quando* con su modo Ind. «recogió» una función de la que, por presiones estructurales, fue desalojada *Cum.* Ind. (= «qua ex causa»), a la vez que era variante suya para la función deíctica, la primera partícula en un avance más (apoyado por la concurrencia de bastantes otras causas muy importantes) «recogiera» también la función «post quod tempus», «estrangulando», con el socorro de aquellas causas aludidas, definitivamente, a *cum.*

38. La estructura diseñada de este grupo de conjunciones temporales nace directamente de la interpretación y estudio de los textos. Por ello, sólo queda contrastarla y ratificarla recorriendo el camino inverso. Su constitución, en este caso, en dicotomías y oposiciones binarias, con sus cualidades de claridad y simplicidad, al tiempo que flexibilidad, aprehende el entramado profundo del que surge la ilimitada diversidad de los múltiples contextos de la lengua.

Confiamos, por ende, que este estudio cumpla los dos cometidos siguientes: 1.°, facilitar la lectura e intelección de los textos latinos; 2.°, contribuir, en la medida que le cumple, al estudio y comprensión de la sintaxis latina, en particular, y de la lingüística estructural y funcional, en general.

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

EN TORNO AL *CARMEN* I DE CATULO *

Uno de los aspectos más maravillosos de nuestro acercarnos a los clásicos está en que siempre podemos verles con nuevos ojos. Larga, perennemente jóvenes, se nos ofrecen ricos y profundos, varios y hermosos como un atardecer o como un corazón. Por eso, también, son clásicos.

Catulo, uno de ellos, será a quien, hoy, me aproxime en estas notas. Y quiero decir no cómo *es* su obra, exagerada pretensión, sino cómo veo yo el umbral, la puerta, la entrada de su casa. Me voy a referir al *carmen* I.

Objeto de controversias, en esta poesía se ha querido hallar un carácter programático, sobre todo por parte de F. O. Copley [1], quien la compara con los primeros versos de la obra de otros poetas latinos; por ejemplo, Virgilio, *Aen.* I 1 *arma uirumque cano*, Tibulo, I 1, 1 *diuitias alius fuluo sibi congerat auro*, etc. Pero no voy a tocar este aspecto [2].

Sí me interesa, en cambio, recordar otro problema. El *cui dono?* con que se inicia el poema está, decíase, en lugar de un subjuntivo deliberativo. Sin embargo, últimamente se acepta el indicativo con su propio valor: así piensan A. Ronconi [3], E. Pasoli [4] y M. Zicàri [5]. Y tienen razón.

---

* Comunicación presentada en el IV Congreso de Estudios Clásicos.

1 F. O. Copley, *Catullus, c. 1*: TAPhA LXXXII 1951, 200-206.

2 Recuérdese, v. gr., que Juan Ramón Jiménez dedica su obra «a la minoría, siempre», en tanto que Blas de Otero se dirige «a la inmensa mayoría».

3 A. Ronconi, *Il verbo latino. Problemi di sintassi storica*, Florencia, 1968², reimp., 118 ss.

4 E. Pasoli, *Catullo e la dedica a Cornelio Nepote. Saggio d'esegesi grammaticale*: Vita Veronese 11-12 1959, 433-436.

5 M. Zicàri, *Sul primo carme di Catulo*: Maia XVII 1965, 232-240.

Catulo no abriga dudas: su libro, como veremos, está decididamente dedicado a Cornelio Nepote[6], por diversas causas.

Si se lee antes el resto de la obra, sorprende mucho el aire, el tono sereno de este umbral de Catulo. No hay, ya, esa honda congoja, esa profunda conmoción que tan breve y dolidamente expresara Arquíloco (fragm. 211 Adr.):

θυμέ, θύμ' ἀμηχάνοισι κήδεσι κυκώμενε,

«corazón, corazón atormentado por inmensos dolores».

Tras las borrascas y tempestades del amor (a Catulo, como a Bécquer, una mujer le ha envenenado el alma), y luego de conocer el amargo sabor de la soledad, Catulo vuelve sus ojos hacia el tiempo pasado. Si, según Paul Géraldy, «el recuerdo es un poeta», no por ello Nepote aparece desdibujado, idealizado. Todo lo contrario, pues a la alegría por la publicación del libro únese la alegría por saber vieja y sincera su amistad. Ambas cosas se conjugan discretamente, casi en voz baja, en un como estribillo: el que señala el homeoteleuton.

El homeoteleuton consiste en la igualdad de los sonidos finales de los miembros consecutivos, según la definición de H. Lausberg[7]. Que este recurso estilístico[8] fue usado por los antiguos es cosa indudable; lo empleó incluso un emperador —¿quién podría sustraerse al encanto de sus versos?—, Adriano, quien, al morir, quejóse así:

animula uagula blandula
hospes comesque corporis,

---

[6] A él se refiere también en *c.* CII. Véase cómo Catulo es enjuiciado por su amigo en NEP. *Att.* 12, 4.

[7] H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria* II, Madrid, 1967, 170. Cf. pág. 171: «es un fenómeno de igualdad que se halla emparentado con la paronomasia».

[8] Vid. J. MAROUZEAU, *Quelques aspects de la formation du latin littéraire,* París, 1949, 193-201. Amplia bibliografía y estudios en N. I. HERESCU, *La poésie latine. Études des structures phonétiques,* París, 1960, y en G. B. PIGHI, *La metrica latina,* vol. VI de la *Enciclopedia classica,* Turín, 1968.

quae nunc abibis in loca
pallidula rigida nudula
nec ut soles dabis iocos[9].

Ampliado, este procedimiento trocóse en rima; pero rehúyo el análisis de este recurso en los poetas latinos: baste decir que su utilización, en ellos como en Catulo, es ocasional.

Antes de proseguir, quiero recordar lo que K. Vossler[10] afirmó de la rima: «su efecto para el oído es como el de un trazo en rojo». Esto es digno de tenerse en cuenta, aun no siendo lo mismo, porque Catulo empareja los versos:

1-2 *cui dono lepidum nouum libellVM,*
arida modo pumice expolitVM?
3-4 *Corneli, tibi; namque tu solebAS*
meas esse aliquid putare nugAS
6-7 *omne aeuum tribus explicare cartIS*
doctis, Iuppiter, et laboriosIS
9-10 *qualecumque; quod, o patrona uirgO,*
plus uno maneat perenne saeclO.

Pero hay dos versos con «vida independiente», y valga la adjetivación. Son el v. 5 (*iam tum cum ausus es unus Italorum*) y el v. 8 (*quare habe tibi quicquid hoc libelli*), que analizaré por separado.

Catulo vuelve la vista atrás, a los lejanos años en que comenzaba a escribir. Me place imaginarle en la amigable compañía de Nepote, leyendo poesías, discutiendo epítetos, arreglando el mundo. Todavía ignoraban el cinismo, el

---

[9] El primer verso fue tomado por R. DEL VALLE-INCLÁN, *Claves líricas*, Madrid, 1964², 100-104 (de *¡Aleluya!*): «Apuro el vaso de bon vino / y hago cantando mi camino. / Y al compás de un ritmo trocaico / de viejo gaitero galaico / llevo mi verso a la Farándula: / Anímula, Vágula, Blándula».

[10] K. VOSSLER, *Formas poéticas de los pueblos románicos*, Buenos Aires, 1960, 44.

escepticismo, posos no raros, sí dolorosos, de la vida, tan inmensamente bella.

Aquellos momentos recoletos quedaron en el corazón, quién sabe si aleteando. Y, de pronto, resurgieron, aéreos, con un poquitín de ardor, con un poco de ardentía. Y el poeta se estremece, porque se le presenta el pasado todo, en un destello fugaz.

Los años, la experiencia, esto es, la tristeza, han arado el alma. Mi vida —piensa ahora Catulo— no ha tenido un ideal. Miento: ha existido Lesbia, Lesbia, mi niña, pero ya es eso, un pretérito. En cambio, tú, Cornelio, siempre has sido razonable, serio. Tú, amigo viejo, te propusiste escribir la historia universal, y lo hiciste. ¡Y concienzudamente! Pensándolo bien, mi obra no era, no es nada. Alineados con tu magna enciclopedia mis versos son... *nugae.*

Aquí Catulo recoge el inicio del poema[11]. Ofrece su librito a su amigo. Este verso, el v. 8, es el segundo «independiente». Si antes quiso recalcar lo inmenso de la obra de Nepote (v. 5), que fue el único de Italia en intentar una hazaña semejante, ahora se despide de lo pasado, sin renuncias, claro, porque los días, como los besos que diera a Lesbia, han dejado una huella imborrable, inmarcesible.

Esta serena remembranza termina con un diminutivo, *quicquid hoc libelli,* que no denota desprecio, sino cariño, un gran cariño. Bien es verdad que no tiene el orgullo de Horacio, aquel poeta que dijo *non omnis moriar,* porque *exegi monumentum aere perennius,* o la falta de ambición de Antonio Machado, aquel poeta que dijo

Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción...

¿Hay, como se afirma, contradicción en los versos finales de este *carmen* I? ¿Hay desprecio hacia el libro en el *qualecumque* del v. 9?

---

11 H. Bardon, *L'art de la composition chez Catulle,* París, 1943, 15.

Sinceramente, creo que no. Sobre todo si se comparan estos versos con los de otros autores. Así, Marcial, I 16:

Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura
quae legis hic: aliter non fit, Auite, liber.

Más ilustrativos, a este respecto, son los pasajes de Ovidio que citaré a continuación, todos ellos ceñidos al libro primero de los *Tristia*. La denominación es la misma de Catulo:

I 1, 45-46:

haec quoque quod facio iudex mirabitur aequus
scriptaque cum uenia qualiacumque leget.

I 11, 17-18:

saepe maris pars intus erat: tamen ipse trementi
carmina ducebam qualiacumque manu.

Los más probatorios son estos versos:

I 7, 11-12:

grata tua est pietas, sed carmina maior imago
sunt mea quae mando qualiacumque legas,

pues, a renglón seguido, Ovidio dice:

19-22:

sic ego non meritos mecum peritura libellos
imposui rapidis uiscera nostra rogis:
uel quod eram Musas ut crimina nostra perosus
uel quod adhuc crescens et rude carmen erat,

versos famosos en que Ovidio cuenta que quemó su obra, *carmina qualiacumque*, sí, pero que son *uiscera nostra*[12].

[12] Extraordinaria semejanza con los pasajes citados de Catulo y Ovidio, sin duda no debida a imitación, encierra el poema *¡Id con Dios!* de

A la vista de estos ejemplos, y volviendo a Catulo, me parece posible variar la puntuación del *carmen* I. Los tres últimos versos (8-10) quedarían así:

quare habe tibi quicquid hoc libelli;
qualecumque, quod, o patrona uirgo,
plus uno maneat perenne saeclo,

como también parece sugerir la existencia del homeoteleuton.

Queda ya dicho —y lo subraya ese *ritornello* que deja dos versos en el aire— el agradecimiento, el reconocimiento a Nepote. Y sin que, a mi entender, pueda verse contradicción, hay un humano y natural deseo de inmortalidad, semilla que la vida, efímera, lleva consigo. Puesto que sus poesías encierran alguna belleza —*qualecumque* pertenece a la esfera de la *qualitas*— y puesto que, al igual que Bécquer, sabe un himno gigante y extraño, Catulo invoca a una deidad, desconocida de nosotros [13], pidiendo protección para el viaje futuro de su obra: «valga lo que valga, virgen patrona, perdure perenne, más de un siglo, este libro mío».

MIGUEL DE UNAMUNO, *Antología poética*, Madrid, 1968[6], 17-19, poema del que voy a transcribir algunos versos, que no necesitan comentario. Se dirige UNAMUNO a los posibles lectores de su obra, con orgullo y temor: «Por cada uno de estos pobres cantos, / hijos del alma, que con ella os dejo» (vv. 11-12), «Estos cantos que os doy logré sacar a vida, / y a luchar por la eterna aquí os los dejo» (vv. 15-16), «Les pongo en el camino de la gloria / o del olvido» (vv. 19-20), «y más que no por mí, su pobre padre, / por ellos, pobres hijos míos, tiemblo. / ¡Hijos de mi alma, pobres cantos míos, / que calenté al arrimo de mi pecho...!» (vv. 25-28). Tras encomendar sus cantos a Dios (vv. 31, 47, 55), UNAMUNO cierra el poema (vv. 61-64) con una invocación *catuliana*: «Íos con Dios, heraldos de esperanzas / vestidas del verdor de mis recuerdos, / íos con Dios, y que su soplo os lleve / a tomar en lo eterno, por fin, puerto».

[13] Me parece muy limitada (cf. n. 12) la interpretación de F. CAIRNS, *Catullus 1*: Mnemosyne XXII 1969, 153-158, quien dice se menciona a la *patrona uirgo* para que no se piense que el *patronus* es Nepote. Sobre los rasgos religiosos de este poema, cf. P. LEVINE, *Catullus c. 1. A payerful dedication*: Calif. Stud. in Class. Ant. II 1969, 209-216.

Las poesías de Catulo, larga, perennemente jóvenes, se nos ofrecen ricas y profundas, varias y hermosas como un atardecer o como un corazón. Y quien dijere lo contrario miente, cual vindicaría Cervantes.

PABLO PIERNAVIEJA

NOTAS CRÍTICAS A CELSO Y RUFO DE ÉFESO

I

CELS. 2.18.2 Marx, *At minime intus uitiantur panis sine fermento, aues et eae potius duriores, duri pisces: neque solum aurata tuta aut sparus, sed etiam lolligo, locusta, polypus.* Las ediciones modernas de Celso son injustificadamente conservadoras al mantener en sus textos las lecturas *puta* (Mss. *FV*), solución de C. Daremberg (*A Cornelii Celsi de medicina libri octo*, 2.ª ed., Lipsiae, 1891), y *tuta* (*J*), que es la adoptada por F. Marx (*A. Cornelii Celsi quae supersunt*, Lipsiae et Berolini, 1915) y por W. G. Spencer (*Celsus de medicina*, London, 1971 = 1935), ambas igualmente ininteligibles, llegando el último de los editores citados a la incoherencia de traducir «for instance». Es indudable que nos acercaríamos al original con sólo aceptar que estamos ante la corrupción de un ictiónimo, en busca de un equilibrio sugerido por la distribución tripartita del segundo miembro de la correlación. De este supuesto surge inevitablemente la conjetura *oculata* (cf. D'A. W. Thompson, *A Glossary of Greek Fishes*, London, 1947, págs. 159-160, 192; E. de Saint-Denis, *Le vocabulaire des animaux marins en latin classique*, París, 1947, pág. 76) sacar de 2.18.7, *deinde ii qui, quamuis teneriores, tamen duri sunt, ut aurata, coruus, sparus, oculata...* La íntima conexión de ambos textos satisface plenamente las exigencias de probabilidad interna.

II

RVF. *podagr.* 1 Mørlan, *Statim ergo neque nimis ledit neque male habet; mox autem iterum adque iterum fuerit regressus dolor, amplius infusos inuenies articulos, et non est jam facile curare. Et quia ad magnitudinem ciborum feruntur maxime et pessimos utuntur cibos, talia incurrunt.* La lectura *quia,* que es la del único manuscrito conocido y la aceptada por las ediciones de E. Littré - E. Ruelle (en CH. DAREMBERG, *Œuvres de Rufus d'Éphèse,* París, 1879, págs. 247-290) y la más moderna de H. Mørland (*Rufus de podagra,* Symbolae Osloenses Fasc. Supplet. VI, Osloae, 1933), no parece responder al pensamiento del autor del original griego ni encontramos razones para atribuirla a impericia del traductor. No creemos, en efecto, que pueda confirmarse que Rufo tratara de establecer una rigurosa relación etiológica entre los hábitos de nutrición y la presencia de dolencias artríticas (cf. CAEL. AVR. *chron.* 5. 2.29 Drabkin, *sunt enim harum passionum antecedentes causae uariae, ut uinolentia, frigus profundum, cruditatio, libido uenerea, labor immodicus, uel repentina desertio solitae exercitationis... uidetur praeterea plurimis antiquis medicis etiam genuino cursu in posteros migrare cum semine, et propterea succedentes inuadere)* y mucho menos todavía que pensara en un *signum* de las mismas (cf. cap. 2; CAEL. AVR. *chron.* 5.2.30-35). Con certeza la afirmación ha de limitarse a su contexto más inmediato y su sentido ha de ser menos comprometedor: el exceso y la indiscriminación en la ingestión de alimentos favorecen el recrudecimiento de la enfermedad una vez que ésta se ha declarado, un hecho de observación que estaba al alcance de los médicos antiguos (cf. CAEL. AVR. *chron.* 5.2.35, *adiuuante etiam intemperantia, qua cum saepe concipi passio perspicitur*). Se ajustaría a este sentido leer *qui*; un descuido del copista convirtió *qui ad* en *quia ad,* un sencillo ejemplo de corrupción de naturaleza ditográfica

pero de notables repercusiones en el significado. A falta de manuscritos que aporten nuevos elementos de crítica, una conjetura puede resultar más digna del autor que la corrupción.

III

Podagr. 2 Mørland, *Si ergo articulus alicui indoluerit, interrogandus est si non percussit alicubi locum qui dolet. Quod si negauerit, abstinendus est mox a cibis, et clysteris est adhibendus, et uena est incidenda non longinquo. Haec jubeo fieri. Dieta autem, quamquidem a cibis est abstinendus, ut non ex ipsis plus generetur sanguis et pigriora fiant articula. Clysteris ut adhibeatur iubemus, quia euacuationem fieri expedit uentri. Et utile est incidere uena...* Quisiera llamar la atención sobre lo que considero una alteración del original en el único manuscrito conocido de la traducción latina del tratado, hoy perdido, que sobre la podagra escribió en griego Rufo de Éfeso y que ha pasado desapercibida a los editores E. Littré - Ch. E. Ruelle (en CH. DAREMBERG - CH. E. RUELLE, *Œuvres de Rufus d'Éphèse*, París, 1879, págs. 247-290) y H. Mørland (*Rufus de podagra*, Symbolae Osloenses Fasc. Supplet. VI, Osloae, 1933). En efecto, en el texto transmitido *dieta* queda, a mi entender, descolgada en la secuencia sintáctica al tiempo que *autem*, que es traducción de la partícula δέ, no coincide aquí con el sentido que se le atribuye (cf. H. MØRLAND, *Die lateinischen Oribasiusübersetzungen*, Symbolae Osloenses Fasc. Supplet. V, Osloae, 1932, pág. 158). Por una corrupción que tuvo su origen en las confusiones que provocaba el uso del verbo *utor* entre los copistas medievales, *utantur* —que es justamente lo que sugiero como lectura a restituir— se convirtió con toda probabilidad en *utent* (cf. cap. 1, *et pessimos utent cibos* del Ms. frente a *utunt* y *utuntur* de los editores citados). De *dieta utent* a *dieta autem* mediaba un corto camino que efectivamente recorrió un copista que tenía inclinación a cometer errores

por ditografía (cf. F. W. HALL, *A companion to classical texts*, Oxford, 1913, págs. 191-192) y cuya pronunciación de las desinencias era defectuosa.

IV

Podagr. 10, *Pisces autem utiles sunt sicciores, qualia sunt triglae, scorpena, et odilcon; molles autem carnes habent, quales sunt cossifos, ciclae, scaros, merola; omnia haec iuuant, quia haec et siccius iuuant et facile digeruntur. Optimi sunt et cari, et paguri et astaci; etenim haec sicciora sunt... Et mediocres, selacion et paludestres pisces omnes.* Este texto inspira amplios motivos de comentario en varios puntos. Para empezar, si la traducción de Rufo fue realizada en el «círculo de Ravenna» (cf. ed. H. Mørland, págs. 3-4), *triclae* sería la más probable grafía a adoptar con la garantía de las traducciones latinas de Oribasio (cf. *syn.* 4.1 La; 4.15 La; 4.27 Aa) según el texto establecido por A. Molinier (en U. C. BUSSEMAKER - CH. DAREMBERG, *Œuvres d'Oribasse*, VI, París, 1876). Ahora bien, si no se ponen reparos a *triglae* (τρίγλη), por las mismas razones se podría leer *scorpaena* (σκόρπαινα), *cossyphos* (κόσσυφος) y *cichlae* (κίχλη), como hicieron Littré-Ruelle, y tal vez dejar *scarus*, que es préstamo desde antiguo (cf. E. DE SAINT-DENIS, *Le vocabulaire des animaux marins en latin classique*, París, 1947, págs. 100-102). El anónimo traductor cuando no sabía cuál era el equivalente latino de un término técnico griego procedía a transliterar, y deberíamos pensar que lo hacía con esmero. En este terreno no sería descabellado conceder mayor crédito a quien tenía un buen conocimiento de griego y suficiente de latín que a un copista posterior que poseería este último no sabemos en qué grado, pero presumiblemente bajo.

Poco después el lector se encuentra con una lectura tan sorprendente, en principio, como *odilcon* ante la que Littré se rinde sin condiciones («odilcon m' est tout à fait

inconnu») y que Mørland mantiene en el texto para terminar expresando tímidamente sus dudas en el Índice (pág. 38 *odilcon*? Kap. 10). Pues bien, dos caminos se ofrecen para explicar la presencia de tan intrigante huésped. El primero, el más manido, sería suponer una corrupción debida al descuido de algún copista, y en este supuesto *uniscus* podría ser un firme candidato para el reemplazo (ORIB. *syn.* 4.1 y 5.53 demuestran que el traductor no conocía la equivalencia gr. ὀνίσκος = lat. *asellus*; cf. D'A. W. THOMPSON, *A glossary of Greek fishes*, London, 1947, páginas 181-182; E. DE SAINT-DENIS, *Le vocabulaire...*, págs. 10-11), si se encontrara una explicación convincente para *-on*. Una segunda y más probable salida la buscaría en la sencilla consideración de que el traductor estuvo expuesto a los mismos errores que un copista. Para decirlo abiertamente, pienso en *odilcon* como el resultado de un no muy fino intento de adaptación a la declinación latina (cf. H. MØRLAND, *Die lateinischen...*, págs. 84-87) de un término inexistente como consecuencia —lo más probable porque no estamos en disposición de asegurar que el texto griego no estuviera deteriorado en ese punto— de un error de reconocimiento (cf. J. WILLIS, *Latin textual criticism*, Urbana/Chicago/London, 1972, págs. 53-56). Si de algo así como (ἐκ) τῶν σελαχίων (cf. ORIBAS. *syn.* 4.1) encontramos al final del mismo cap. 10 *selac(h)ion*, se presenta tentadora la misma explicación para *odilcon* a partir de un hipotético texto griego καὶ τῶν ὀνίσκων, que es lo que demanda el sentido, para lo que hay un paralelo en cap. 30 *in totis* (!) *autem articulis* = Aët. 12.24 ἐπὶ δὲ τῶν ἄλλων ἄρθρων. Vale la pena notar de pasada que errores como éste ponen al traductor de Rufo en significativa relación con las maneras del autor de la versión *La* de Oribasio (p. ej., en *syn.* 4.28 *narcite* representa νάρκη τε). Cabe preguntarse si un estudio sistemático de los errores e impericias de diversa etiología observables en las traducciones podría ayudar a dilucidar el controvertido tema del número de traductores (cf. H. MØRLAND, *Die lateinischen...*,

págs. 36-37); en todo caso permitiría conocer con mayor detalle las técnicas empleadas, una pauta imprescindible a la hora de proponer restauraciones puramente conjeturales. Por otra parte, explicaciones como la propuesta restan fuerza a la idea de esquemas inflexibles en crítica textual. Parece, pues, que no hay nada que indique que *odilcon* sea una corrupción posterior, sino más bien un desliz imputable a las condiciones en que se desarrollaba el trabajo de los hombres de Ravenna, y como tal debe de seguir en el texto.

Incidentalmente, tal vez el engarce entre los dos primeros párrafos estaría sintácticamente más logrado y el sentido más claro si leyéramos *habent* ⟨*es*⟩, un error de naturaleza lipográfica (cf. F. W. HALL, *A companion...*, págs. 190-191) a los que era dado el copista, como veremos inmediatamente. Un punto en el que disiento radicalmente es en el del tratamiento que recibe *merola* que, como ya advirtió Littré, está fuera de sitio por ser el nombre latino correspondiente a gr. κόσσυφος (cf. D'A. W. THOMPSON, *A glossary...*, pág. 128); dicho de otra manera, es una glosa —probablemente marginal— insertada en el texto sin acierto (cf. W. M. LINDSAY, *An introduction to Latin textual emendation, based on the text of Plautus*, London, 1896, pág. 54. Más ajustada es la glosa paralela en ORIBAS. *syn.* 4.1 La *cuttifus, merolus*). No hay, pues, por qué dudar en relegarla definitivamente al aparato crítico, ya que, como hemos visto, si el traductor hubiera conocido el término latino no hubiera, a buen seguro, transliterado el nombre griego.

Para terminar, no existió en latín, que yo sepa, ningún crustáceo *cari*. Littré-Ruelle propone *gari* —lectura que engañó a D'A. W. Thompson (pág. 43)— que es también inadecuada, ya que *garus* no existió como nombre de pez por mucho que se esfuerce Plinio (cf. E. DE SAINT-DENIS, *Le vocabulaire...*, pág. 40); y de haber existido no podría esperarse como ejemplo de crustáceo. Me parece lo más

probable proponer *car⟨ab⟩i* (cf. D'A. W. THOMPSON, *A glossary...*, págs. 102-103; E. DE SAINT-DENIS, *Le vocabulaire...*, págs. 18-19), otra lipografía a añadir a cap. 8 *uaribus* del Ms. restituido a *uaporibus* por los editores.

RAMÓN BALTAR VELOSO

LA EPÍSTOLA COMO GÉNERO LITERARIO: DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA LATINA

En febrero del año 482, Sidonio Apolinar, Obispo de Clermont, redacta unas líneas de dedicatoria como cierre del último libro de sus Epístolas. El destinatario es Firmino. Se muestra Sidonio satisfecho de su tarea, de haber cumplido la promesa, el compromiso contraído con Firmino. El trabajo ha sido arduo, pero está, al fin, hecho. Hecho a pesar de las dificultades y hasta de la resistencia del amanuense para escribir en invierno: *Licet antiquarium moraretur insiccabilis gelu pagina et calamo durior gutta, quam iudicasses imprimentibus digitis non fluere, sed frangi* (*ep.* IX.161.2). El frío impide que las páginas se sequen. Las gotas de tinta, más duras que la pluma misma, más que caer, se diría que «se rompen en pedazos» bajo la presión de los dedos.

El género epistolar constituye un núcleo importante en la producción literaria de la latinidad tardía. Su desarrollo en esta época fue mucho mayor del que tuvo en un principio. ¿Por qué razón?

Puede ser interesante perseguir el rastro de esta forma literaria: su definición como género, sus manifestaciones en el mundo romano, sus tipos, sus características principales; rasgos que permitan esbozar el perfil de la herencia que —en esta parcela de la actividad literaria— transmite el mundo antiguo al medievo.

TEORÍAS SOBRE EL GÉNERO EPISTOLAR: LA DEFINICIÓN DEL GÉNERO

Frente al abundante material de que disponemos para definir la función y la tipología de los discursos retóricos, son escasísimas las indicaciones que los antiguos nos proporcionan respecto al arte de escribir epístolas, de forma que no puede hablarse de un cuerpo coherente de doctrina referida específicamente a esta esfera del quehacer literario.

Kytzler, en el artículo dedicado al género en el *Lexicon der Antike* [1], señala tres tipos de fuentes para el conocimiento de la teoría epistolar:

a) Escritos en que se dan normas exclusivamente para este género. Apartado en el que pueden incluirse dos obras muy alejadas en el tiempo: los τύποι ἐπιστολικοί transmitidos bajo el nombre de Demetrio Falereo (peripatético, ca. a. 350-280 a. J. C.) y el escrito περὶ ἐπιστολιμαίου χαρακτῆρος atribuible a Proclo, que escribe en los comienzos de la época bizantina.

b) Observaciones sobre el género epistolar incluidas en escritos de tipo general sobre Retórica: el *excursus* que se encuentra en el περὶ ἑρμηνείας de Demetrio; entre los latinos, los últimos capítulos del *Ars Rhetorica* de Iulius Victor [2].

c) Desarrollos teóricos contenidos en las mismas epístolas: pueden citarse entre los griegos los contenidos en las cartas de Gregorio Nacianceno, Focio [3] e Isidoro de Pelusium [4]. Entre los latinos, las opiniones expresadas en las epístolas de Cicerón y las de Séneca.

---

1 B. KYTZLER, *Lexikon der Antike; Philosophie, Literatur, Wissenschaft*, I Bd. München, 1970², s. u. *Brief*, págs. 261-266.

2 Ver ap. HALM, *Rhet. lat. min.*, pág. 589.

3 Ver R. HERCHER, *Epistolographi Graeci*, 14-16.

4 *Epist.* 5.133.

De ellos, el documento que contiene datos más antiguos es el tratado de Demetrio sobre el estilo cuya fecha de redacción no es posible fijar con exactitud [5].

La existencia de un Apéndice dedicado a las *epístolas* en el *Ars* de Julio Victor, como una novedad, es de por sí elocuente. Da a entender el papel de creciente importancia que en el ámbito de la Retórica asume la correspondencia. Realidad bastante alejada de la concepción ciceroniana.

Que efectivamente es ésa la línea seguida —la de una progresiva introducción en el terreno de la elocuencia—, lo dice bien a las claras el hecho de que las *Artes dictaminis* del XII fijen las normas del arte de escribir epístolas y lo hagan además distinguiendo en ellas las *partes*, de manera análoga al modo en que la Retórica antigua reglamentaba el discurso.

La Epistolografía en la Antigüedad

Con el nombre de epístola designamos un conjunto literario de forma y contenido muy heterogéneos. Voy a intentar una descripción que, sin pretensiones de catálogo exhaustivo, ponga de manifiesto el polifacetismo inherente al género.

La primera mención de una carta que encontramos en la literatura griega es la que se hace en la *Ilíada* (VI.168): Proetos, engañado por su esposa Antea —la divina Antea—, entrega a Belerofonte una carta para su suegro, el rey de Licia. Proetos cree tener un rival en Belerofonte y le hace portador de una carta funesta «en la que se leían signos de muerte». Paralelamente, en la Sagrada Escritura, el primer texto epistolar citado es la carta de Urías (2 *Sam.* 11.14 ss.): la famosa orden de David que dio lugar a la muerte de Urías en el combate.

[5] En opinión de Kl. Thraede, *Grundzüge Griechisch.-Röm. Epistolographie*, München, 1970, el tratado fue escrito en el siglo I d. J. C., pero no contiene la enseñanza contemporánea, sino la difundida a finales del siglo II o comienzos del I a. J. C.

Tanto una como otra son cartas —mensaje, cartas que influyen en el desarrollo de la acción; recurso frecuente en la tradición épica y dramática.

Según los datos de Kytzler[6], la primera noticia en la literatura antigua acerca de un intercambio de correspondencia la proporciona Tucídides: es el intercambio entre Pausanias y Jerjes; son mensajes con respuesta: la propuesta hecha por Pausanias de casarse con la hija de Jerjes y someter Esparta al poder persa, y la aceptación por parte de Jerjes.

A partir del siglo v, el género epistolar es utilizado por los filósofos griegos para la exposición de sus doctrinas, y más tarde también para la exposición de temática especializada: matemáticas o medicina. Es abundante el material transmitido, y uno de los más intrincados problemas de la epistolografía griega es el de distinguir entre cartas auténticas y cartas falsificadas.

En el mundo romano tenemos noticia de la existencia de cartas dirigidas por Catón a su hijo y al cónsul Popilio, correspondencia que en el siglo VI d. J. C. el gramático Prisciano pudo todavía consultar; eran cartas de carácter didáctico, que contenían preceptos sobre la educación, hoy totalmente perdidas.

Unos años más tarde, según la noticia de Plutarco (*Tib. Grac.* 8.5.), y del propio Cicerón, Cayo Graco envió a su amigo M. Pomponio un escrito (Cic., *De Div.* I.18.36) que los herederos de Pomponio mostraron a Plinio el Viejo unos doscientos años después. No conservamos nada de él, pero la impresión que se obtiene de la lectura de estas noticias es que se trataba de una carta de propaganda política en la que Cayo envolvía su nacimiento en una atmósfera de presagios (anécdota de las dos serpientes, macho y hembra, encontradas por su madre en su casa...). Carta «abierta», indudablemente escrita con propósito de difusión.

---

[6] Ver B. KYTZLER, *l. c.*

Las cartas que circularon bajo el nombre de Cornelia, dirigidas a su hijo Cayo Graco, no pueden tenerse por auténticas, pero el mismo hecho de la aparición de estas falsificaciones es señal de la utilización del género como instrumento político en una época en que la lucha de los partidos por el poder era en Roma candente [7].

La primera colección de epístolas latinas que se nos conserva es la *Correspondencia de Cicerón* (las 931 cartas que componen el *corpus*, 797 de ellas escritas por el propio Cicerón, que componen 37 libros). Compilación que no corresponde al proyecto del autor: quiso, en efecto, Cicerón hacer una συναγογή, pero mucho más reducida, como expresa en lo escrito en julio del año 44 quince meses antes de su muerte:

Mearum epistularum nulla est «sunagogé», sed habet Tiro instar septuaginta. Et quidem sunt a te quaedam sumendae. Eas ego oportet perspiciam, corrigam: tum denique edentur (*ad Att.* XVI.5.5.).

La fecha de publicación de esta correspondencia, que no es la que Cicerón quiso publicar, es, como se sabe, cuestión ampliamente discutida. Los límites van desde la opinión de Carcopino [8] que la retrotrae hasta el 2.° triunvirato, a la de Shackleton-Bailey, que piensa que las cartas a Ático no pudieron publicarse antes de la época neroniana [9].

No vamos ahora a entrar en la discusión. Se hiciera pública en la fecha en que se hiciera, la correspondencia está ahí y constituye el conjunto más voluminoso y el más

---

[7] Ésta es la opinión de J. CARCOPINO, *Les sécrets de la Correspondence de Cicéron*, París, 1957², pág. 20, convincente, aunque no lo sea la hipótesis central sostenida por el A. acerca del momento de la publicación de la correspondencia ciceroniana y los motivos políticos que la inspiraron.

[8] J. CARCOPINO, *o. c.*, pág. 62.

[9] D. R. SCHAKLETON-BAILEY, *Cicero's Letters to Atticus*, I, Cambridge, 1965, págs. 59 ss. Uno de sus argumentos más fuertes es el silencio de Asconio al respecto.

completo compendio de la vida, pensamiento y sentimientos de su autor, una «historia por dentro», de su época; conjunto que los estudiosos alemanes sólo se atreven a comparar con la correspondencia de Goethe, y los franceses con la de Voltaire.

Entre los eruditos latinos, el primero en elevar las cartas de Cicerón a la categoría de modelo literario fue Frontón, en la segunda mitad del siglo II. Sus epístolas, doctamente inspiradas a juicio de Carcopino, tienen un tono familiar laboriosamente conseguido, y ensalzan las cartas ciceronianas como cumbre de la perfección en el género:

Omnes Ciceronis epistulas legendas esse censeo mea sententia, uel magis quam omnes orationes eius. Epistulis Ciceronis nihil perfectius[10].

Pero probablemente fue también Frontón el último seguidor fiel del estilo ciceroniano entre los latinos.

Las 124 epístolas de Séneca a Lucilio escritas al fin de su vida revisten carácter moral. Recogen la experiencia de un hombre que la tenía amplia y profunda, y van dirigidas a otro hombre, también experimentado, y también literato. Es cosa admitida que se trata de correspondencia auténtica transmitida en orden cronológico. Aunque el contenido no sea muy diferente de lo que se encuentra en los tratados filosóficos del autor, tiene otro tono más íntimo: quieren ser una conversación entre maestro y discípulo. Conversación que adquiere tono elevado y sentencioso y brillantez retórica, de la que quedan excluidos los términos vulgares y también los arcaicos; en ella entran elementos poéticos en la medida en que su presencia es común a toda la prosa de la latinidad «de Plata».

Leído por Quintiliano, Juvenal y Tácito y más tarde por los autores cristianos, por los medievales y por los humanistas del Renacimiento, el momento de gran popu-

---

10 Carta dirigida al emperador Marco Aurelio. FRONTO, *ad Anton. Imp.* II 5 (Naber, pág. 107; Haines, II 158).

laridad se inicia para Séneca en el siglo XII: a partir de entonces, es el segundo de los autores en prosa (tras Cicerón). Las cartas 1-88 son las que conocen mayor difusión. Fama extendida con la leyenda de su conversión al cristianismo y «demostrada» por el número de obras que se le atribuyen; entre ellas, la correspondencia de San Pablo (en dependencia de un dato procedente de Hier. *De uiris ill.* 12)[11].

Para encontrar de nuevo una colección considerable de epístolas, es preciso trasladarse a la época de Trajano, época en que Plinio redacta sus nueve libros de Cartas. Frente a la carta-comunicación política o familiar ciceroniana, Plinio inventa y desarrolla la técnica de expresar en forma de género epistolar temas que se le ocurren, y cuya forma más adecuada de desarrollo parece la epístola. Crea así una «técnica para el tratamiento de temas en forma epistolar». Cada carta trata un *único tema*, aunque a veces desarrollado a través de tres ejemplos o anécdotas, técnica prescrita por las normas de la escuela. El asunto elegido coincide a veces con tópicos de otros géneros: el tema horaciano de la invitación a cenar, o la descripción satírica del cazador de dotes, por poner algún ejemplo.

La compilación epistolar de Plinio es una decisión largamente pensada: *Frequenter hortatus es* —escribe en la carta que abre la colección dirigida a su amigo Septicio—, *ut epistulas, si quas paulo curatius scripsissem, colligerem publicaremque.*

Plinio cede al deseo de su amigo y reúne una serie de ellas, *non seruato temporis ordine*, escogidas según un criterio del que no parece estar totalmente seguro, y que es el orden en que le han ido viniendo a mano, *ut quaeque in manus venerat.* Aunque compuestas con la intención de continuar la tradición iniciada por Cicerón (cf. *Ep.* IX.2.2.) de escribir sobre temas ocasionales, como retazos de la

[11] Sobre la tradición medieval de las cartas, ver la obra magistral de L. D. REYNOLDS, *The Mediaeval Tradition of Seneca's Letters*, Oxford, 1965; para lo expuesto aquí, cf. pág. 112.

vida —unas veces de mayor envergadura, otras simples tarjetas de recomendación—, tienen sin embargo un carácter de mayor elaboración artística (*curatius, diligentius scriptae*, reitera el propio Plinio). Él quiere dar la impresión de que se trata de un intercambio de noticias: *habes res urbanas, inuicem rusticas scribe* —dice a su amigo Arriano Maturo, al que escribe el relato del proceso de Mario Prisco hecho *personae claritate famosum, seueritate exempli salubre, rei magnitudine aeternum* (*Ep.* II.11.1.): noticioso, por la categoría del protagonista; saludable, por la severidad del escarmiento; de interés perenne, por la importancia del asunto.

Plinio busca una distribución artística del orden de palabras: enumeraciones de triple miembro, como la que acabamos de recoger; composición paralela, correlaciones, con el contrapunto del quiasmo para dar variedad a la construcción. Evita los períodos excesivamente largos; pero no puede evitar el tributo a su época, la introducción de términos poéticos [12].

En el siglo I, Estacio y Marcial inician la tradición de la epístola dedicatoria: carta-introducción a su obra poética.

A fines del siglo IV, el género epistolar encuentra en Simmaco uno de sus más destacados cultivadores.

En un terreno más técnico que literario habría que situar las *uariae* de Casiodoro, en que hace públicos sus decretos como ministro del emperador Teodorico, así como las respuestas a cuestiones legales redactadas en forma de epístola, que juegan un papel importante en el Derecho Romano.

A la tradición pagana se suma, en este sector de la literatura, ya desde su nacimiento, la *tradición cristiana*. El fundamento del gusto de los autores cristianos por la epístola como medio de expresión está seguramente en

---

12 Ver A. N. SHERWIN-WHITE, *Fifty Letters of Pliny*, Oxford, 1969², Intr. págs. XV-XVIII.

los mismos textos sagrados: en las epístolas paulinas, que tanta resonancia tienen en los escritos de los Padres.

Señal inequívoca de esta afición es el elevado número de cartas escritas por autores cristianos que han llegado hasta nosotros: sin entrar en la época medieval, se cuentan alrededor de 5.500 epístolas escritas en griego, 3.200 en latín y un total de 300 autores que cultivan el género [13]. Entre los escritos en lengua latina precisa destacar la correspondencia de Cipriano, redactada en esa primera etapa de la literatura latino-cristiana que se caracteriza por el tono apologético: es la época de las persecuciones. Precisamente una persecución, la del año 250 (Decio), es el motivo que aparta a Cipriano de su diócesis «recién estrenada», y da lugar a un mantenimiento de la comunicación por escrito. Las cartas de Cipriano son fundamentalmente epístolas dirigidas por el obispo a sus fieles.

Huellas de verdadero intercambio —no siempre afable, hay que reconocerlo— presentan las cartas cruzadas entre Jerónimo y Agustín. El voluminoso conjunto de epístolas escritas tanto por uno como por otro dirigidas a una variada gama de personajes de la época alcanzan con frecuencia —como es de esperar en la epistolografía cristiana— un tono doctrinal, de enseñanza. El Humanismo renacentista, y principalmente Erasmo, admiró la obra epistolar de Jerónimo. Famosa es también la correspondencia sostenida por Ausonio con Paulino de Nola, maestro y discípulo.

En los límites de la Antigüedad, y desde su sede en la Galia, Sidonio Apolinar pretende seguir los pasos de Plinio: *Ego Plinio discipulus assurgo* (*Ep.* IV.22.2.). Sus cartas están, como las de aquél, artísticamente elaboradas: *accurate scriptae litterae, litterae paulo politiores*, en las que las palabras iniciales son más dedicatoria que saludo. Sidonio sigue las normas de *urbanitas* vigentes en su tiempo: una postura convencional, según la que el autor —en una continua *recusatio*— denigra su propia obra como

[13] Cf. KYTZLER, *o. c.*, págs. 264 ss.

cosa de poco valor —*quisquiliae, nugae*—, y su estilo como *rusticanus* e *indoctus*.

Como Plinio, Sidonio trata un tema único en cada carta y las ordena siguiendo el principio de la variedad del tema. Su estilo, ha escrito Anderson [14], es una *reductio ad absurdum* de todos los recursos de la Retórica; sus descripciones son, con todo, vivas y pintorescas. Su forma de expresión es la característica de su ambiente; forma que Loyen [15] ha calificado de «preciosismo».

Éste es, a grandes rasgos, el material de que disponemos. Material heterogéneo y «variopinto». ¿Cómo clasificarlo?

CLASIFICACIÓN DE LAS CARTAS

No parece éste el momento ni la ocasión adecuada para emprender la tarea de un estudio de conjunto que clasifique esas diversas manifestaciones y permita ver más claramente las líneas seguidas por la evolución del género. Pero sí que pueden quizá adelantarse unas ideas que, si no dibujan perfectamente la fisionomía, permiten reconocer algunos rasgos peculiares.

La temática contenida en las epístolas es, como se ve, múltiple: diversos también los fines que en ellas se persiguen y la forma artística de la expresión que en ellas se emplea.

Teniendo en cuenta esta realidad heterogénea, se trataría de «tipificar» de alguna manera las manifestaciones del género. Hoy está desechada la antigua división entre «carta» (documento privado) y «epístola» (texto literario destinado al público): no puede decirse que exista en la

---

[14] W. B. ANDERSON, *Sidonius* I, Harvard, 1936 (reimpr. 1956-1963); el segundo volumen, que abarca la correspondencia a partir del l. III, publicado en 1965.

[15] A. LOYEN, *Sidonius Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule*, París, 1963. Cf. la intr. a la ed. publicada por el mismo autor, París, 1970, págs. VIII-XI.

Antigüedad distinción entre carta privada y carta artísticamente elaborada.

Cicerón esboza, a través de su epistolario, una teoría según la cual habría que distinguir tres tipos de epístolas: una, la comunicación de una noticia al ausente: *ut certiores faceremus absentes.* Esto fue el género en su origen, dice, y no parece dispuesto a seguir esa primigenia orientación: *Reliqua sunt epistularum genera duo, quae me magno opere delectant: unum familiare et iocosum, alterum seuerum et graue* (*Fam.* II.4.).

Cabría, pues, distinguir entre una forma original (la que hemos llamado carta mensaje), y una segunda forma (intercambio personal entre amigos), que puede revestir dos modalidades: una ligera (*genus iocosum*); otra de más peso, el comentario de acontecimientos políticos (*genus graue*). En lugar aparte deben considerarse las cartas que son mera excusa para la exposición de ideas sobre una materia filosófica o científica (carta-tratado). Otra variedad es la epístola dedicatoria: epístola-proemio, introducción a una obra literaria de más envergadura, tipo que se desarrolla ampliamente en el mundo medieval, en el que la dedicatoria epistolar es ya una costumbre establecida.

Podemos distinguir, pues, cuatro tipos fundamentales: 1) carta-mensaje (generalmente lacónica; la presentada por legados); 2) carta-intercambio, entre amigos; 3) carta tratado (exposición doctrinal); 4) carta proemio (dedicatoria).

Otro tipo es el que nace como exigencia de la creación poética: epístolas cuyo carácter poético viene dado no ya por la forma versificada —en verso están escritas las cartas de Ausonio a Paulino, y son verdaderas epístolas de intercambio entre amigos—, sino por su razón de ser, que no mira a la realidad cotidiana (aunque se apoye en ella), sino a la ficción poética; es el caso de las epístolas de Horacio, o, en otro ejemplo aún más evidente, las *Heroidas* de Ovidio. No las he enumerado al hacer la exposición

histórica, ni pertenecen al género literario que aquí tratamos [16].

El τόπος φιλικός y sus tópicos

Entre los diferentes subgéneros epistolares, destaca por la importancia y el número de sus manifestaciones la carta-intercambio entre amigos.

A ella se refiere Demetrio cuando expone su teoría sobre el estilo epistolar en un *excursus* del capítulo correspondiente al estilo llano. Enumero los aspectos señalados por la preceptiva de Demetrio [17].

Comienza criticando la opinión de Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles: «las cartas y los diálogos, decía Artemón, deben ser escritos del mismo modo: la carta es una de las partes del diálogo. Este parecer dice algo de verdad, pero no toda la verdad»: una carta debe estar algo más elaborada que un diálogo: hay que distinguir la comunicación escrita de la improvisación oral.

Se considera la carta enviada como una especie de regalo al amigo.

En ellas no es adecuado el uso de frases sueltas (ejemplifica lo que no debe hacerse por medio de pasajes del Eutidemo, que son interrogaciones directas formuladas de modo que se espera la respuesta de la otra parte del diálogo).

La carta es expresión de la personalidad de quien escribe; plasmación del propio espíritu; más que en ninguna otra forma de literatura se revela aquí la personalidad del que escribe (carta como «autorrevelación»). No debe ser excesivamente larga. Si lo son, y además se emplean en ellas un tono pomposo, se está escribiendo una «mono-

---

16 Acerca del carácter de las epístolas horacianas, ver G. Williams, *Tradition and Originality in Roman Poetry*, Oxford, 1968, Introducción.

17 περὶ ἑρμ., 223-225.

grafía disfrazada de carta», con un inicio convencional; así lo hicieron Platón y Tucídides.

Es ridículo que aparezcan largos períodos, como si fuera un discurso. Más que ridículo, poco amistoso: entre amigos se llama a las cosas por su nombre. Es, en definitiva, *una breve conversación entre amigos a la que convienen temas sencillos en lenguaje sencillo.* El atractivo está en el calor de la amistad; en la presencia de proverbios, dichos populares en lenguaje cotidiano; en la argumentación lógica, hecha con «chispa».

Aunque la carta se dirija a reyes, y su tono tenga que ser más elevado en atención al destinatario, no debe sin embargo ser una «monografía».

El τύπος φιλικός desarrolla a lo largo de la tradición una serie de lugares comunes que reflejan la situación tanto del que escribe como del que recibe la carta. Thraede[18] ha distinguido entre:

A) Tópicos primarios, derivados de la misma carta: *a*) Situación: *conloquium*; *b*) Contenido: *iocari, queri.*

B) Tópicos secundarios, que proceden de la filosofía popular (ej.: máximas sobre la amistad): *a*) Destinatario: *quasi coram*; *b*) Acción (escribir / leer): *animo uidere.*

Estos tópicos se repiten, se adornan, se amplían, haciéndose su expresión cada vez más rebuscada. Veamos unos cuantos ejemplos de ellos:

1) Carta como conversación entre personas alejadas (*sermo absentium, inter absentes*): además de en Cicerón, en Séneca: *conuersari cum amicis absentibus* (*Ep.* 75.1-2.). La epístola es una reflexión personal de la que se hace partícipe al amigo: *haec mecum loquor, sed tecum quoque me locutum puta* (26.6.). El lugar fue ampliamente des-

[18] Ver Kl. Thraede, *o. c.* En los párrafos siguientes selecciono del material recogido por el A. a lo largo de esta obra.

arrollado por los autores cristianos: Ambrosio y Jerónimo dan de ahí el paso a la carta como consolación de la ausencia: *solamen desiderii*; en Paulino de Nola se da con amplificación, unido a imágenes procedentes del lenguaje bíblico.

(2) La presencia espiritual del amigo, *quasi coram* (ὡς παρών), es consideración frecuente también en Séneca: *mecum semper es* (*Ep.* 64.1.); *tecum esse mihi uideor* (*Ep.* 67.2.); la carta es como huella del amigo ausente: *uera amici absentis uestigia* (*Ep.* 40.1.).

San Pablo desarrolla el tópico del *uidere animo* de una manera peculiar, a través de una antítesis: ausente en el cuerpo, pero no en el espíritu. Entre los latinos, Cipriano es el primero que adopta el modelo paulino, dándole una mayor ampulosidad por medio de una enumeración retórica de triple miembro: *absens tamen corpore, nec spiritu, nec actu, nec monitis defui* (*Ep.* 20.1.2.), y en otros lugares: *corpore, non spiritu separatus* (*Ep.* 58.4.1.); *ad uos, etiamsi corpore et gressu uenire non datur, dilectione tamen et spiritu uenio* (*Ep.* 76.1.1.). En Paulino de Nola aparecen las expresiones: *interioribus oculis* (*Ep.* 13.1.; 20.1.); *oculis mentis meae* (23.21.; 45.1.); *animo complectuntur... quo cernimus absentes* (34.10.).

San Agustín habla al respecto de *oculi cordis*: la carta ofrece una oportunidad de conocerse distinta del conocimiento físico, pero no menos apreciada. Es de notar la introducción por parte de los autores cristianos de una terminología afectiva: καρδία en Pablo; *dilectio* en Cipriano, *cor* y *dilectio* en Paulino, *cor* y *amor* en Agustín, por citar algunos ejemplos. Agustín denomina además a las epístolas *caritatis alloquia*, expresión que representa ya una sustitución de *amicitia* por *caritas*.

(3) La carta como espejo del alma es un tópico presente en la teoría de Demetrio, que aparece insistentemente en la latinidad cristiana: *animus litteris impressus*, dirá Cipriano (*Ep.* 6.1.) y Paulino de Nola expresa la misma concepción con una amplia variedad de giros: *facies*

interioris hominis; *speculum mentis*; *species mentis*; *sapor mentis.*

Un pasaje de Ambrosio, autor considerado como el cimentador de la epistolografía patrística, es exponente del alcance de esta tópica en la tradición del género: *Interludamus epistulis, quarum eiusmodi usus est, ut disiuncti locorum interuallis affectu adhaereamus, in quibus inter absentes imago refulget praesentiae et collocutio scripta separatos copulat, in quibus etiam cum amico miscemus animum et mentem ei nostram infundimus* (*Ep.* 47.4.). La epístola se concibe como comunicación entre amigos que no tienen posibilidad de verse, como una *imago praesentiae,* en forma de conversación.

* * *

Tres consideraciones pueden cerrar y resumir este esbozo de ideas sobre el género epistolar y su evolución; conclusión abierta a una posterior investigación acerca de la evolución del género en época medieval:

1) El τύπος φιλικός nace en el mundo helenístico, se desarrolla en el mundo clásico latino y de acuerdo con él escribe Séneca, aunque la temática de sus cartas se aparte voluntariamente de la propia de la correspondencia ciceroniana. Continúa en la tradición cristiana con las características de amplificación de tópicos, peculiaridad en las concepciones, lugar preeminente de los conceptos que expresan un vínculo afectivo y tendencia a la elaboración retórica.

2) Ninguno de estos tópicos aparece en Plinio ni en Sidonio: no es éste el tipo de sus cartas; pero sí se da en ellos el énfasis retórico, la expresión ampulosa.

3) El mundo medieval recibe la doble tradición: Sidonio es en aquella época uno de los modelos preferidos, como está comprobado, y ni que decir tiene que los me-

dievales utilizan ampliamente a Ambrosio, Jerónimo y Agustín.

En el medievo la epístola evolucionará hasta convertirse en una composición retórica por su tono y hasta por el fin que se propone. La epístola sustituye en esta época al discurso y la prueba es que las *artes dictaminis*, que regulan el arte epistolar, sustituyen de alguna manera a los antiguos tratados de arte oratorio. La evolución del género está íntimamente ligada a la evolución de la cultura y a las peculiares condiciones en que se desenvuelve la vida medieval: mientras hablar en público era un arte que en la antigüedad latina debía conocer cualquier candidato a los honores, ya en el siglo VI —si hay que creer a Cesario de Arlés— no sabían hablar ni los obispos.

De la persuasión por medio de la expresión oral hemos pasado a la persuasión por medio de la palabra escrita.

CARMEN CASTILLO

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ESBOZO DE UNA HISTORIA

EL CINCUENTENARIO DE LA «FUNDACIÓ BERNAT METGE» *

Hace cincuenta años que vio la luz pública (1923) el primer volumen (*De la natura,* I, de Lucrecio, traducido por J. Balcells) en la colección bautizada desde sus comienzos con el nombre de «Fundació Bernat Metge»: una denominación quizás convencional, pero ennoblecida por el prestigio del gran humanista catalán. En el espacio de medio siglo la biblioteca ha adquirido considerables dimensiones: comprende en estos momentos (octubre de 1973) ciento ochenta y tres volúmenes. No en vano, como escribía J. Pla[1], «el número de empresas que existen en el mundo similares a la Fundación se pueden contar con los dedos de la mano, y aún nos sobran». No se ha escrito todavía la historia de la empresa, a pesar de que son muchos quienes deploran este vacío y, mientras tanto, se han afirmado no pocas incongruencias y han circulado verdaderas leyendas sobre su proceso histórico. ¿Estamos, hoy por hoy, en condiciones de ensayar esta crónica? Para empezar, se deberían consultar, por supuesto, los escritos personales, y todavía inéditos, de Francesc Cambó. Mientras ello no sea posible, todo intento de esbozarla, incluso en sus rasgos externos, no tendrá más que un carácter provisional.

Origen de la empresa

Quizás la etapa más conocida de esta historia, que a veces ha alcanzado un extremo apasionante, es la de sus orígenes. De ello nos han

---

* Nos complacemos en publicar este artículo elaborado en catalán por el doctor Miquel Dolç, con destino a la revista «Serra d'Or» (Barcelona), y traducido para «Estudios Clásicos» por D.ª Primitiva Flores Santamaría.

[1] J. PLA, *Joan Estelrich o la dispersió,* en *Homenots,* tercera serie (Barcelona, Editorial Selecta, 1959), 105.

dejado testimonio, en sus memorias y escritos esporádicos, algunos de los espectadores y protagonistas de aquel crítico momento cultural y político. Largas, con frecuencia larguísimas, conversaciones de este comentarista con Joan Estelrich sancionan, al cabo de los años, la veracidad de aquellos recuerdos. Creo que es necesario, en primer lugar, no caer en la tentación, todavía frecuente, de atribuir todo el mérito de la Fundación exclusivamente a la tenaz obsesión personal de J. Estelrich. Sin querer regatear ni una sola partícula de validez a la obra de este intelectual que tantas veces sirvió, en todas partes, de embajador a la cultura catalana, hemos de ceder a una evidencia: a la pasión que el propio Cambó sentía por los clásicos antiguos. De ello nos ha dejado una prueba Josep M. de Sagarra a través de una anécdota que a los que pueden contemplar hoy el batallón de volúmenes de la Fundación, como él presentía, «ha de producirles fatalmente una emoción innegable». Recuerda una entrevista [2] que tuvo con el prohombre de la liga «que a la sazón vivía en la calle de Gerona (Barcelona)»: «Me preguntó, como el que quiere llevar el agua a su molino, y de la manera tajante y concreta que le era tan propia, si yo me interesaba por la lectura de los antiguos, y, después de unas pocas palabras mías, me dijo que él no había dejado el trato de los griegos y los latinos; que Plutarco, Livio, Jenofonte y Tucídides habían sido desde su infancia sus autores, y entonces, como el que bromea y sonriente, me soltó esta idea: "Si yo algún día fuese millonario —y por el camino que voy no lo seré jamás, porque aquí donde me ve estoy sin un céntimo—, si fuese millonario alguna vez, me agradaría fundar en Cataluña alguna cosa importante de cara a los clásicos, porque pienso que lo que más falta le hace a nuestro país es precisamente la lectura de los antiguos: ¿verdad que me entiende...?"»

La anécdota se remonta, según mis cálculos, a 1918. He aquí, a mi juicio, el arranque inicial o el estado embrionario de la futura Fundación. Cambó no se entibió jamás en su entusiasmo por los clásicos: había de seguir de cerca, hasta con una intervención directa, la marcha de las publicaciones; disfrutaba de verdad en la tarea de todos. Era costumbre que el colaborador le ofreciera, con cierta solemnidad, el primer ejemplar de cada obra. Cuando, hacia 1946 —años ásperos de la Fundación—, autorizó telegráficamente desde Buenos Aires mi edición de Marcial, subrayaba con humor que no veía cómo me las arreglaría en la traducción de ciertos epigramas. Mientras tanto, hacia el 1920, dos años después de la conversación con Sagarra, le había sonreído fortuitamente, a través del canje de las antiguas acciones de la DUEG por acciones de la CHADE [3], la fortuna que buscaba, a base de unos bienes

---

[2] J. M. DE SAGARRA, *Memòries* (Barcelona, Editorial Aedos, 1964²), 790.

[3] Sobre esta cuestión se puede consultar J. PABÓN, Cambó, II 1 (Barcelona, Editorial Alpha, 1969), 216-226; A. HURTADO, *Quaranta anys d'advocat. Història del meu temps*, I (Barcelona, Editorial Ariel, 1962²) 407-411.

lejanos, fuera del país. De golpe era rico; y demostró que sabía ser rico. Pudo pensar en seguida —*mirabile dictu!*— en la empresa cultural y patriótica que le seducía. Es cuando dijo radiante a J. Estelrich, que entretanto, por sus dotes de organizador moderno y dinámico, había llegado a ser en algunas iniciativas su colaborador y su «brazo derecho»[4]: «¡Ahora, sí! ¡Ahora, sí!»[5]. Había surgido el mecenas. De esta manera tomaron cuerpo las dos grandes aventuras: la Fundació Bernat Metge y, poco después, la Fundació Bíblica Catalana. Si Cambó había concebido en sus líneas esenciales la Fundació Bernat Metge, Estelrich, que tenía entonces unos veinticuatro años, la llevaba en buena parte a término.

No había, ciertamente, en aquellos momentos ninguna persona más idónea y más capacitada para asumir la responsabilidad de director «general» de la nueva institución. Hasta E. Díez-Canedo saludaba el nombramiento como un «buen augurio de clarividencia y constancia»[6]. Joan Estelrich unía a su temperamento de humanista innato el pleno dominio de lo que hoy llamaríamos *public relations*. Es cierto, como recuerda J. Pla[7], que «la chismorrería intelectual barcelonesa —que casi es tan densa y desagradable como la otra— se ejercitó durante un espacio bastante largo de tiempo» discutiendo si aquella dirección debía pertenecer a Carles Riba o a Joan Estelrich. De hecho, los dos personajes, tan netamente antagónicos, habían de tener, cada uno a su manera, una misión singular en la institución: Riba se convirtió, hasta su muerte (1959), en el elemento más decisivo del trabajo interno o «científico» de la empresa, como revisor indiscutible de las traducciones[8]; Estelrich encarriló en seguida, y también hasta su muerte (1958), la tarea editorial, fijó las normas de la colección y estableció todos los contactos indispensables con los colaboradores y las relaciones de éstos con Francesc Cambó, así como las conexiones de la Fundación con sociedades similares extranjeras. Estelrich podía exhibir, en suma, una espectacular superficie social; Riba la más exigente seriedad filológica. Si damos al problema la necesaria perspectiva histórica, tendremos que concluir que era aquella la única solución feliz. El propio Cambó justificó siempre

---

[4] J. Pla, *Joan Estelrich o la dispersió* cit., 96.

[5] Véase J. Pabón, *Cambó* cit., 226. Conocí la anécdota de los propios labios de Estelrich. Se la conté no hace mucho a un profesor y académico aragonés, que quedó paralizado: «*¡Increíble!*», repetía con estupor.

[6] E. Díez-Canedo, *La vida literaria*, «España», 16-IX-1922.

[7] Sobre este asunto es muy interesante el punto de vista de J. Pla, *Carles Riba*, en *Homenots*, quinta serie (Barcelona, Editorial Selecta, 1960), 190-196.

[8] Véase M. Dolç, *Carles Riba dins el món clàssic*, «Germinabit», núm. 65 (agosto-septiembre 1959), 44-46; E. Valentí i Fiol, *Carles Riba, humanista*, en *Els clàssics i la literatura catalana moderna* (Barcelona, Curial, 1973), 70-82.

el mantenimiento del *statu quo* diciendo que «no quería ser cómplice del suicidio» de Carles Riba[9].

Ninguna de aquellas dos tareas, encomendadas a J. Estelrich y a C. Riba, no eran entonces, ni con mucho, una cosa sencilla. A pesar de la tradición humanística de Cataluña, que había adquirido un nuevo impulso gracias a la restauración de los estudios de filología clásica desde la Universidad de Barcelona, el intento de dotar al país de un instrumental científico y lingüístico análogo al de la colección francesa «Gillaume Budé» era casi un salto en el vacío. ¿Poseería Cataluña las fuerzas humanas suficientes para nutrir y llevar a cabo el proyecto? Parece, a medio siglo de distancia, que sus promotores, confiados en la tarea colectiva, no se lo pensaron demasiado: cortaron, en cierto modo, por lo sano; y el país respondió con toda su fe, sin vacilaciones, al esfuerzo. La institución debió de quedar formalizada en 1922. A esta fecha se remonta un boletín, de una veintena de páginas, que viene a ser el acta de su nacimiento: se titula *Fundació Bernat Metge. Una col·lecció catalana dels clàssics grecs i llatins*[10]. Se analiza en sus páginas, en primer lugar, los motivos que justifican la empresa: el Renacimiento en Cataluña, la necesidad de los clásicos, la advocación de Bernat Metge, el retorno a las humanidades, la influencia de las traducciones sobre el perfeccionamiento del lenguaje, el carácter de la nueva colección. Un segundo apartado describe el alcance de la Fundación, la fisonomía de los volúmenes, las normas científicas que han de presidirlos, la adaptación del texto, las condiciones de la traducción. En un último apartado se explica el alcance de los tres tipos de ediciones que abarcará el corpus, basados en distintos objetivos pedagógicos y literarios —la edición básica bilingüe, la edición del texto solo, la edición de la traducción única—, así como las condiciones externas de los volúmenes. Cuatro años más tarde, Joan Estelrich puntualizaba, en una *adresse* a la Société des Études Latines[11], en el mismo tono, más o menos, la proyección y las características de la Fundación, que, modestamente, «*ne prétend rien apporter de nouveau à la philologie classique*».

---

[9] Véase J. PLA, *Carles Riba* cit., 195.

[10] Barcelona, Editorial Catalana, S. A., 1922. Se debe tratar hoy de una rareza bibliográfica. Tengo una fotocopia de dicho boletín, facilitada por Ramón Guardans, de un ejemplar procedente «From Catalonian Cultural Committee — P. O. Box 69 — Times Sq. Station — New York City». La última página lleva esta advertencia: «Dirigir toda la correspondencia y cualquier petición de informaciones al director de la Fundación: Joan Estelrich, Editorial Catalana, Escudellers, 10 bis, Barcelona».

[11] J. ESTELRICH, *La Fundació Bernat Metge*, «Revue des Études Latines» IV (1926), 187-194.

Sobre la roca viva del clasicismo

Ninguna de las normas o de las particularidades expuestas en aquel folleto o en este manifiesto ha sufrido, bien mirado, ningún cambio notable a lo largo de este medio siglo. Pero ha sido superado muy a menudo, evidentemente, el humilde nivel que Estelrich auguraba. Es un nuevo elogio que hay que rendir al sentido de responsabilidad de los adalides, demasiado soñadores, de aquella época. Lo ha visto claramente Rossend Llates al precisar[12]: «Cambó quiso encarrilar y dar un peso a toda aquella exhuberancia un poco fofa y enfermiza y creó [...] la «Bernat Metge» y las otras instituciones, para fundar sobre la roca viva del clasicismo y de las letras sagradas un edificio que corría el peligro de hacerse demasiado fantástico de líneas». Los organizadores de la Fundación, a pesar de su natural acometida, tenían los pies en tierra: como dice el boletín institucional, «nuestro resurgimiento nacional» llegará a ser «verdaderamente clásico» y nos integrará «en la Europa esencial». Es, sin embargo, evidente que se sienten arrastrados por un excesivo optimismo. La lista inicial de los colaboradores con los que se abre el opúsculo comprende cuarenta y dos escritores: veintitrés (entre los más conocidos, Gabriel Alomar, Pere Bosch i Gimpera, Josep Carner, Pompeu Fabra, Bonaventura Gassol, Lluís Nicolau d'Olwer, Joan Pons i Marquès, Antoni Rubió i Lluch, Josep M. de Sagarra, Lluís Segalà) no han publicado nunca nada en el corpus. Vale también la pena reproducir, como prueba de la buena intención de aquellos presuntos colaboradores, algunos títulos de «obras de publicación inmediata», de las cuales nunca se supo nada: *Comèdies* de Menandro (Ll. Nicolau d'Olwer), *Odes* de Horacio (G. Alomar), *Faules* de Fedro (J. M. Tous i Maroto), *Sàtires* de Juvenal (B. Gassol), *Històries* de Tácito (Miquel Ferrà), *Poesies* de Catulo (J. M. de Sagarra), *Les obres i els dies* y la *Teogonia* de Hesíodo (Ll. Segalà), *Epigrames* de Marcial (J. Carner), *Lírica mèlica grega* (Carles Magrinyà i P. Bosch i Gimpera). Cuatro de estos escritores clásicos (Juvenal, Tácito, Catulo, Marcial) han visto la luz pública, y a veces muchos años más tarde, por obra de otros colaboradores; los otros cinco esperan todavía su turno.

Simples minucias, al fin y al cabo, que serían borradas y superadas por los hechos. Contra la opinión de los que predecían el fracaso, la semilla estaba sembrada y fructificó de inmediato. En 1923 salieron cuatro volúmenes; seis en 1924; y comenzaron en el hotel Ritz las famosas cenas conmemorativas de la Fundación, presididas por el mecenas, que perduraron, según tengo entendido, hasta la guerra civil. Al celebrar la primera publicación, Cambó hizo un elogio de J. Estelrich,

---

[12] R. LLATES, *30 anys de vida catalana* (Barcelona, Editorial Aedos, 1969), 25.

«verdadero depósito de energías»[13]. Pero Estelrich, arrebatado por el entusiasmo, no tiene suficiente, claro está, con aquel ritmo editorial: calcula que saldrán diez volúmenes por año; de manera que la publicación de trescientos volúmenes duraría treinta años[14]. No debe ignorar, sin embargo, que esto no pasa de ser un sueño quimérico... o de una frase publicitaria. Aunque el equipo de traductores pudiera observar honestamente aquel ritmo —mera ilusión—, la saturación sería inevitable. A pesar de todo, durante los primeros trece años, de 1923 a 1936, que precedieron la guerra civil y vienen a ser la primera época de la Fundación, se publicaron ochenta y dos volúmenes: una media, por tanto, aproximadamente de seis volúmenes por año. El 1929 fue el año récord en la vida del corpus, con ocho volúmenes; los más flojos, en aquel período, el 1933, con cuatro, y el 1936, con dos. Mientras tanto se habían ido incorporando a la tarea común nuevos valores de la filología y de las letras catalanas. Entre los colaboradores activos de la mencionada lista del boletín fundacional figuraban y aportaron su contribución a la obra, Gumersind Alabart, Joaquim Balcells (un verdadero pilar para la sección latina), Carles Cardó, Josep M. Casas i Homs (que no colaboraría hasta el 1949), Pere Coromines, Joan Creixells, Miquel Ferrà, J. Ferran i Mayoral, Salvador Galmés, Josep M. Llovera, Carles Magrinyà, Joan Mínguez, Manuel de Montoliu, Cebrià Montserrat, Antoni Navarro, Marçal Olivar, Carles Riba (uno de los colaboradores más asiduos), Isidor Ribas i Bassa, Llorenç Riber y, naturalmente —aunque con una presencia escasa—, el propio Estelrich. Bien pronto el número se vio acrecentado por lo que podríamos denominar, sin referencia a la edad, segunda generación de la institución: F. Martorell, Antoni Ramon, Adela M. Trepat, Anna M. de Saavedra, Joan Petit, Josep Vergés, J. Serra Húnter, Tomàs Bellpuig, Ferran Soldevila, R. Guastalla, Joan Coromines y Edouard Valentí.

Martirio y reanudación

La guerra civil y sus efectos fueron, obviamente, fatales para la institución. En 1937 solamente apareció un volumen (el VIII de las *Vides Paralleles* de Plutarco, editado por Carles Riba, pero sólo firmado tímidamente con las iniciales C. R.), y otro en 1938 (el *Dels deures*, I, de Cicerón, a cargo de Edouard Valentí). Viene, con el hundimiento, un silencio de tres años. Parece que todo se ha hundido para siempre.

---

[13] Véase *Discurs al Ritz celebrant l'aparició del I volum «De natura», de la Fundació Bernat Metge*, «La Veu de Catalunya», 11-IV-1923. La cena había tenido lugar el día 9.

[14] Véase *Una gran empresa cultural. Conversación de J. Estelrich con J. Pla*, «La Publicidad», 14-III-1922.

No obstante, aparece dando señales de vida un volumen aislado en 1942 (el IX de las *Vides Paralleles*, preparado por Riba, pero sin firmar, ¡ni siquiera con sus iniciales!). Es de esta época de donde arrancan, hasta hacerse intensos, mis contactos con Joan Estelrich. Alborota, se mueve aquí y allá, engatusa por las alturas. Pero no cede ante el nuevo *status*. ¿Cómo pudo escribir mossèn Manuel Balasch [15], informado, según parece, por Carles Riba, que entonces «se había hecho un intento de proseguir la marcha de la Fundación... ¡pero en castellano!»? Puedo afirmar, sin ninguna cortapisa, que se trata de una simple leyenda, de una calumnia, al menos por lo que afecta a la institución camboniana. O, quizás, de un malentendido. Me explicaré: más de una vez Joan Estelrich me contó, y me lo confirmó el helenista José Manuel Pabón en Madrid con algunas particularidades, que Francesc Cambó, sin duda presionado por elementos de Madrid que le reprochaban su catalanismo cultural exclusivista, se había ofrecido a patrocinar paralelamente con la Fundació Bernat Metge una colección castellana de los clásicos, siempre que se apoyara, naturalmente, como el corpus catalán, en la suscripción. Pues bien: ¡se apuntó un solo suscriptor! No he logrado, a pesar de todos mis esfuerzos, reconstruir la pequeña historia. Se debe remontar a los años de la «España grande» o del «catalanismo intervencionista» [16]; José Manuel Pabón llegó a precisarme el nombre del único suscriptor frustrado. Solamente he podido rastrear, en Rossend Llates [17], una breve referencia «escrita» al pintoresco asunto: «Los intentos del Duque de Alba, de acuerdo con Cambó, para esta empresa [una colección de clásicos traducidos] centrada en Madrid, no pasaron de proyectos, visto que nadie quería seguir por este camino».

La obstinada oposición había cedido, en fin, a las manipulaciones personales de Joan Estelrich. La colección, después de tres nuevos años de espera (1943-1945), se reanudó en 1946 con dos volúmenes. Precisamente en este momento esperanzador, cuando estaba a punto de regresar a nuestro país, moría Francesc Cambó en Buenos Aires (1947), víctima de un accidente banal (una infección provocada por una vacuna). Se ha especulado bastante, y a menudo sin ninguna información positiva, sobre sus últimos proyectos culturales [18]. El hecho importante, para nosotros, es que la continuidad de la Fundació Bernat Metge permanecía asegurada: a la previsión del mecenas, se unía ahora la delicada intervención de Helena Cambó de Guardans, enamorada de todas las inquietudes cul-

---

[15] M. BALASCH I RECORT, *La Fundació Bernat Metge*, «Serra d'Or» IX (1967), 817-819.

[16] Véase I. MOLAS, *Lliga catalana. Un estudi d'Estasiologia*, I (Barcelona, Edicions 62, 1972), 196 ss.

[17] R. LLATES, *op. cit.*, 524.

[18] Véase, sobre este asunto delicado, la respuesta de R. GUARDANS, *La muerte de Don Francisco Cambó*, «Destino», 15-II-1958, a J. PLA, mismo título, «Destino», 8-II-1958.

turales de su padre. La media de publicaciones fue, desde entonces, de cuatro volúmenes por año. Esta segunda época de la Fundación, quizá más cautelosa, pero también más consciente desde el punto de vista filológico [19], había de aumentarse, poco a poco, con la presencia de una tercera generación de colaboradores, que pudo trabajar al lado de los «supervivientes», heredando su espíritu y sus propósitos: Miquel Dolç, Marià Bassols de Climent, Joseph M. Casas i Homs, Jaume Olives, Fèlix Senties, Jaume Berenguer, Joan Triadú, Guillem Colom, Josep Alsina, Joaquim Icart [20].

La Fundación, hoy

Pero también venía una fatídica liquidación. Doce años después de la reanudación de la actividad, Joan Estelrich, representante de España en la UNESCO, moría en París (1958). Le reemplazó en la dirección «general» Carles Riba, que prosiguió, más o menos, la misma línea de tantos años, la de simple revisor de las traducciones, absteniéndose de toda intervención en el establecimiento del texto, en el aparato crítico, en la redacción de notas, en la posible mejora de un aspecto erudito. Carles Riba lo había dado todo a la Fundación. Al morir, desgraciadamente, poco después (1959) se vio, ante la complejidad cada día mayor del mundo clásico, que la colección camboniana necesitaba de una dirección colegiada de helenistas y latinistas que se cuidasen de todos los aspectos científicos y literarios de cada volumen. El día 4 de enero de 1960 quedó constituido el primer consejo directivo, integrado por los profesores Josep Alsina y Joan Petit, helenistas, y por los profesores Miquel Dolç y Josep Vergés, latinistas, asesorados técnicamente por Joan-Baptista Solervicens. El consejo, que hoy continúa básicamente al frente de la institución, quedó reducido a cuatro directores en diciembre de 1962 con motivo de la muerte de Solervicens; por otra parte, el 15 de enero de 1964 murió Joan Petit y le sustituyó el profesor Jaume Berenguer, helenista. Desde la formación de esta junta directiva, que se reúne dos o tres veces por año en el domicilio de la Fundación, se redacta una memoria de cada junta, que vendrá a ser una especie de historia interna de la institución.

No hace falta decir que de esta manera ha aumentado la agilidad del sistema, el valor científico de los volúmenes, y se han reclutado más

---

[19] A pesar de todas las reservas que se le puedan hacer, véase, para este aspecto, C. MIRALLES, *Elegia per a la nostra biblioteca de clàssics antics*, «Serra d'Or» IX (1967), 820-822.

[20] En cuanto a la primera parte de esta segunda época, véase especialmente M. DE RIQUER, *Los Clásicos de la «Fundació Bernat Metge»*, «Arbor» XLIX (1961), 76-80.

adeptos entre las últimas promociones universitarias. Ha llegado, diremos, la que podría llamarse cuarta generación de la Fundación: Manuel Balasch, Núria Albafull, Carme Boyé, Montserrat Jufresa, Teresa Sempere, Carles Miralles, Francesc J. Cuartero, Joan Castellanos, Jordi Pérez i Durà, Pere Villalba, Montserrat Ros, Eulàlia Vintró, Josep M. Morató, J. I. Ciruelo, Oliveri Nortes. La lista aumenta cada año. Cabría notar la presencia, por primera vez, de representantes del País Valenciano (Cuartero, Pérez i Durà), que fue desde el primer momento uno de mis propósitos, a fin de dar a la Fundación toda la amplitud histórica y natural que le era indispensable en los Países Catalanes. En cuanto a las publicaciones durante esta segunda época que se extiende desde 1937 hasta hoy, han alcanzado el número de ciento una: si comparamos este arco de treinta y cinco años (de los que, en cambio, habría que excluir la etapa anormal y casi vacía de 1937 a 1945 con tres volúmenes) con la anterior a la guerra, de trece años, la media de publicaciones es sensiblemente inferior. Pero lo que más nos interesa es el número de escritores, que, entre tanto, ya poseen prácticamente en el corpus su obra completa: entre ellos, Lucrecio, Nepote, Séneca (excepto el teatro), Ausonio, Tibulo, Propercio, Curcio, Tácito, Plinio el Joven, Catón el Censor, Catulo, Plauto, Terencio, Marcial, Persio, Suetonio, Juvenal, Esquilo, Sófocles, Herodas y Baquílides. De la obra de otros escritores ha sido publicada una buena parte o la más representativa: Virgilio, Horacio, Ovidio, Apuleyo, Salustio, Varrón, Cicerón, Platón, Plutarco, Teócrito, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Aristófanes. Los resultados son, pues, halagadores. Pero nos queda todavía una inmensa tarea.

M. Dolç

EL LATÍN EN PORTUGAL*

La polémica desde hace tiempo entablada sobre la oportunidad de las lenguas clásicas dentro de la enseñanza y la cultura modernas es un fenómeno que azota prácticamente todo el llamado mundo civilizado. La preocupación ante este grave problema ha hallado cumplido eco en el país vecino, Portugal, donde el pasado año se celebró un coloquio al respecto del que dan fe las presentes actas.

Asistieron al mismo hasta doscientos cincuenta y seis participantes, entre profesores universitarios, de instituto y alumnos, y estas Actas recogen ocho comunicaciones fundamentales, la primera de las cuales versa sobre la necesidad del latín en los institutos; la segunda, sobre su metodología; las cuatro siguientes tratan la relación de esta lengua con distintas disciplinas; la séptima aborda la relación de la lengua latina con algunos escritores portugueses modernos, y la última se dedica al griego, como disciplina optativa.

La primera comunicación, *Lugar e necessidade do latim no currículo liceal* (págs. 51-63), por el doctor Luís Simões Gomes, comienza por exponer el lamentable estado de la enseñanza del latín en los institutos portugueses, por culpa de los malos programas. Este profesor piensa que enseñar reglas aburridas y trozos disecados de latín es lo que hace que los alumnos lo desdeñen. Entiende que es necesario el latín para comprender la lengua y la historia portuguesa, y recuerda cómo países que no son latinos (rusos, húngaros, checoslovacos, búlgaros) lo estudian. Lo que propone es una renovación de los métodos, y corregir los malos programas.

A cargo de la doctora María do Céu Novais Faria tenemos la segunda comunicación, con el título *Metodología do latim* (págs. 65-87). Esta profesora demuestra poseer una gran experiencia docente y sus propuestas revelan una profunda perspicacia y sensibilidad en lo que atañe a la renovación de métodos de enseñanza.

---

* *Coloquio sobre o ensino do latim* (17-19 de mayo de 1973). Actas, ed. por el Instituto de Estudos Clássicos e Centro de Estudos Clássicos e humanísticos, Coimbra, 1973, 365 págs.

Afirma que hay que desechar los métodos obsoletos con los alumnos, para lo cual entiende que es preciso antes de nada trazarse los objetivos a alcanzar. El latín constituye una contribución decisiva para la formación integral del hombre; es necesario desechar un utilitarismo inmediato (cf. profesor Pire: *Le latin en question*). A partir de los seis años hay que desarrollar en los niños el espíritu de observación, reflexión y análisis objetivo. Hay que proceder con un método inductivo, preguntando sin cesar a todos los alumnos con el fin de que la clase entera colabore; que éstos descubran los problemas casi por sí mismos; más tarde llegará el momento de recoger velas por medio de cuadros sinópticos, para los que se recomienda encarecidamente utilizar la tiza de colores. Se busca una traducción exacta y precisa, con ejercicios de retroversación también. Al alumno hay que ponerlo en contacto con el mundo cultural antiguo: se empieza por textos preparados cuidadosamente; luego, con textos genuinos de dificultad creciente, acompañados de continuas notas históricas y literarias; se leen autores modernos que traten asuntos antiguos; se utilizan mapas, grabados, pinturas, fotografías; se aprovechan las películas; se realizan visitas arqueológicas, etc.

La doctora conoce los métodos extranjeros del *Cambridge Latin Course* (de corte estructuralista-funcional: suprime los nombres de los casos, etcétera); *A structural latin course*, de Lord; *Latine loquor*, de Suzane Bails. Por su parte, suele iniciar a los escolares con pequeños diálogos en latín, procurándose un vocabulario por centros de interés, etimología, etc. No utiliza el diccionario al principio; enseña la gramática a partir de los textos; recomienda seguir un método descriptivo y diacrónico al mismo tiempo. En las páginas 87-88 ofrece una bibliografía selecta.

Relação do latim com o português (págs. 89-99) es el tema de la doctora María Alice Nobre Gouveia. Su tesis es que el que enseña portugués debe saber latín; para leer la literatura medieval y posterior (por ejemplo, *Os Lusíadas*). Los neologismos, la morfología precisa echar mano del latín. Éste le parece indispensable para las Filologías Clásicas, Románica, Germánica; la Historia, la Filosofía y el Derecho.

En las páginas 101-119, el doctor P. Avelino de Jesus da Costa se ocupa de la *Relação do latim com a história*. Su comunicación constituye una documentada exposición de las fuentes que precisa el historiador y que indefectiblemente encontrará en lengua latina. Empezando por las inscripciones (*pas de documents, pas d'histoire*), a semejanza con los *Monumenta Germaniae Historica*, se comenzó a publicar en Portugal unos *Portugaliae Monumenta Historica* que había de abarcar los siglos VIII-XV, con cuatro secciones: *Scriptores*; *Leges et Consuetudines*; *Diplomata et chartae*; *Inquisitiones*. Otras obras son: *Documentos Regios*; *Corpo Diplomatico Portuguez* (año 1846); *Bullarium Patronatus Portugaliae* (años 1868-1873), con quinientos sesenta y un documentos

latinos. Contabiliza en total unas cincuenta y cinco colecciones documentales que abarcan un número de 22.784 documentos en latín.

Más adelante cita fuentes narrativas importantes: *Bibliotheca Historica Medii Aevi*, de August Potthast, I-II, Berlín, 1896; *Répertoire des Sources Historiques du Moyen Âge*, III, París, 1905-1907, por Ulysse Chevalier; *Bibliotheca Hagiographica latina antiquae et mediae aetatis*, I-II, 1898-1901; *Fontes Hispaniae Antiquae*, de A. Schulten; *Index Scriptorum latinorum Medii Aevi Hispanorum*, de M. Díaz y Díaz, Salamanca, 1959. Es indispensable el latín para estudiar la historia antigua y medieval; por ejemplo, cf. Isidoro de Sevilla: *Historia de Regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum*; *De rebus Hispaniae* (por Rodrigo de Toledo). Así, también, para Portugal: *Commentarii rerum gestarum in India*, por Damião de Góis; *Epitome rerum gestarum in India a Lusitanis*, de André de Resende.

El *Chartularium Universitatis Portugalensis* posee entre sus dos mil ciento setenta y siete documentos, mil ciento setenta en latín. Termina afirmando: «O latim é indispensável para o conhecimento científico de nossa História» (pág. 119). En las páginas 120-145 presenta unos apéndices que contienen doscientos cincuenta y un títulos, repartidos como sigue: colecciones de documentos: 70; tratados históricos con documentos latinos: 89; veintiocho pactos de Portugal con potencias extranjeras en lengua latina; sobre Filipinas hay en latín sesenta y cuatro títulos.

De manera similar, el doctor J. M. da Cruz Pontes expone una *Relação do latim com a Filosofia* (págs. 147-199). Cicerón y Séneca influyen de manera decisiva en los filósofos posteriores; el primero, creando, especialmente, un vocabulario filosófico en latín; el segundo, por su pensamiento. Por ejemplo, el *De officiis* de Cicerón está en la base del *De officiis ministrorum* de San Ambrosio. Séneca influye directamente en Tertuliano, Lactancio, etc. Cicerón, en San Agustín, hasta el punto que el *Hortensio* y los *Academica* los conocemos por citas de éste, principalmente en *De civitate Dei*. Son las traducciones latinas de las *Enéadas* de Plotino las que alientan a San Agustín, que por entonces no sabía griego. La traducción latina del *Timeo* de Platón es lo que conoce de éste. Las traducciones latinas son también las que le permiten conocer a San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Juan Crisóstomo. El περὶ ἀρχῶν (c. 225-230) de Orígenes es transmitido por medio del *de principiis* de Rufino. Más adelante, el cristianismo enriquece la lengua latina. Mario Victorino es un creador de neologismos: *alteritas* (ἑτερότης, que procede de Platón, y llega hasta la filosofía existencial); ταυτότης (que procede de Aristóteles, y, luego, de Clemente de Alejandría) es traducido por *identitas* (págs. 162-163). Prosigue la filosofía a través del medievo: *Corpus Dionysium vel Areopagiticum* (siglos V-IV). Boecio intentó traducir todo Aristóteles y Platón para conciliarlos. La influencia de su *Consolatio* perdura a través del tiempo. Algunas de sus definiciones se han mantenido: felicidad, eternidad, persona, esencia, existencia.

Vienen después nombres tan significados como: San Anselmo (siglo XI), Abelardo (siglo XII); Santo Tomás y Duns Scoto (siglo XIII). Toda esta filosofía está escrita en latín; la lengua latina constituía una superestructura cultural (Christine Mohrmann). De este primer escolasticismo perdurarían términos como *aseitas* (de *a se*), *quidditas, haecceitas*, etc.

En la segunda escolástica persiste la tradición lingüística, por ejemplo, con Francisco Suárez (1548-1617): *Disputationes Metaphysicae*; los carmelitas de Alcalá de Henares (siglo XVII): *Collegium Complutense Philosophicum*. Y también en la neoescolástica (siglo XVIII). Aquí hallamos la primera historia de la Filosofía. Se trata de la obra de Juan Brucker, *Historia critica philosophiae a mundi incunabulis ad nostram aetatem deducta* (5 vols., Leipzig, 1722-1724).

En latín escribieron (aparte de en su propia lengua): Descartes, Espinosa, Hobbes, Leibniz (*Monadologia*), Berkeley (*De motu*), Locke, Christian Wolff (*Monadologia physica*), Kant. Concluye afirmando que es absolutamente imprescindible el conocimiento del latín para el estudioso de la filosofía, tanto medieval como moderna; que los conceptos importantes siguen en latín. Restan muchas obras inéditas esperando ser leídas y estudiadas. Como prueba factual nos recuerda que el Instituto Superior de Filosofía de la Universidad de Lovaina tiene dos cursos que responden a los siguientes títulos: *Latin vulgaire et latin médiéval* y *Paleographie des manuscrits philosophiques latins du Moyen Âge*. Hay que reconocer que esto último es como para ponernos los dientes largos, añadiríamos nosotros.

El famoso romanista doctor Manuel de Paiva Boléo contribuyó también a este coloquio con el tema *Relação do latim com as línguas modernas*. Al principio plantea la cuestión dentro de una perspectiva histórica que resulta original y enriquecedora. Según él, la cuestión de las lenguas clásicas se planteó ya en los siglos XVII-XVIII bajo la denominación de «Querelle des anciens et des modernes»; más tarde, en el siglo XIX, la cuestión se debatió respondiendo a un enfrentamiento entre clásicos y románticos; en nuestro siglo, la rivalidad sería latín-lenguas modernas. Él entiende que justamente para aprender lenguas modernas es de gran utilidad. Remite a Carl Vossen, *Mutter Latein und ihre Töchter*. Se podrían estudiar varias lenguas al mismo tiempo (Charles Pagot: *Sept langues (grec, latin, espagnol, français, italien, allemand, anglais) enseignées en même temps*. El profesor Paiva Boléo cuenta numerosas anécdotas personales de su larga vida docente. Lo que él ha hecho es establecer en sus clases de fonética histórica, por ejemplo, todas las relaciones etimológicas, semánticas y onomasiológicas en las palabras estudiadas. Como modelo nos ofrece al final de su comunicación, que abarca las páginas 201-222, un Anexo con bibliografía (páginas 223-225) sobre el verbo *falar*. Se relaciona en latín con veintiún palabras, que detalla.

Como verdadera comunicación de fondo, entre las páginas 227-291 se inserta la comunicación del doctor Guilherme Braga da Cruz sobre el tema *Relaçâo do latim com o direito.*

Este profesor hace la historia de todo el siglo XX acerca de los avatares ministeriales, por así decirlo, por los que ha atravesado la enseñanza de latín, con gran lujo documental que inserta en abultadas notas a pie de página. La historia, según el señor Braga da Cruz, comenzó con la república (años 1919-1926). El primero que lanzó el grito de guerra contra el latín sería António Sérgio, en un discurso justamente de 1926. Pero, según él, los mismos argumentos que ya utilizara este republicano de la «Liga de París» habrían de ser esgrimidos después, vengando al propio Sérgio, a quien entonces no se le hizo caso, por las autoridades de la Revolución Nacional.

Fue en 1947 por un decreto-ley de 17 de septiembre, concebido personalmente por el jefe de gobierno, Oliveira Salazar, cuando la enseñanza de la lengua latina en Portugal recibió tan demoledor golpe que aún no se ha recuperado, yendo, como se verá, la cosa a peor. Ya entonces se levantaron autorizadas voces: del padre Magalhâes (*A suppressâo do latim na reforma do ensino liceal*), y, más tarde, del profesor Costa Ramalho (*O latim no liceu português - 1956*).

En 1960, el profesor Marcelo Caetano afirmaría que el golpe asestado a la enseñanza del latín en 1947 había sido brutal y completamente injustificable; el mayor en ciento cincuenta años. Con todo, a partir de la subida de este último al poder (1968) la cosa empeora, ahora, en virtud de simples *despachos* ministeriales. Llega la primera hornada de tecnócratas portugueses («fina flor de Reforma Liceal de 47», pág. 254) y los golpes se suceden. El ministro Veiga Simâo asestaría el golpe definitivo, el 8 de julio de 1972, dejando en los institutos la asignatura del latín como obligatoria sólo para los de Filología clásica, y optativa para las demás ramas. Se dirigieron serias protestas al ministerio, sin ser atendidas.

Según el doctor Braga da Cruz, en la defensa del latín, no hay que poner el acento en los frutos marginales (aumento de la memoria, desarrollo intelectual, hábitos de reflexión, poder de síntesis, rigor de expresión, disciplina mental), ni en las razones prácticas (mejor aprendizaje de las lenguas modernas; instrumento indispensable para el cultivo de un largo número de disciplinas): la verdadera razón estribaría en el interés de esta lengua *como elemento de formación cultural* (v. págs. 273-274). Ya que aquellos otros argumentos ofrecen fácil blanco a los *latinófobos.* Hasta la Iglesia Católica ha descuidado este asunto, de tal suerte que los curas acabarán siendo *tecnócratas de la religión* (pág. 278).

En el fondo han existido razones ideológicas por parte de los impugnadores, que son completamente infundadas (*Rapport sur le rôle des études classiques et dans l'éducation,* F. I. E. C., 1959, en *Orpheus,* núm. 2, pág. 4: «il est aussi faux de voir dans l'enseignement classique

l'expression d'un conservantisme lié à des formes cléricales de la culture», pág. 282). Y, también, un problema político: no politizado, sino un problema político de raíz en relación con la reforma educativa.

Frente a sus detractores de todo tipo, se levanta la voz valiente y clara del Sr. Braga da Cruz, cuando afirma en pág. 286 (creemos que merece la pena la transcripción del párrafo): «não podemos consentir que a escola prescinda do latin - não dum *latim* meramente para letrados, como se a apregoada democratização do ensino fosse discriminação utilitária que vedasse o accesso dos cientistas aos benefícios da *cultura,* mas dum latím para todos, em profundidade e em extensão, como insubstituível ponto de partida para toda a formação cultural de verdadeiro nível superior».

Por supuesto, no es menos imprescindible para el derecho: se precisa la formación espiritual de los futuros hombres de leyes para que sean verdaderos jurisconsultos y no meros «tecnócratas del derecho», lo que constituiría gravísimo error (pág. 291).

António Dias Miguel hace una breve exposición sobre el tema *O latim e alguns escritores modernos* (págs. 293-314), registrando las opiniones de algunos autores, así como la influencia que la literatura greco-latina ha ejercido en ellos. Cita a Aquilino Ribeiro, al brasileño Guimarães Rosa; Oscar Lopes, etc. Sugiere que se podía proseguir este trabajo, y propone una réplica que llevara por título: «La falta del latín en algunos escritores portugueses contemporáneos».

Terminan las comunicaciones con la intervención de María Ana Almendra con un tema sobre el griego: *O grego como opção no curso complementar do Liceu* (págs. 315-335). María Ana habla de las lenguas clásicas como un «antídoto» frente al cientifismo y cita las palabras de Marcel Delaunois (*Panorama d'un recyclage dans l'enseignement du grec et du latin,* «Les Études Classiques», 3, 1970): «zonas de meditación y de silencio».

Nos revela la extraña noticia de que en Francia hay empresas que dan cursos de latín y griego como medio de promoción de su personal. Haciendo un recorrido por los países europeos, no halla completamente desesperanzadora la situación. En los Estados Unidos, según ella, hay novecientos mil alumnos que estudian latín. En las páginas 336-338 presenta una bibliografía.

El coloquio se cierra con unas conclusiones, cuyos puntos son: 1) obligatoriedad del latín en el curso complementario de los institutos para los que vayan a las facultades de Letras, Derecho y Escuelas Normales Superiores; 2) extensión al curso general; 3) remodelación de programas. Piden el griego para los alumnos que vayan a Filología Clásica, Románica y Filosofía. El volumen concluye con una bibliografía sobre metodología, congresos y situación actual (págs. 355-363).

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

INFORMACIÓN PROFESIONAL

PLANES DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

Reproducimos del *B. O. del E.* los planes de estudios de los tres primeros cursos (primer ciclo) de las Facultades de Filosofía y Letras, en lo que respecta a Latín y Griego. El lector atento podrá extraer sus propias conclusiones sobre las incongruencias de estos planes, que nos resistimos a comentar detalladamente.

UNIVERSIDAD	FILOLOGÍA	G. - HIST.	FILOSOFÍA
Barcelona	L	L	L/G
Clás.	L 3 - G 3		
Barc. Aut.	L - G/A/M	L	L/G
Clás.	L - G 3		
Deusto	L	L	
Extremad.	L - G/A/M 3		
Granada	L 3 - G/A/M 3	L	
La Laguna	L 2 - G/A/M 2	L	
Madrid Comp.	L 2 - G/A/H/M 2	L	L/G 2
Clás.	L 3 - G 3		
Madrid Aut.	L 2 - G/A 3	L	L/G
Murcia	L 2 - G/M 2	L	
Nac. Dist.	L - G	L	
Navarra	L 3 - G/A/H/M 2	L	L 2
Oviedo	L 2	L	
Salamanca	L - G/A/M 3	L	
Sal. Pontif.	*		L/G 2
Santiago	L 2 - G/M 3	L	
Sevilla	L 3 - G/A/M 3	L	
Valencia	L 2 - G/A/M 3	L	L/G
Zaragoza	L 2	L	

* Sólo Bíblica Trilingüe:
1.º L/G; H.ª Liter. L; H.ª Liter. G.
2.º Ling. G/L; Indoeuropeo.
3.º Filol. G/L.

Siglas: A: Árabe; G: Griego; H: Hebreo; L: Latín; M: Lengua moderna. Los números indican los cursos obligatorios de cada materia.

NOMBRAMIENTOS Y ACTIVIDADES PROFESIONALES

En virtud de oposiciones y concursos han sido efectuados los siguientes nombramientos:

Don Juan Miguel González, Catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Valencia (*BOE* 15-X-1973).

Don Isidoro Muñoz Valle, Catedrático de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de Valladolid (*BOE* 23-X-1973).

Don Tomás González Rolán, Investigador Científico en la especialidad de Filología Latina (Lexicografía) del Instituto de Filología Clásica Antonio Nebrija, Madrid (*BOE* 3-XII-1973).

Don Angel Anglada Anfruns, Profesor Agregado de Filología Latina de la Universidad de Barcelona (*BOE* 7-XII-1973).

Don Manuel Pellicer Catalán, Catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Sevilla (*BOE* 17-XII-1973).

Don José García López, Profesor Agregado de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de La Laguna (*BOE* 21-II-1974).

Don Máximo Brioso Sánchez, Profesor Agregado de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de Sevilla (*BOE* 23-II-1974).

Don Manuel García Tejeiro, Profesor Agregado de Filología Griega de la Universidad de Oviedo (*BOE* 23-II-1974).

Don Juan José Moralejo Alvarez, Profesor de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de Santiago (*BOE* 25-II-1974).

Doña Eulalia Rodón Binué, Profesor Agregado de Filología Latina de la Universidad Complutense de Madrid (*BOE* 16-III-1974).

Doña María del Dulce Nombre Estefanía Alvarez, Catedrático de Lengua y Literatura Latinas de la Universidad de Oviedo (*BOE* 23-IV-1974).

Por una Orden ministerial publicada en el *BOE* (14-XI-1973) se ha aprobado el Reglamento del Instituto de Estudios Medievales de la Universidad Autónoma de Barcelona. Dicho Instituto organiza sus actividades en una División de Enseñanza y una División de Investigación. A la primera corresponden actividades docentes, principalmente del tercer ciclo y de formación del profesorado. A la segunda, «impulsar y promover la parte de la investigación referida a los estudios medievales, y de forma concreta a las áreas de Historia, de Arte, de Arqueología, de Literatura y de Lingüística».

ENTRE DOS CONGRESOS

Recientemente publicados en esta revista los discursos y ponencias del IV Congreso Español de Estudios Clásicos («Estudios Clásicos», 17,

núm. 68, febrero de 1973), la Sociedad Española de Estudios Clásicos empieza a ocuparse de la organización del V Congreso, que debe celebrarse en 1976.

Como complemento de la referida publicación de Discursos y Ponencias, «Estudios Clásicos» ofrece a continuación una relación de las comunicaciones presentadas y leídas en el Congreso de Barcelona y Madrid.

A la Ponencia «Vitalidad de las estructuras lingüísticas latinas en las hispánicas actuales», se presentaron las comunicaciones siguientes:

J. Higueras, «Estructuras lingüísticas latino-hispánicas en dos privilegios reales de Fernando III».
V. Ferris, «Els participis absoluts en la prosa valenciana del siglo XVe».
S. Villimer, «Estudio lingüístico de un documento latino de compraventa de tierras de Igualada, otorgado en Méjico en el siglo XVI».
J. M.ª Mir, «Aplicación al latín de los estudios de estilística publicados en español».
Lisardo Rubio, «Estructura sintáctica del estilo indirecto latino y castellano: problemas de traducción».
J. Sanz, «El hipérbaton 'del monte en la ladera' en Bécquer».
V. Conejero, «Supervivencia de estructuras griegas en el español».
E. Sánchez, «Terminología griega y latina en el ámbito social y comercial de Barcelona y su zona de influencia».
A. Moñino, «Qué debe nuestra sintaxis al latín y al griego».

A la Ponencia «El mundo clásico en Picasso» se presentaron las comunicaciones siguientes:

Pedro de Palol, «El tema de Aquiles en el mosaico del Bajo Imperio en Hispania».
M.ª D. Gallardo, «La mitología en el Museo del Prado».

A la Ponencia «Tragedia griega y novela contemporánea, dos estructuras narrativas»:

M. Dolç, «Correspondencias homéricas en el Ulysses de Joyce».
C. García Gual, «Paroxismos de la novela griega».
M. Rabanal, «El mito helénico en la novela 'Un hombre que se parecía a Orestes' de A. Cunqueiro».
V. Bejarano, «Un tema clásico en la poesía de Gabriel y Galán».
E. Hernández Vista, «Virgilio y Miguel Hernández».
F. Piñeiro, «El mito clásico en la obra de León Felipe».

B. Rey, «Las tres categorías estéticas de la cultura clásica —integridad o perfección, armonía o proporción y claridad— en Antonio Machado».

En otras sesiones se leyeron comunicaciones de tema libre:

J. J. Moralejo, «Revisión de los estudios sobre el dialecto délfico y su desplazamiento por la koiné».
A. López Eire, «En torno a la pérdida de *-s-* en griego».
J. Calonge, «El acento circunflejo en la anteúltima sílaba».
J. Lens, «Acerca de Cleomenes III».
G. Forni, «Considerazioni in tema di elezioni romane di magistrati».
O. García de la Fuente, «La observación de las aves en Roma y en otros países del antiguo Oriente».
P. Piernavieja, «En torno al 'carmen I' de Catulo» y «Reminiscencias ovidianas en una inscripción métrica de Cádiz».
C. Castillo, «La composición 'conflictus ueris et hiemis' atribuido a Alcuino».
F. Argudo, «La comunicación de masas en Roma».
A. Díaz Tejera, «El comportamiento del campo mostrativo ante las diversas funciones del lenguaje».
A. Rodríguez Carrasco, «Hacia un entendimiento nuevo y radicalmente diverso del Latín y del Griego como signo lingüístico: el signo como proyección (φύσει) y no como expresión (θέσει)».
M. del Rey, «Cuestiones en torno al léxico de Andócides».
J. L. Calvo, «ΤΕΛΕΤΗ. Estudio en torno al vocabulario de las fiestas en Grecia».
C. Roura, «Partes y órganos del cuerpo humano de Homero en la lengua científica de Hipócrates».
J. O'Callaghan, «Carta griega del siglo I p. J. C. (PPalau Rives inv. 66)».
S. Bartina, «Colubraria y sus problemas».
C. Gallavotti, «Un esempio di critica testuale».
J. García López, «Homero, los Presocráticos y la alegoría de la nave».
A. Ruiz de Elvira, «Prometeo, Pandora y los orígenes del hombre».
J. García López, «La autenticidad del Fr. 56 A de Arquíloco».
C. García Gual, «La fábula y la lucha de clases en la época arcaica».
M. Balasch, «La concepción del hombre en Baquílides».
C. Codoñer, «Los demostrativos en latín».
Herhard Bendz, «Zum Gebrauch von Wortpaaren im Lateinischen».
C. Granados, «El estilo indirecto libre en Salustio».
R. Rodríguez, «La terminología médica en la obra de Séneca».
C. Granados, «Aplicación del ordenador electrónico a un Index Verborum de Macrobio».
A. López Caballero, «Algunas cuestiones de Semiología y Lingüística en San Agustín».

M. Martínez Pastor, «La terminología de la luz en las traducciones origenianas de Rufino de Aquilea».
J. A. López Férez, «La etimología democrítea y su influjo en el 'Corpus Hippocraticum'».
J. M.ª Lucas, «Estructura teatral: el agón en la obra de Sófocles».
F. Rodríguez Adrados, «Tradición o innovación en la composición del Edipo Rey».
A. Moñino, «Presencia actual de Eurípides».
A. Martínez Díez, «Las 'fábulas' de Higinio y las tragedias de Eurípides».
M. Rovira, «Proyección del ciclo de los Argonautas».
J. Castellanos, «La democracia de Isócrates».
M. Sicherl, «El Paraclausithyron en Teócrito».
J. Sariol, «Clemente de Alejandría, teólogo liberal».
K. von Fritz, «The position of Classical Studies in our times».
J. Vives Solé, «El mundo clásico y las corrientes sociológicas actuales».
H. G. Gadamer, «Die aktuelle Bedeutung der griechischen Philosophie».
I. Muñoz Valle, «El racionalismo griego».
F. de Urmeneta, «Vitalidad de las estructuras silogísticas en el mundo clásico».
M. Agud, «La Mitología greco-romana en la religiosidad actual. Religión y Poder».
M. Meyer, «Estructuralismo y mundo clásico: la obra de Dumézil».

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA SOCIEDAD

En el pasado mes de marzo se distribuyó a todos los socios el Boletín Informativo núm. 2 de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. En él se da cuenta de la Asamblea General celebrada el 22 de febrero y de la renovación estatuaria de los cargos de la Junta Directiva a los que correspondía cesar este año.

La nueva Junta después de la Asamblea ha quedado constituida de la siguiente manera:

Presidente	D. José S. Lasso de la Vega.
Vicepresidente 1.º	D. Javier de Hoz Bravo.
Vicepresidente 2.º	D. Vicente Blanco García.
Secretario	D. Juan Zaragoza Botella.
Vicesecretario	D. Jesús-Víctor Rodríguez Adrados.
Tesorero	D. José M.ª Blázquez Martínez.
Vocales	D.ª María del Dulce Nombre Estefanía.
	D. Jesús Lens Tuer.
	D.ª Esperanza Rodríguez Monescillo.
	D. Juan Gil Fernández.
	D.ª Concepción Fernández Chicarro.

En el mismo Boletín se da cuenta de la reunión de la Junta Directiva de 8 de marzo y de la convocatoria del concurso de Tesis Doctorales, Memorias de Licenciatura en Filología Clásica, así como de un concurso entre los socios estudiantes para inscripciones en el VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos que se celebra en Madrid del 2 al 6 de septiembre del presente año.

Igualmente se reseñan las actividades de las Secciones Locales de la Sociedad en La Laguna, Madrid, Valencia y Zaragoza.

SUPLEMENTOS DE «ESTUDIOS CLÁSICOS»

SEGUNDA SERIE DE TEXTOS NÚMERO 6 (continuación)

CALÍMACO

EPIGRAMAS

XXXI-XL

INTRODUCCIÓN, TEXTO, APARATO CRÍTICO, TRADUCCIÓN Y NOTAS

DE

LUIS ALBERTO DE CUENCA

MADRID

1974

XXXI

—Ἦ ῥ' ὑπὸ σοὶ Χαρίδας ἀναπαύεται; —Εἰ τὸν Ἀρίμμα τοῦ Κυρηναίου παῖδα λέγεις, ὑπ' ἐμοί.

—Ὦ Χαρίδα, τί τὰ νέρθε; —Πολὺ σκότος. —Αἱ δ' ἄνοδοι τί;

—Ψεῦδος. —Ὁ δὲ Πλούτων; —Μῦθος. —Ἀπωλόμεθα.

5 —Οὗτος ἐμὸς λόγος ὔμμιν ἀληθινός, εἰ δὲ τὸν ἡδύν βούλει, † πελλαίου † βοῦς μέγας εἶν Ἀίδῃ.

AP VII 524 Pl III[a] 6, 23

6 Πελλαίου PPl : Πελλανίου Giangrande, fort. recte

4 Waltz atribuye Μῦθος. Ἀπωλόμεθα· / οὗτος... a un mismo interlocutor.

6 La *crux* para πελλαίου parece imprescindible, a pesar de que ningún editor moderno la ha consignado en su texto. El último en imprimir cruces en el pasaje corrupto fue Wilamowitz.

Giuseppe Giangrande, en *Call. et le* βοῦς μέγας *aux Enfers* (*REG* LXXXII 1969, págs. 380-389), propone Πελλανίου en vez de Πελλαίου. En Cirene se veneraba a Posidón Πελλάνιος (de πελλός: 'sombrío, grisáceo'). Se trataba de un Posidón de carácter ctónico, guardián de las puertas del Tártaro y receptor de sacrificios de toros (o bueyes) negros.

Al artículo de Giangrande responde M. Marcovich en *Callimachus' Epigram XIII* [*XXXI*] *again* (*REG* LXXXIII 1970, págs. 351-355). Entresaco el principial argumento refutatorio: si Cáridas niega la presencia de Plutón en el Hades, ¿por qué admite la de Posidón Πελλάνιος?

Giangrande se defiende —muy convincentemente— de la refutación de Marcovich (*REG* LXXXV 1972, págs. 57-62). Cáridas ha negado la existencia de los dioses panhelénicos de ultratumba, pero, como cireneo de perfecta ortodoxia, se guarda bien de negar la existencia del dios infernal nacional Πελλάνιος.

T. ¿Es aquí donde Cáridas yace? P. Aquí yace,
si te refieres al hijo de Arimas el cireneo.
T. Cáridas, ¿qué hay abajo? C. Numerosa tiniebla.
T. ¿Y los regresos?
C. Un embuste. T. ¿Plutón? C. Fábula pura.
T. ¡Estoy perdido! [1].
5 C. Éste es mi discurso veraz para vosotros [2]. Pero si quieres otro
que te agrade ... [3] un gran buey en el Hades.

Un transeúnte se pregunta ante un túmulo funerario por la identidad del difunto: ¿será Cáridas de Cirene quien reposa aquí? Es el primer interlocutor, T. La misma piedra sepulcral responde afirmativamente: es P, segundo interlocutor. Lo que resta es ya un diálogo entre T y el difunto Cáridas, tercer interlocutor: C. Cf. XXXIII: también allí el poeta formula una posibilidad de diálogo con el amigo muerto, con vistas a informarse sobre el Hades («the undiscover'd country from whose bourn / no traveller returns» de *Hamlet*). Aquí, en cambio, Cáridas, si no vuelve, sí informa, e incluso se atreve a ironizar.

[1] 'Απωλόμεθα: el poeta y todos cuantos confiaban en el más allá. Racionalismo de Calímaco.

[2] 'Para vosotros (los vivos)'.

[3] Al no traducir el pasaje corrupto †πελλαίου† soy consciente de haber actuado en detrimento de la significación del poema. Para obviar mi laguna —voluntaria— citaré las «aproximaciones» (pues no son otra cosa) de los distintos traductores al pasaje:

Paton: 'A large ox in Hades costs a shilling' (?).
Mair: 'A great ox costs but a copper in Hades'.
Cahen: 'Pour un «bœuf» de Pella, on en a un vrai chez Hadès'.
Waltz: 'Sache que dans le Hadès un grand bœuf vaut une monnaie de Pella'.
Beckby: 'Hier wird ein mächtiger Ochs einen Pellaier taxiert'.

XXXII

Ἤῳοι Μελάνιππον ἐθάπτομεν, ἠελίου δέ
δυομένου Βασιλὼ κάτθανε παρθενική
αὐτοχερί, ζώειν γὰρ ἀδελφέον ἐν πυρὶ θεῖσα
οὐκ ἔτλη· δίδυμον δ' οἶκος ἐσεῖδε κακόν
5 πατρὸς Ἀριστίπποιο, κατήφησεν δὲ Κυρήνη
πᾶσα τὸν εὔτεκνον χῆρον ἰδοῦσα δόμον.

AP VII 517 Pl IIIa 20, 17

BASILO

Con el alba enterrábamos[1] a Melanipo[2], y se ponía el sol
cuando Basilo[3], la muchacha virgen, se dio la muerte por su propia mano.
Tras de haber colocado a su hermano en la pira,
no se resignaba a vivir. Doble luto presencia el hogar
5 de Aristipo[4], su padre. Y toda Cirene entorna los ojos al ver hoy vacía
la casa otro tiempo habitada por tan nobles[5] hijos.

El título, sencillamente «Basilo», quiere ser un homenaje a la joven suicida, verdadera heroína del poema.

Cf. Friedrich Zucker, *Kallimachos ep. 20* [XXXII] (*Maia* XI 1959, págs. 87-88), estudio del estilo y la métrica del poema.

[1] El tiempo durativo presta una mayor emoción al pasaje, encierra una clave estilística que (como en XLIV 3) no posee ἐθάψαμεν (cf. Zucker, *loc. cit.*, pág. 87). Ἐθάπτομεν imperfecto, pero κάτθανε aoristo. Precioso juego aspectual que he seguido escrupulosamente en mi versión, por más que el español no se preste a este tipo de matices.

[2] «Die zwei mit ἵππος zusammengesetzten Namen, die den Ruhm der διώξιππος Κυράνα festhalten, erscheinen auf Münzen von Kyrene im 4. Viertel des 4. Jh.» (Zucker, *loc. cit.*, pág. 88, n. 5). En efecto (E. S. G. Robinson *apud* Pfeiffer *ad app.*), Melanipo (ΜΕΛΑΝΙΠΠΩ) aparece en una moneda cirenaica fechable hacia el año 325 a. J. C., y puede ser el abuelo del niño muerto prematuramente; y Aristipo (ΑΡΙΣΤΙΠΠΩ) en otra fechable hacia 300 a. J. C., pudiendo ser identificado como el padre de Melanipo y Basilo. No es improbable que se trate del principal discípulo de Lácides, el fundador de la nueva Academia.

[3] Quizá una forma abreviada de algún nombre compuesto. Cf. Gow-Page *ad loc.*

[4] Cf. n. 2.

[5] Otros traductores han querido ver el «número» y no la «calidad» en este adjetivo. Y han interpretado: dos hijos eran muchos en aquel tiempo, dada la mortalidad infantil y el control de natalidad reinantes. Cf. *AP* VII 484, 3 (Dioscórides), donde εὔτεκνος sí es, evidentemente, 'pródigo en hijos' (diez tuvo la fecunda Bío, cinco hembras y cinco varones).

XXXIII

Ἦν δίζῃ Τίμαρχον ἐν Ἅιδος ὄφρα πύθηαι
ἤ τι περὶ ψυχῆς ἢ πάλι πῶς ἔσεαι,
δίζεσθαι φυλῆς Πτολεμαΐδος υἱέα πατρός
Παυσανίου· δήεις δ' αὐτὸν ἐν εὐσεβέων.

AP VII 520 Pl III[b] 1, 7

TIMARCO EL SABIO

Si quieres buscar a Timarco[1] en el Hades,
para averiguar algo sobre el alma, o sobre la palingenesia[2],
pregunta por el hijo de Pausanias[3], de la tribu Ptolemaida[4].
Lo encontrarás entre los bienaventurados.

[1] *Quizá un Timarco de Alejandría (Diógenes Laercio VI 95), discípulo* de Cleómenes, y éste a su vez de Metrocles, un cínico cuñado de Crates y antiguo pupilo de Teofrasto. O tal vez un Timarco epicúreo, convertido por Metrodoro, hermano de Epicuro, a la filosofía del «placer» (Plutarco, *Moralia* 1117 b). Para más posibilidades de identificación, cf. Gow-Page *ad loc.* y Wilamowitz, *Hell. Dicht.* I 176.

[2] Muy cerca del concepto de metempsícosis o re-nacimiento.

[3] Timarco es un nombre excesivamente común. El interesado habrá de preguntar también por el hijo de Pausanias. El cerco se ha ido estrechando.

[4] Una tribu ateniense llevaba este nombre en honor de Ptolomeo II Filadelfo (Pausanias I 6, 8). Pero en Alejandría también existía una tribu con el mismo nombre (Meineke).

XXXIV

Εἶπέ τις, Ἡράκλειτε, τεὸν μόρον, ἐς δέ με δάκρυ
ἤγαγεν· ἐμνήσθην δ' ὁσσάκις ἀμφότεροι
ἥλιον ἐν λέσχῃ κατεδύσαμεν, ἀλλὰ σὺ μέν που,
ξεῖν' Ἁλικαρνησεῦ, τετράπαλαι σποδιή,
5 αἱ δὲ τεαὶ ζώουσιν ἀηδόνες, ᾗσιν ὁ πάντων
ἁρπακτὴς Ἀΐδης οὐκ ἐπὶ χεῖρα βαλεῖ.

AP VII 80 Pl III^b 26, 3 Diogenes Laertius IX 17

3 ἥλιον ἐν PSuid. : ἠέλιον ἐν PlDiog. : ἠέλιον Bentley.

2 Ἤγαγεν ἐμν. ...: Gow-Page no puntúan tras ἤγαγεν, quizá correctamente.

3 Para ἥλιον ἐν λ. cf. Eliano, *Nat. An.* VI 58 ἥλιον ἐν ταῖς λέσχαις καταδύειν (λέσχη = 'lugar donde la gente conversa'). En XXXIV cuadra mejor λέσχη = 'conversación', y podría ser correcta la conjetura de Bentley, por más que implique la seclusión de ἐν.

HERÁCLITO

Alguien me dijo, Heráclito, tu muerte, y me brotaron lágrimas.
Recordé cuántas veces vimos juntos la caída del sol en charla interminable.
Y he aquí que ahora tú en alguna parte, huésped de Halicarnaso,
desde hace tantas veces tanto tiempo eres ceniza.
Pero ellos sí, tus ruiseñores viven. Hades, que lo arrebata
todo, jamás pondrá su mano sobre ellos.

Diógenes Laercio (IX 17), al hablar de Heráclito de Éfeso, el filósofo, se refiere a otros cuatro famosos de la antigüedad que llevaban el mismo nombre. El tercero de ellos es Heráclito de Halicarnaso, poeta elegíaco: τρίτος ἐλεγείας ποιητὴς Ἁλικαρνασσεύς, εἷς ὃν Καλλίμαχος πεποίηκεν οὕτως· (y cita XXXIV). Estrabón (XIV 656), enumerando personajes célebres nacidos en Halicarnaso, cita también a nuestro Heráclito: καὶ Ἡράκλειτος ὁ ποιητής, ὁ Καλλιμάχου ἑταῖρος. Por otra parte, en la *Antología* figura (VII 465) un interesante poema atribuido a un Heráclito, posiblemente él, que glosa en epitafio la muerte de Aretemíade, una mujer de Cnido (imitado por Antípatro, *AP* VII 464).

El lematista, dado que VII 79 (Meleagro) evoca al filósofo del πάντα ῥεῖ, advierte aportunamente: οὐχ ἁρμόσει τοῦτο εἰς τὸν Ἐφέσιον φιλόσοφον. Planudes incluye equivocadamente el epigrama en su sección εἰς φιλοσόφους.

Bruno Snell ha contribuido al estudio formal del poema (*Die Klangfiguren im 2.* [XXXIV] *Epigramm des Kallimachos*, Glotta XXXVII 1958, págs. 1-4). Es un análisis fónico de la pieza, considerada como auténtico paradigma de discreción y delicadeza.

Fritz Bornmann (*Maia* XIX 1967, págs. 44-55) no vacila en calificar al poema de «più bello tra gli epigrammi di Callimaco» (pág. 55).

El epigrama de Heráclito es, sin duda, muy bello. Sin aparente esfuerzo, el poeta nos introduce en un mundo de nostálgica melancolía. El dístico final es una promesa de inmortalidad literaria (cf. LVII 4). Con Heráclito han muerto aquellas conversaciones infinitas que mantuviera con el poeta de Cirene. Pero sus ruiseñores, las aves de su canto, no van a morir nunca. Y Calímaco se complace en someter su pasión a una elaboradísima estructura musical. Son besos, sí, pero «eruditos» (como en el soneto de Julio Herrera y Reissig), sin que los labios dejen de ser labios. Desde su aparente sencillez, los dísticos del poeta nos hablan de noches de insomnio y perfeccionismo literario: σύμβολον ἀγρυπνίης de Calímaco (cf. LVI 4).

XXXV

Σύντομος ἦν ὁ ξεῖνος, ὃ καὶ στίχος οὐ μακρὰ λέξων
«Θῆρις Ἀρισταίου Κρὴς» ἐπ' ἐμοὶ δολιχός.

AP VII 447 Pl III[a] 2, 4

2 δολιχός PPl : δόλιχος P[2]

2 Δολιχός adjetivo, 'largo', frente a δόλιχος sustantivo, 'la carrera del largo estadio'. La segunda lectura viene avalada por la inclusión de este epigrama por Planudes en su sección εἰς ἀγωνιστάς. Sin embargo, habría que suplir un νικήσας y convertir δολιχός en δόλιχον, y serían forzadas suplencia y conversión.

EL PEQUEÑO TERIS

Pequeño[1] era el extranjero. Por ello, la inscripción «Teris, hijo de
Aristeo, cretense», con ser breve, sobre mí[2] es harto larga.

Véanse las puntualizaciones de Mair *ad loc.* acerca de las diversas teorías que sobre el dístico han surgido. Cf. también Wilamowitz, *Hell. Dicht.* II 121 y Waltz *ad loc.* Para mí el epigrama no es tan oscuro como más de un comentarista hizo notar. Quizá la propia labor hermenéutica y exegética haya terminado por oscurecer su sentido. El gran problema es elegir entre σύντομος 'pequeño' y σύντομος 'conciso'. Ambos significados hacen buen sentido en la pieza.

Habla la lápida sepulcral.

[1] Me he inclinado por σύντομος 'pequeño de estatura'. Cf. Ovidio, *Am.* II 6, 59-60: *ossa tegit tumulus, tumulus pro corpore magnus, / quo lapis exiguus par sibi carmen habet.* En aparato, Pfeiffer lo interpreta, por el contrario, como 'paucorum uerborum', siguiendo a F. Jacobs (cf. Esquines II 51 y Pólux VI 49).

[2] Esto es, sobre la piedra del sepulcro, lógicamente muy pequeña, habida cuenta de su estatura.

XXXVI

Ἀστακίδην τὸν Κρῆτα τὸν αἰπόλον ἥρπασε Νύμφη
ἐξ ὄρεος, καὶ νῦν ἱερὸς Ἀστακίδης.
οὐκέτι Δικταίῃσιν ὑπὸ δρυσίν, οὐκέτι Δάφνιν,
ποιμένες, Ἀστακίδην δ' αἰὲν ἀεισόμεθα.

AP VII 518 Pl III[a] 23, 3

3 οὐκέτι Δικτ. Salmasius : οὐκ ει P : οἰκεῖ Pl

3 En el aparato de Pfeiffer se lee: «(uocabulum οὐκέτι repetitum anaphorae 'bucolicae' simile esse uidetur, de qua u. ad fr. 27, 1)». Cf. *AP* VII 8, 1 (Antípatro de Sidón). La anáfora es, pues, absolutamente normal.

UN RAPTO AFORTUNADO

A Astácides[1] de Creta, pastor de cabras, lo arrebató[2]
una ninfa
montaraz. Ahora es sagrado[3] Astácides.
Ya nunca más debajo las encinas dicteas[4], nunca a
Dafnis,
pastores, pero a Astácides siempre, cantaremos.

El epigrama, pletórico de sugerencias paisajísticas y de encantos verbales, es auténticamente bello.

[1] Problemas de identificación. ¿Hay alguien detrás de Astácides? Se ha pensado en un poeta bucólico muerto prematuramente, en Leónidas de Tarento (Legrand), en el pastor Lícidas de Teócrito (*Id.* VII), en Melanipo (hijo de Astaco), etc. La forma patronímica del nombre invita a considerarlo un disfraz de algún personaje conocido del poeta. Nada cierto sabemos. Para el estado de la cuestión, cf. Gow-Page *ad loc.*

[2] Probablemente Astácides moriría ahogado.

[3] La muerte de Astácides fue feliz, ya que devino héroe, sacrosanto. Las ninfas no raptan en balde.

[4] De Dicte, montaña de Creta en una de cuyas grutas dio a luz Rea a Zeus.

XXXVII

Κρηθίδα τὴν πολύμυθον ἐπισταμένη καλὰ παίζειν
δίζηνται Σαμίων πολλάκι θυγατέρες,
ἡδίστην συνέριθον ἀείλαλον· ἡ δ' ἀποβρίζει
ἐνθάδε τὸν πάσαις ὕπνον ὀφειλόμενον.

AP VII 459 Pl III[b] 11, 12

3 ἡδίστην Meineke : ἡδίσταν PPl

CRÉTIDE SAMIA, MUERTA

Por Crétide, la de las mil historias, experta en bellos juegos,
preguntan sin cesar las hijas de los samios,
por la más dulce compañera[1], la de charla infinita.
Ella aquí duerme el sueño que a todas corresponde[2].

[1] Hubo posiblemente en Alejandría grupos de trabajadoras naturales de Samos (Wilamowitz, *Hell. Dicht.* II 120). Quizá se tratase de obreras de la lana, pues en Samos abundaba este producto, sin convertirse, a pesar de ello, en una escala tópica entre los descriptores de la isla.

[2] Lugar común. El femenino πάσαις convierte la sentencia en algo más concreto, más amargamente real y tangible: las mismas jóvenes de Samos que hoy deploran la ausencia de su compañera dormirán el mismo sueño de ésta en un día no lejano (pues es algo ὀφειλόμενον, sin escapatoria posible). «El tiempo airado —glosando a Garcilaso— terminará cubriendo de nieve la hermosa cumbre». Quien hablaba y reía, y jugaba, y conocía mil historias, no es más que polvo ya (ni tan siquiera «enamorado»). Con todo, el ὕπνος 'sueño' hermosea lo que en Góngora, más, tarde, no será otra cosa que «tierra, humo, polvo, sombra, nada». El τόπος implicaría un πᾶσι por πάσαις, pero no es necesario. Todos nos vemos reflejados en ese puñado de jóvenes samias. Es como si Garcilaso, tras haber descrito aquella inolvidable estampa del llanto de las ninfas en torno a su compañera «degollada» y haber hecho música —sublime— de la muerte del cisne («cual queda el blanco cisne cuando pierde / la dulce vida entre la hierba verde»), hubiese «incurrido» en un tercer lugar común (afortunados τόποι éstos), en el que la reflexión haría de las doncellas míticas de la tela pasto de los gusanos en un futuro próximo. No fue así. Es la distancia que separa la égloga del epitafio calimaqueo. Una de las distancias.

XXXVIII

Νάξιος οὐκ ἐπὶ γῆς ἔθανεν Λύκος, ἀλλ' ἐνὶ πόντῳ
ναῦν ἅμα καὶ ψυχὴν εἶδεν ἀπολλυμένην,
ἔμπορος Αἰγίνηθεν ὅτ' ἔπλεε· χὠ μὲν ἐν ὑγρῇ
νεκρός, ἐγὼ δ' ἄλλως οὔνομα τύμβος ἔχων
5 κηρύσσω πανάληθες ἔπος τόδε· φεῦγε θαλάσσῃ
συμμίσγειν Ἐρίφων, ναυτίλε, δυομένων.

AP VII 272 Pl III[a] 19, 10 5/6 ut peculiare carmen habet P

LICO DE NAXOS

No ha muerto en tierra Lico el naxio; en alta mar
vio perecer a un tiempo nave y vida,
desde Egina surcando el mar en viaje de comercio.
Su cadáver
yace en el agua, y yo, su tumba, sólo un nombre,
no más,
5 proclamo estas verídicas palabras: ¡No tengas tratos
con el mar,
oh marinero, cuando los Érifos[1] se ponen!

Cenotafio del mercader Lico de Naxos, perdido para siempre en alta mar.

[1] Los Érifos son los 'Cabritos', dos estrellas que forman parte de la constelación del Auriga o Cochero, a menudo asociadas con el mal tiempo. Los Érifos «se ponen» cuando alcanzan el horizonte, esto es, cuando parecen sumergirse en el mar. Ello acontece en diciembre (el 22-23 según Columela XI 2). Entre los grecolatinos, los Ἔριφοι o *Haedi* son objeto de continuas menciones.

XXXIX

Οἵτινες Ἀλείοιο παρέρπετε σᾶμα Κίμωνος
ἴστε τὸν Ἱππαίου παῖδα παρερχόμενοι.

AP VII 523 caret PI

1 Ἀλείοιο Salmasius (cf. fr. 196, 1 Pf.) : ἁλίοιο P : Ἠλείοιο Ernesti // σᾶμα Heringa : σῆμα P
2 Ἱππαίου P : Ἱππαίῳ Stadtmueller, fort. recte

2 Ἱππαίου puede mantenerse, aunque no deja de ser atrayente la regularización dórica absoluta de Stadtmüller: Ἱππαίῳ (cf. Pfeiffer *ad app.* y Gow-Page *ad loc.*).

CIMÓN EL ELEO

Vosotros que pasáis junto a la tumba de Cimón de
la Élide,
sabed que estáis pasando junto al hijo de Hipeo.

Epitafio de Cimón, hijo de Hipeo. Cf. K. J. McKay, *Kallimachos ep. 60 Pf.* [XXXIX] (*Mnemosyne* XXV 1972, págs. 189-190). A pesar de su título, el artículo de McKay presenta interés, sobre todo, para el estudio de XLV. En lo que se refiere a XXXIX, las interpretaciones de McKay tienen escasa importancia para nuestro trabajo.

XL

Τιμονόη. τίς δ' ἐσσί; μὰ δαίμονας, οὔ σ' ἂν ἐπέγνων,
εἰ μὴ Τιμοθέου πατρὸς ἐπῆν ὄνομα
στήλῃ καὶ Μήθυμνα, τεὴ πόλις. ἦ μέγα φημί
χῆρον ἀνιᾶσθαι σὸν πόσιν Εὐθυμένη.

AP VII 522 Pl III[a] 11, 25

TIMÓNOE

Timónoe. ¿Pero quién[1] eres tú? Por los dioses que no te reconocería
si el nombre de tu padre Timoteo no constase en la estela
y el de Metimna[2], tu ciudad. Estoy seguro de que un gran dolor
de ausencia aflige a Eutímenes, tu esposo.

El poeta ha advertido un nombre, grabado sobre una estela funeraria: Timónoe. Al principio, el nombre no le dice nada. Pero, al leer en la lápida el de su padre y el de su ciudad natal, de pronto considera, reconoce y lamenta la suerte de la difunta en la soledad cruel del esposo (vv. 3/4).

Parece que el epigrama no fue compuesto para ser grabado. Antes bien, fue una inscripción lo que motivó la composición del poema. Una inscripción que bien pudiera haber rezado Τιμονόα Τιμοθέου Μηθυμναίου, γυνὰ δὲ Εὐθυμένεος (Kaibel, *Hermes* XXXI 1896, pág. 264), quizá con la primera palabra resaltando en línea aparte. Weisshäupl sugirió (*Grabgedichte der griechischen Anthologie, Abh. Arch. Sem. d. Univ. Wien* VII 1889, pág. 95) que había una estatua —o bajorrelieve— de Timónoe sobre la tumba. Wilamowitz (*Hell. Dicht.* II 119) calificó el poema de *Kondolenzgedicht* como XLIV (véase). Cf. también W. Peek, *Griechische Vers-Inschriften,* I *Grab-Epigramme,* Berlín, 1955, núm. 1845.

[1] Τίς δ': Gow-Page opinan (*ad loc.*) que la partícula δέ sugiere aquí que Τιμονόη se considera la respuesta a la pregunta '¿quién eres tú?'. En contra de este aserto, K. J. McKay, *Callimachea* (*SO* XLV 1970, pág. 47, en su crítica a la pág. 196 del volumen-comentario de Gow-Page), quien se pregunta por qué δέ es usado aquí en forma diferente a XLIV 1, donde los propios Gow-Page correctamente anotan que δέ «quite often follows τίς, τί, in questions tinged with surprise or indignation without implying an earlier thought». Suscribo la opinión de McKay (cf. Denniston, *Greek Particles,* Oxford, 1954², pág. 173).

Τιμονόη no es la respuesta a la perplejidad del caminante que se topa en su camino con una estela funeraria, sino el punto de partida de otra perplejidad: la que, a partir de ese nombre, en principio vacío para el poeta, llega a sanarse con los datos familiares consignados en la lápida: padre y nación ante todo, pues al llegar a Eutímenes ya reconoce, ya recuerda el caminante-poeta.

[2] Ciudad costera del litoral N. de Lesbos, hoy Molivo (aunque hubo otra Μήθυμνα cretense, al O. de la isla).